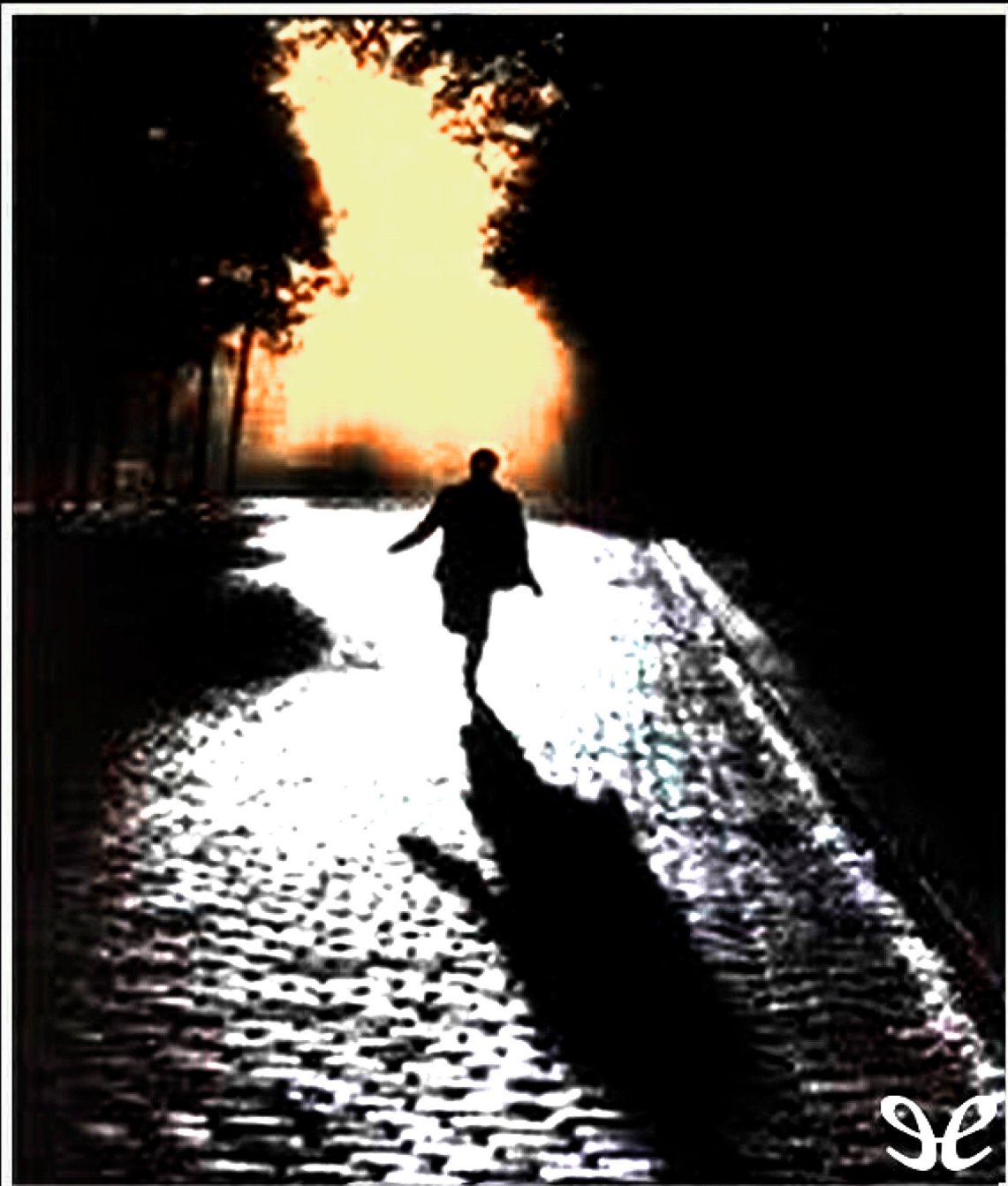


Georges Simenon
EL SOSPECHOSO



de

En Schaerbeek (Bélgica, en el teatro donde trabaja, Pierre Chave recibe la visita de Arthur Baron. Ambos forman parte de un grupo anarquista parisino, que se inclina por la acción directa desde que un cierto K. ha ganado influencia en el grupo. Baron anuncia a Chave que el grupo ha decidido realizar un atentado en una fábrica de aviones en Courbevoi. Para llevar a cabo esta peligrosa misión se ha designado a Robert, el mejor amigo de Chave. Este, aunque imposibilitado de viajar a Francia (es desertor, se dirige a Courbevoie para impedir un acto criminal que su idealismo reprueba...



Georges Simenon

El sospechoso

ePub r1.0

Bacha15 06.11.14

Título original: *Le suspect*
Georges Simenon, 1938
Traducción: P. Cardona

Editor digital: Bacha15
ePub base r1.2



El conserje tenía que estar muy irritado para que Chave, a pesar de la distancia que los separaba —una puerta, una escalera y un pasillo— lo oyera gritar al teléfono:

—¡Le estoy diciendo que está en el escenario!

¡Si se tratara tan sólo del conserje y de ese teléfono obstinado desde el principio del primer acto en llamar a Dios sabe quién!... Y ¿por qué el conserje, en lugar de desgañitarse, no dejaba el teléfono descolgado?

Chave retrocedió unos centímetros, pues su presencia fascinaba a un espectador de la primera fila, que se inclinaba para descubrirlo por entero. Maquinalmente seguía en el folleto el texto que se recitaba en escena y, al mismo tiempo, se ocupaba de un montón de cosas más, como si tuviera media docena de cerebros.

En primer lugar, no dejaba de preguntarse si sería o no el sarampión. Su mujer le había telefoneado a las cinco, después de la visita del médico. El conserje había gritado de nuevo, pues en aquel momento, aunque no había empezado la representación, estaban en pleno ensayo. Todo lo que el médico podía decir era que se decidiría dentro de uno o dos días.

Mientras tanto, Pierrot permanecía rojo y ardiendo en su cama, con una extraña expresión de mohína en el rostro, como en un reproche a la impotencia de las personas mayores.

—¡Te toca a ti! — apuntó Chave dirigiéndose a un compañero vestido de guardia municipal, cuyos bigotes se sostenían por medio de unos hilos que casi le cortaban las mejillas.

Se encogió de hombros como respuesta a la mirada de rabia que la primera actriz le lanzaba desde el escenario. ¿Era culpa suya si no había encontrado la corneta? Él no podía hacerlo todo, de traspunte, de accesorista, de apuntador y, además, interpretar el «tercer vividor».

No había cenado. Había tenido el tiempo justo de ponerse un chaqué gris —lo único que había encontrado— para su aparición en el segundo acto, en el cabaret.

—¿En Bruselas se va de juerga de chaqué? —había gritado el actor de París.

¿Qué más daba? Aquel hombre había gritado tanto y tanto desde las dos de la tarde que aquello ya no tenía importancia. Él mismo, a fuerza de agitarse, había llegado a un estado bastante próximo a la inconsciencia, y todo se lo esperaba menos ver los decorados levantados a tiempo y a sus desconocidos compañeros darle la réplica.

Nunca había llovido como aquel día. Hasta el punto de que, por unos instantes, había un verdadero redoble de tambor sobre la vidriera del teatro. Las mujeres de la guardarropía habían puesto unos paraguas a secar en los pasillos y los espectadores, en las butacas, despedían un olor a lana mojada y a cuero embarrado.

—¡Mil doscientos de recaudación! —se había lamentado el parisiense cuando, antes de levantar el telón, había pasado por la administración —. ¡Y me hacen venir

al tanto por ciento! Me hablan de recaudaciones de diez y quince mil... ¿Dónde está el empresario?

¡El empresario se había marchado, seguro, como hacía siempre en tales casos!

—¡Un decorado viejo de salón para representar un cabaret de moda! ¡Un comedor Enrique II para representar el vestíbulo de un castillo! ¡Nadie que se sepa el papel!...

Les zumbaba la cabeza aún, se había intentado no dar la función, avisar al público, levantar un acta, y era un milagro que los espectadores estuvieran allí, en sus butacas rojas, los actores en escena, las candilejas encendidas.

Era un milagro oír cómo se desgañitaba el conserje decir por teléfono:

—¡Le estoy diciendo que está en el escenario!

—¡El telón!... —recordó Pierre Chave al electricista, quien ignoraba que era el final del primer acto.

El de París, en el escenario, movía sus ojos de un modo terrible hacia el telón que no bajaba, aunque esto no le impidió recuperar su sonrisa para saludar y perderla inmediatamente cuando se precipitó hacia Chave.

—¿Y la corneta?... ¿Qué le había dicho yo?... ¡Que no actuaría sin corneta!... ¡Todo el primer acto por los suelos por falta de una corneta!...

—¡Señor Chave! —gritó desde abajo el conserje.

—¿Adónde va usted?

—Un instante... Me llaman...

—Lo llaman quizá, pero a mí me interesa tenerlo a usted a mano. ¿Quién es esa horrible mujer vestida de morado que he visto entre bastidores?

—La condesa del segundo acto.

—Pero, por Dios, ¿no habían decidido...?

Con el estómago revuelto y la cabeza vacía, Chave, que no había abandonado el teatro desde las nueve de la mañana, empujó una puerta, con el folleto en la mano, y bajó lentamente la escalera de hierro manchada de humedad.

No esperaba ver a nadie en concreto. No se preguntaba quién había podido llamarle tres veces. Estaba demasiado atontado para eso y, si pensaba algo, era que iba a cruzar la calle de un salto para tomarse una cerveza en el cafetín de enfrente.

Al pie de la escalera mal iluminada, había un lugar indeterminado —glacial y lleno de corrientes de aire— entre las tres puertas, en donde se hacía esperar a los actores que iban en busca de contrato, a los proveedores que iban a cobrar y, a veces, a los funcionarios del juzgado.

Chave seguía bajando. De repente, frunció las cejas, pues vio a un hombre que lo estaba mirando, un hombre vestido con un enorme abrigo beige y que llevaba una cartera de cuero en la mano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

No pensaba en que iba vestido con un chaqué gris, y que su rostro, bajo el espeso maquillaje, tenía casi la misma expresión que un maniquí de escaparate.

—¡Sssh!... —dijo el otro moviendo sus ojos asustados—. ¿Dónde podemos ir a

hablar?

El despacho del director, a la derecha, estaba cerrado. El del administrador también, y el conserje ocupaba la portería.

—¡Vamos ahí enfrente, como siempre! —gruñó Chave, que tenía sed.

—Es que...

—¿Qué?

—Nada... No me siento seguro... Si crees que es prudente...

Tenía un aspecto terriblemente inquieto, pero en él era ya un hábito ponerse en aquel estado. Era un tipo grueso, de cuarenta años, que corría, gesticulaba, recobraba el aliento, sufría palpitaciones y siempre tenía historias importantes que contar, negocios misteriosos entre manos y preocupaciones más serias que las de un Jefe de Estado.

Le llamaban Barón. No porque fuera barón, que no lo era, sino porque era su nombre, lo que no impedía que los camareros del café, en París, le llamaran «el Barón»...

Chave atravesó corriendo la callejuela y se metió el primero en el cafetín, en donde ya estaban acostumbrados a ver aparecer a los actores con los atuendos más inesperados. Pidió cerveza y extendió sus manos hacia la gran estufa que ronroneaba como un gato.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora... Fui a la cervecería Veltam, como de costumbre, telefoneé al teatro...

—Ya lo sé...

—¿Te dieron el recado?

—No... pero oí...

—He tenido miedo de que no te hubieran dicho nada, por eso he venido...

—¡A tu salud!

—Gracias... Ya he tomado tres dobles...

Miraba con impaciencia al dueño que estaba detrás del mostrador y que los escuchaba sin tratar de disimular.

—Es absolutamente necesario que te hable.

—Espérame después de la función... Se acabará pronto...

—Me pregunto si no será ya demasiado tarde...

Con su rostro aniñado, su abrigo claro y su cartera llena de papeles, parecía, a primera vista, uno de esos hombres que tratan grandes negocios mientras toman buenos almuerzos y finas cenas. Mirándolo más de cerca, se notaba que su ropa no era nueva y que su abrigo estaba raído en los puños y en los ojales.

—Entonces, volvamos al teatro..., ya encontraremos algún rincón...

—¿Tu camerino?

Chave se encogió de hombros. ¡Como si tuviera camerino!

Cuando estuvieron al pie de la escalera de hierro, en medio de la corriente,

después de un instante de reflexión, dijo:

—Es mejor que nos quedemos aquí...

Luego, como estaba cansado, se sentó en un escalón casi seco y Barón hizo lo mismo, a pesar de que le repugnaba ensuciarse la ropa.

—Me pregunto si me habrán seguido —balbuceó el tipo grueso.

—¿Has reparado en alguien?

—No sé... ¿Quizás en el tren?... Pero es imposible que sepan ya... ¡Bien!... He venido a decirte...

No podía decidirse. Espiaba, angustiado, la puerta del conserje mientras que, por encima de sus cabezas, arrastraban decorados por el suelo.

—Se han vuelto locos, o más bien es K... que ha terminado por dominarlos... Ayer, me enteré de que Robert había aceptado una misión...

—¿Qué misión?

No se atrevía a hablar, como si hubiera sido responsable de la envergadura del asunto.

—Han votado la acción directa...

Y Chave, cada vez más tenso:

—¿Qué acción?

—Yo no estuve en la reunión... El impresor me lo ha contado todo... Parece que a Robert le han encargado hacer saltar una...

—¿Una qué?

—Una fábrica, en Courbevoie... No me ha podido decir exactamente cuál, pero creo que es una fábrica de aviones... Es para esta misma semana... no sé nada más...

—¿Robert?... ¿El «pequeño» Robert?...

—Si...

—¿Lo has visto?

—No. Parece que lo esconden, a la espera...

Chave tuvo un sobresalto al sentir muy cerca de él la horrible figura morada que iba a hacer de condesa.

—¿Qué quieres?

—Lo están buscando allá arriba. Parece que el fonógrafo no quiere funcionar...

Chave le lanzó la misma mirada que si hubiera ido a asesinarla.

—Espérame — dijo a Barón —, o mejor, espérame en casa Veltam...

Subió los peldaños de cuatro en cuatro, entró en un camerino donde unos hombres se estaban maquillando entre olores a orina.

—¿Qué haces?

—Tengo que irme. Si preguntan por mí...

—Pero...

—¡Vete al cuerno!

Sólo tenía que cambiarse el chaqué y secarse el maquillaje. En la escalera encontró al de París que trató de agarrarlo al pasar y que quedó tan estupefacto

viéndolo escapar que no pudo pronunciar una palabra.

La cervecería Veltam estaba en una galería. Era un lugar tranquilo, confortable, con mesas barnizadas, camareros familiares y las cervezas eran más grandes que en otra parte. Barón estaba sentado en un rincón, con los ojos asustados y el cuerpo inquieto.

—¿Te han dejado marchar?

—¡Camarero, una mediana!... Una «especial», sí... ¿Qué iban a hacer?... ¿Llevas dinero encima?

—Unos doscientos cincuenta francos.

—¡Dámelos!

—Pero...

—¡Dámelos, imbécil! Guárdate lo justo para dormir en el hotel. Ante todo irás a decirle a mi mujer... ¡Mejor no! Estará ya acostada o no tardará en estarlo. No vale la pena asustarla. Irás mañana por la mañana. No le hablarás de nada. Le dirás sólo que he salido para... pongamos Ámsterdam...

—¿Qué piensas hacer?

—¡No te preocupes! Me marchó a París. ¡Camarero!... ¿Tiene una guía de ferrocarriles?

Estaba flaco, febril. Sus ojos, mal desmaquillados, parecían más profundamente ojerosos. De vez en cuando, de un gesto que parecía un tic, echaba hacia atrás sus cabellos oscuros y espesos que llevaba muy largos.

—¿Ves? Tengo un tren para Mons dentro de veinte minutos.

—Pero... ¿y la frontera?

—¡Eso es! Tengo que volver a pasar por el teatro. Siempre hay una bicicleta debajo de la escalera...

—¿Te acompaño?

—¡Quédate aquí! No te olvides de avisar a mi mujer. ¿Tienes la dirección?

—Rue Snieder...

—Eso es... el veintitrés... Me olvidaba del dinero...

Por poco olvidó también la gabardina y ya en la calle se puso a correr. El conserje del teatro oyó ruido y salió.

—¡Ah! Es usted... No sabía...

—¡Buenas noches!

Tenía el tiempo justo. Montó en la bicicleta, llegó empapado a la estación del Midi y la facturó. Luego, mientras el tren se ponía en marcha, se quedó de pie en un pasillo de tercera, contemplando las gotas de agua que zigzagueaban en el cristal.

La Rue Snieder, en Schaerbeek, estaba tranquila y desierta, con sus dos faroles de gas que formaban círculos regulares de luz, sus casas nuevas, sus adoquines bien alineados.

Hacia las once, se oyeron pasos, luego la puerta del diecisiete que se abría y cerraba, y después se hizo el silencio. De noche no pasaba ni un auto. Sólo se oía el silbido de los trenes que arrancaban allí cerca y que, cuando hacían maniobras, vociferaban durante un buen cuarto de hora.

Marie Chave planchaba, en la cocina, unas camisas. Pensaba sin pensar, como cuando se plancha, y el tiempo se acompasaba con los golpes de la plancha sobre la tabla. De vez en cuando se detenía, cogía otra plancha del fuego, la acercaba a su mejilla, luego, maquinalmente, ponía oído atento a la respiración del niño que dormía en la habitación contigua.

Sabía que si planchaba hasta muy tarde, de nuevo tendría problemas con la propietaria. No podía acostumbrarse a esas casitas belgas que no parecen haber sido previstas para varias familias.

Es cierto que estaba limpia y, por así decirlo, nueva. Las habitaciones eran bastante espaciaosas, las ventanas amplias.

—¡De todos modos no me siento en mi casa! —repetía a menudo Marie a su marido.

Los propietarios —el marido era cajero de un banco desde hacía treinta años— ocupaban la planta baja y disponían de la buhardilla. Los Chave vivían en el primer piso, y nada separaba a los unos de los otros.

En la puerta de entrada estaba escrito: *Chave, llamar dos veces.*

Eso no impedía que, de vez en cuando, se equivocara alguien, que la propietaria fuera a abrir y que gritara furiosa:

—¡Madame Chave, otra vez para usted!

¡También se enfurecía si los visitantes no se restregaban los pies en la esterilla de fuera! ¡Y por un montón de cosas más! Y porque Pierre volvía cada noche del trabajo hacia la una de la madrugada...

Se oía llover, y era casi como una compañía. La lluvia, la respiración de Pierrot, el calor de las planchas, el jadear de la estufa, todo eso creaba como una zona cálida y viva de intimidad. Incluso el despertador, que no tenía el ritmo de los demás despertadores, sino un ritmo especial, ¡el de la vida del hogar!

Cuando señalaba las doce y diez, Marie empezó a notar un peso en los riñones y planchó un poco más aún, con menos fuerza y convicción, se dijo que podía esperar a Pierre pero, en resumidas cuentas, no tuvo el valor de hacerlo.

Volvió a poner cada cosa en su sitio, sin prisas, fue a asegurarse de que había quitado la llave de la puerta de la entrada —de lo contrario Pierre no hubiera podido entrar con la suya y empezó a desvestirse.

No había más que una lamparilla en la alcoba. Pierrot, en su cama, abrió los ojos y los mantuvo fijos en su madre, sin decir nada, cosa rarísima ya que, habitualmente, no podían hacerlo callar.

—¿Qué quieres, Pierrot?

—¡Tengo sed! —dijo con su boca pastosa.

Le dio de beber, lo sostuvo sentado en su cama y luego lo arropó con la manta.

—¿Te encuentras mal?

El chico se contentó con suspirar, cerrando los ojos, mientras su labio inferior se movía como en una mueca.

Marie se acostó a su vez. Había dejado luz en el rellano y una fina línea clara dibujaba el rectángulo de la puerta. Oía los trenes, cuyo estrépito no lograba sofocar el tic-tac del despertador. De repente sacó un brazo de la cama, cogió la caja de cerillas y miró la hora.

¡Era la una y media y Pierre no había vuelto aún! Eso ya había ocurrido otras veces. Generalmente, cogía el último tranvía que lo dejaba en la Avenue Émile Zola. Pero algunas funciones, sobre todo las primeras, acababan más tarde. También ocurría a veces que, habiendo ensayado sin descanso, y no habiendo tenido tiempo de cenar, toda la compañía se iba a tomar algo a una taberna de la Rué des Bouchers, y Pierre volvía en bicicleta. ¡Incluso había vuelto a pie una vez que la bicicleta del chico de los recados no estaba en el teatro!

Marie Chave se volvió a levantar porque, desde hacía un instante, olía a quemado. Fue a ver a la cocina y se aseguró de que sólo se trataba del olor a planchado que persistía en el apartamento.

Se acostó de nuevo, dio algunas vueltas y acabó por dormirse, con un brazo sobre la almohada vacía de Pierre.

Era inútil tratar de evitar los charcos. ¡Había tantos!, y la lluvia, que caía no a gotas, sino realmente a cántaros. A Pierre le corrían regueros de agua fría por el cuello y la espalda. Los pantalones se le pegaban a las rodillas. A cada vuelta que daba la rueda, el barro le llegaba hasta la cara.

¡Tanto mejor!, con este tiempo era muy probable que los carabineros no hubieran salido.

Había recorrido ya quince kilómetros desde Mons, primero por la carretera principal donde aún circulaban algunos coches, luego por caminos de tierra, que ya no estaba muy seguro de reconocer.

Varias veces había torcido a la derecha, luego a la izquierda. Le había ocurrido, una vez, verse detenido por una fábrica de cristales rojizos en cuyo patio moría el camino.

El decorado era incoherente como la noche misma. Apenas había rebasado la bicicleta unos altos hornos coronados de llamas, cuando el aire olía a vacas y estiércol, y Pierre flanqueaba unas granjas bajas desencadenando el ladrido de algún perro que tiraba repentinamente de su cadena.

Dos, tres veces, pasó un riachuelo, pero no habría podido decir si se trataba del mismo. Otra vez, oyó voces detrás de una pared, unos que hablaban tranquilamente de sus cosas, en la noche, bajo la lluvia y que no vio. ¿Se trataba de unos carabineros

de servicio?

Durante largo tiempo tuvo la sensación de estar dando vueltas alrededor del mismo punto y ya no tenía noción del tiempo cuando atravesó un pueblo cuyo campanario completamente nuevo reconoció: Havay.

Sabía que la frontera estaba después del recodo, apenas a trescientos metros. Se metió en un campo; sus pies se hundieron, y resbaló varias veces sobre unos restos de remolachas.

Cuando divisó una lucecita fue incapaz de decir si se trataba del puesto belga o del puesto francés, y prefirió dar un gran rodeo antes de volver a coger el camino.

Entonces, tuvo miedo de perder el tren. Doblado sobre el manillar pedaleó con todas sus fuerzas y se sorprendió de encontrarse tan pronto en Maubeuge. Se detuvo frente a la estación. Tuvo que esperar una hora al tren nocturno que venía de Berlín y que, como siempre, se había retrasado en la frontera. En todos los compartimientos había gente que dormía. Le costó trabajo encontrar un pequeño sitio en el extremo de un banco y se instaló en él sin hacer ruido.

Estuvo a punto de seguir hasta París, adonde el tren debía llegar a las siete y media. Quizá si hubiera estado más cómodo hubiera cedido a la fatiga, pero tenía hambre, o el estómago revuelto, no lo sabía exactamente, y bajó en Compiègne, dirigiéndose hacia la luz de una pequeña taberna que estaba frente a la estación.

El cielo empezaba a palidecer. Ya no caía la misma lluvia que en Bruselas, sino una lluvia fina que barnizaba las calles y los tejados.

Hacía mucho tiempo, más de cinco años, que Chave no había visto un mostrador como aquel, de cinc auténtico, en un lugar que olía a cafetera y a vino tinto.

—¿Tiene usted cruasanes?

—Los va a traer el panadero.

¿Por qué su mujer, en Schaerbeek, se había despertado sobresaltada a las seis, cuando no solía levantarse antes de las siete? Había notado la cama vacía a su lado. No había tratado de reconciliar el sueño y se había levantado, había encendido la luz en la cocina y empezaba a encender el fuego con ayuda de un poco de petróleo.

No se podía saber aún si Pierrot tenía más fiebre o menos, ya que por la mañana sus mejillas siempre estaban ardiendo y respiraba con dificultad.

«Habrá tenido que quedarse hasta muy tarde y habrá preferido dormir en Bruselas a causa de la lluvia», se decía ella.

A las siete decidió asearse. Un poco más tarde, Pierrot se despertó de mal humor y empezó a lloriquear.

Bajó a buscar el pan y la leche que le dejaban en el corredor y se encontró a la propietaria que llevaba unos rulos puestos. Las dos mujeres se limitaron a darse los buenos días sin ninguna efusión.

La calle palidecía y se notaba aún más el frío. Un vendedor de carbón iba

empujando su carreta, llevaba la cabeza cubierta con un saco a modo de capucha.

—¡Quiero comer! —decía el chiquillo, que no podía tomar nada antes de que viniera el médico.

Este no llegó hasta las ocho, al empezar sus visitas. Dejó sus chanclos en el rellano, sacó un termómetro de su estuche y puso un semblante tan preocupado que Marie Chave se asustó.

Pero no estaba preocupado por Pierrot, sino por su mujer, que había tenido una crisis cardíaca la pasada noche.

—Al anochecer volveré —anunció—, no puedo establecer todavía un diagnóstico definitivo...

La madre se daba perfecta cuenta de que él estaba pensando en otra cosa mientras se estaba lavando las manos. En ese mismo momento llamaron dos veces.

—¿Me permite un momento, doctor? —le dijo, algo sobresaltada.

No solía haber visitas a esa hora y creyó que venían a darle una mala noticia, que le había ocurrido algo a Pierre.

¿Por qué la propietaria, que por lo general no se molestaba, había ido a abrir la puerta? Una voz cordial, en el corredor decía:

—¡No se moleste usted, madame Chave!

Reconoció la voz de Barón, pero no por eso se tranquilizó. Subía hacia donde ella se encontraba, con su cartera bajo el brazo y una sonrisa forzada en los labios.

—¡Sobre todo no se ponga nerviosa! Vengo de parte de Pierre...

La escalera no era muy ancha y se encontraron todos a la vez, el doctor que bajaba, Barón que se hacía torpemente a un lado, todos hablaban a la vez, mientras que la propietaria se entretenía adrede en el corredor.

—Entonces, hasta la noche... Un poco de leche si es que realmente tiene hambre...

—Bien, hasta la noche, doctor... Gracias...

Si Chave hacía teatro por necesidad, Barón, en la vida real, tenía el aspecto de un actor. ¿Por qué sentía la necesidad de ser más cordial y más franco de lo que era por naturaleza? Y ¿por qué esa manera de soltar?:

—¿Así que tienes pupa, pequeño?

¡Incluso el niño lo miraba con aire de reprobación! Y ¿por qué tantas señas misteriosas para atraer a Marie hacia el comedor?

—He dejado a Pierre esta noche, me ha encargado que le diga...

—¿Qué le ha ocurrido?

No le ahorraba nada, ni siquiera la forma misteriosa en que abría la puerta y la volvía a cerrar para asegurarse de que no los escuchaba nadie.

—No le ha ocurrido nada... Tranquilícese usted... Sólo una misión muy importante... Digo muy importante... lo ha requerido urgentemente en... pongamos en Ámsterdam...

—¿Por qué «pongamos»?

—Porque ni el uno ni el otro estamos autorizados a saber dónde está...
¿Comprende usted?

—Preferiría no comprender —replicó con mal humor.

—¡Vamos, señora! Usted sabe muy bien que Pierre es...

—Yo no sé absolutamente nada más que he temblado durante toda la noche y que seguiré temblando hasta que vuelva...

—Permítame decirle que era absolutamente necesario...

—¿Qué viniera usted a llevárselo? ¿Por qué no hace usted mismo su propio trabajo? ¿Por qué es siempre Pierre quien...?

Se estaba volviendo vulgar a fuerza de ser arisca. No le gustaba Barón, ni algunos otros que llegaban a veces de París y que...

—Precisamente cuando su hijo está enfermo...

—Le juro...

—¿Cuándo volverá?

—A pesar de que deseo complacerla, no puedo...

Ella también se sentía cansada. ¿Tal vez por influencia del tiempo? Casi como una amenaza le dijo:

—¿Quiere una taza de café?

—Si no es abusar...

Llevaba unas zapatillas de fieltro, por lo que se veía más bajita. Por la mañana siempre estaba pálida, con una palidez mate, de estar siempre encerrada, aunque era más bien gordita y vigorosa. Mientras vertía el agua hirviendo en la cafetera, preguntó:

—¿Qué han tramado esta vez?

—Sabe usted muy bien que no puedo decir nada, ni siquiera a usted, y que Pierre, si estuviera aquí...

—¡Tengo sed! —gritaba el pequeño que, desde la habitación contigua, no lograba hacerse oír.

—¡Le juro que Pierre, si por mí fuera —gritó ella—, los mandaría a todos al diablo! Cuando se tiene un hijo...

Y justamente aparecía el hijo, descalzo, con su largo camisón.

—¿Quieres irte a la cama?

—¡Tengo sed!

—¡Acuéstate! La leche todavía no está hervida...

—No quiero leche...

—¡Acuéstate! ¡Acuéstate, por el amor de Dios! ¿No ves que estoy nerviosa?

Hay días, como ese, en que no se tiene paciencia. ¡Mientras le servía el café a Barón la leche se desparramaba por el fuego!

—¿Al menos no habrá ido a Francia?

—Le juro...

—¡No jure! Sé que usted está siempre dispuesto a mentir... Dígame la verdad...

—No lo sé...

—¿Ha ido a Francia? Y usted lo ha dejado partir sabiendo que corre el riesgo de que lo detengan...

—Escuche...

¿Por qué se había detenido ella delante de la ventana? A través de los visillos de tul vio a dos hombres que discutían en la acera de enfrente y tuvo un presentimiento.

—¿No ha venido usted solo?

—¡Por supuesto!

—Venga a ver.

En aquel mismo momento, los hombres cruzaban la calle y se oían dos toques de campanilla.

—Es imposible... —balbuceó el Barón, mirando angustiado a su alrededor.

—¿El qué es imposible?

—La policía...

—¡Muy bien! Pues va a hacerme usted el favor de explicarse con ellos. No se va de visita cuando se lleva la policía pegada a los talones...

Cuando estaba de buen humor parecía que tenía veinte años. Furiosa tenía quince más y toda su gracia se desvanecía.

—¿No oye que es para usted? —gritó la propietaria, en el corredor.

—¡Ya voy!

De buena gana se habría echado a llorar, de inquietud, de rabia. Al pasar por delante del espejo se arregló el pelo y se quitó el delantal a cuadros que arrojó a un armario.

Al llegar a la escalera se volvió para decirle al Barón:

—Sobre todo, trate de no complicar las cosas...

En la vida corriente daba la impresión de ser un tipo robusto, rebosante de salud. Pero no era así por la mañana y en ayunas, cuando aún no se había lavado la cara, que parecía habersele descolorido durante la noche, vaciado de parte de su substancia, dejando sólo carne fofa bajo la piel deslucida.

Instantes como los que estaba viviendo en aquellos momentos eran peores todavía, y los conocía bien pues de niño había pasado por las mismas angustias.

Veía entrar en el apartamento a los dos hombres. A uno lo reconoció, un pelirrojo enérgico e irónico que debía tener la manía de los lapiceros y de las plumas, pues llevaba varios formando una hilera en su bolsillo. Los ojos risueños del policía decían claramente:

—¡Hemos sido rápidos, eh!

Y el Barón tenía un miedo atroz de oír esas palabras pronunciadas en voz alta. Estaba avergonzado. Tenía remordimientos. Y miedo de los reproches que él mismo, por adelantado, se iba haciendo en su interior.

—Madame Chave, supongo — dijo el otro policía, sin quitarse el sombrero.

—¿Qué desean ustedes?

—¿Su marido?

—No está.

Pero él la apartó con la mano y entró en el comedor, luego en el dormitorio.

—¡Pero si le están diciendo que no está aquí! —osó el Barón, sin encontrar, por eso, su firmeza.

¡Era su fallo! Desde pequeñito no había podido evitar hacer una tontería cuando se le presentaba la ocasión. Ahora bien, no era por estupidez, puesto que se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Era casi un vicio, pues iba más a fondo cuando la tontería iba acompañada de mentiras y de una situación confusa.

Entonces se precipitaba, como se había precipitado la víspera, en París, cuando el Impresor le había hablado, en secreto, de un golpe que se estaba preparando.

—¡Conviene, sobre todo, que Chave no lo sepa! —había dicho el Impresor que vivía en una especie de patio de Monipodio, detrás del Sacré-Coeur—. Esas artimañas no entran en sus ideas. Me pregunto de qué sería capaz...

El Barón había jurado no decir nada, ni siquiera a Lili. Como de costumbre, era un día en que se encontraba sin dinero. No hacía ni un cuarto de hora que estaba con el Impresor y ya lo había enternecido con la historia de un parto y el otro le había dado casi todo lo que tenía, que era cuatrocientos francos.

¡Para tomar el tren de Bruselas! ¡Para advertir a Chave de lo que se estaba tramando! Precisamente con el dinero del Impresor, que...

Toda su vida había obrado así. ¡Lo que no le impedía, después, arrepentirse ante el resultado de sus actos!

Por ejemplo, cuando Chave le había pedido lo que llevaba en el bolsillo, ¡había

mentido y se había guardado cien francos! ¡Ya sabía por qué se los guardaba! Ya en el tren, soñaba con aquel bar, detrás de la Place de Brouckère, en donde se metió en cuanto dejó a su amigo.

Siempre llevaba su cartera en la mano. Con su grueso abrigo, que había que mirar de cerca para ver su desgaste, parecía tratarse de alguien importante.

Y eso precisamente era lo que él quería, le gustaba, como le gustaba también ese bar íntimo y confortable, donde dos camareras fueron a sentarse a su lado.

—Apuesto a que eres de París...

Él sonreía, feliz, acariciándolas con sus manos, contándoles historias que las hacían reír a carcajadas. Luego sólo tuvo a una mujer con él, ya que había entrado otro cliente.

—¿Puedo subir contigo?

—Sí, pero después de cerrar.

Esperó la hora en que se cerraba, bebió mucha cerveza. Era mejor no pensar, cuando ya era demasiado tarde, en ciertos detalles bastante humillantes, como cuando había dicho:

—¡Si pudieras sospechar quién soy y por qué estoy en Bruselas!... Espera sólo unos días y puede ser que todos los periódicos lo comenten...

—¿No serás un ladrón, al menos? ¿O un banquero que huye?

Hizo una mueca como para decir que esos eran tipos de muy poca categoría en comparación con él.

¡De ningún modo! No había que pensar más en ello. ¡Era algo demasiado estúpido! El bar no era otra cosa que la antesala de un hotel y el Barón había esperado hasta las tres de la madrugada para subir a su habitación, en donde, un cuarto de hora después, se había presentado la muchacha.

¿Por qué? ¿Cuántas veces se había hecho esa pregunta? ¡Porque él era así! La chica no era amable con él, discutía el precio y no se dejaba acariciar los senos, que constituían el único atractivo de su persona.

—¡Date prisa!

—¿No duermes en la casa?

—Me acuesto en el desván.

No hacía ni diez minutos que ella se había ido y empezaba a amodorrarse, cuando llamaron rudamente a la puerta.

—¡Policía!... ¡Abra!... ¡Pasaportes!

¿Acaso la chica lo había denunciado a la policía? ¿O es que esta hacía simplemente su ronda habitual por los hoteles sospechosos? ¿Para qué intentar saber si ya estaba hecho? El pelirrojo había examinado sus papeles. En un librito de notas, tenía una lista de personas fichadas que consultaba de vez en cuando.

—¿Cuándo ha llegado usted a Bruselas?

—Esta misma noche.

—¿Con quién se ha entrevistado?

—¡Con nadie!

—¿A qué ha venido?

—Por negocios.

Lo que ocurrió es que debieron consultar su ficha y, al ver que frecuentaba los medios anarquistas, lo habían seguido. No sabía a qué atenerse. No se atrevía a mirar a la cara a Marie Chave, que parecía imaginarse algo y que de vez en cuando le lanzaba una mirada de sospecha.

—¿Qué quieren de mi marido?

—¿A qué hora ha salido?

—No sé. Temprano...

Al contrario del Barón, la mujer de Chave se crecía en presencia de un peligro.

—¡Sobre todo, no se preocupe! —había lanzado al pelirrojo que se había tendido en el suelo para mirar debajo de la cama.

Los seguía con los ojos, digna y despreciativa, mientras ellos efectuaban un verdadero registro. De vez en cuando se volvía hacia Pierrot, que estaba agitado por los acontecimientos, y le repetía:

—¡Duerme!... ¡No es nada!... En seguida te traigo la leche...

El Barón, que no se había quitado el abrigo, empezaba a tener calor. En cuanto a los policías, no tenían mucha prisa. ¿Habían recibido una denuncia? ¿La visita del Barón a la casa de un anarquista notorio, al que tenían fichado desde hacía tiempo, y al que vigilaban, era suficiente para hacerlos sospechar?

Iban de un mueble a otro, revolvían los armarios, los cajones, metían las manos en los bolsillos de un traje viejo de Chave que colgaba del guardarropa.

El apartamento no tenía más que tres habitaciones: el dormitorio, la cocina y el comedor. Comían en la cocina, así el comedor servía de despacho. La mesa estaba llena de libros y folletos.

Nada más trivial que esa habitación, parecida a las que se alquilan a los estudiantes, con su chimenea de mármol negro, su reloj de pared, la estufa de porcelana oscura y la alfombra, el tapete usado de la mesa, las fotografías dedicadas clavadas con alfileres en la pared.

En el cenicero había todavía dos pipas de arcilla, y Marie Chave, impresionada, volvió los ojos, luego los fijó en el Barón como para pedirle cuentas.

—Si tiene usted algo que hacer, madame —dijo el pelirrojo—, tenemos para algún tiempo...

En efecto, se instaló en la mesa de Pierre, atacó su pipa, la encendió e inició un minucioso inventario de los papeles. El otro policía, que era más joven, acababa de descubrir la cartera del Barón y se la presentó.

—¡Vamos a ver esto en seguida!... Vigila la puerta... No dejes entrar ni salir a nadie... En cuanto a ustedes dos ya les he dicho que podían disponer...

Daba la impresión de que estaba en su casa, acercó el cenicero al alcance de su mano, y Marie se preguntaba si no estaba fumando el tabaco de su marido.

—¿No tenía usted que darle de comer a su hijo?

Fue a la cocina y el Barón la siguió, remiso y taciturno, sin atreverse a mirar a nadie, sin saber qué hacer con su voluminosa masa. Permaneció mucho rato de pie cerca de la ventana, viendo caer la lluvia en la calle desierta. El cielo estaba de un gris tan neutro que no se hubiera podido decir si era la mañana o la tarde. Los ladrillos de las casas, empapados, estaban más oscuros y sabe Dios lo que debía estar haciendo la gente que las habitaba, detrás de las ventanas con macetas de cobre y plantas, concretamente cactus.

—¡Tenga!

Se volvió. Marie le tendía una taza de café, sin afabilidad, mientras que por la puerta entreabierta se veía al pelirrojo instalado en el despacho, copiando en su carné algunos pasajes de los documentos.

Marie, encogiéndose de hombros, le llevó una taza de café, él levantó la cabeza, dijo simplemente gracias y reanudó su trabajo.

Cada vez que pasaba cerca del Barón, este miraba hacia otra parte, hasta que, una de las veces, se atrevió a murmurarle al oído:

—¡No tenga miedo!

¡Pero no era él precisamente el más indicado para tranquilizarla! ¡Si al menos le hubiera dicho dónde se encontraba Pierre! Pero ella lo adivinaba. Para ir a Ámsterdam no hubiera hecho tantos misterios. No podía haber ido a otro sitio que a París, de modo que, si le detenían, tenía, al menos, para un año de cárcel.

—¿Quiere usted entrar, monsieur Barón?

Su cartera estaba sobre la mesa, abierta, y el policía había sacado de ella dos objetos bastante inesperados, y que eran la explicación de que antes estuviera tan hinchada. Eran dos barcos, el uno de madera, bastante toscamente trabajado, el otro de corcho, tallado de la pieza a cortaplumas, adornado con hilos, trocitos de madera y alfileres.

—¿Quiere hacerme el favor de explicar esto?

—No es lo que usted cree —se apresuró a decir.

En realidad quería decir: esto no tiene ninguna relación con el espionaje, la defensa nacional, o cualquier otra cosa por el estilo.

—Encontrará usted la explicación en mi cartera... La carpeta azul... ¡Sí, esa!... Se trata de un invento que estoy preparando, una canoa insumergible, por el que he sacado ya tres patentes, y estoy a punto de vender a...

¡Era cierto! El pelirrojo lo notaba. Y sin sonreír ponía los dos barquitos frente a él, como si fuera a jugar con ellos.

—¿Está usted en Bruselas por esto?

—No precisamente, pero...

—¿Y por esto?

Le enseñaba unos folletos anarquistas que llenaban todo un lado de la cartera.

—Se encuentran por todas partes, ¡ni siquiera están prohibidos!

De vez en cuando Marie, que se había puesto a arreglar la casa, se acercaba a echar un vistazo. Finalmente se impacientó.

—¿Acabarán pronto?

El comedor estaba azul de humo. El comisario había atizado la estufa al máximo. No parecía que estuviera sobre una pista importante. Hacía su trabajo a conciencia, eso es todo, quizá con algo más, con la satisfacción de estar bien calentito, en una habitación que le gustaba, mientras fuera caía la lluvia, y con la satisfacción también de fastidiar a ese tipo gordo que se moría de miedo, y de exasperar al máximo a la pálida señora Chave.

—Acabaría mucho antes si me dijera usted, de una vez, dónde está su marido...

—¡No sé nada!

—¿Podría, al menos, asegurarme que ha dormido aquí esta noche?

—¡No sé nada!

Entonces le preguntó al Barón:

—¿A qué hora lo ha dejado Chave?

—Pero...

—¡De prisa! ¿Qué tren ha tomado?

—Le juro...

Marie, de vez en cuando, iba a inclinarse sobre el pequeño aunque no se quejaba y que con la cara roja y los ojos brillantes miraba fijamente el techo durante horas, como si soñara despierto.

—Si van a quedarse ustedes mucho rato, iré a comprar...

—No faltaría más...

Se fue, impulsada por la cólera más que por la necesidad. En el pasillo vio que se entreabría la puerta de la propietaria, y estuvo a punto de sacarle la lengua o de echarse a llorar. Se había abrigado con un mantón y llevaba un gran monedero en la mano. Entró en la tienda de la esquina y una de las mujeres que esperaba su turno le preguntó:

—¿Es el sarampión?

—No se sabe todavía...

—¡Sólo nos faltaría una epidemia de sarampión en el barrio!

Compró una chuleta para ella sola, pues no quería cambiar nada de sus costumbres, unas legumbres y algo para hacer sopa. Cuando volvió, el comisario seguía escribiendo, con una letra pequeña, apretada, mientras que el Barón se había instalado cerca del niño, que dormía.

Ella lo esperaba así, puesto que encontraba la cosa tal como la había dejado. Y, sin embargo, de repente se impresionó por lo que el espectáculo tenía de incoherente. No habría podido decir si se trataba de la luz glauca de aquel día, el olor de fiebre y de leche quemada, o incluso de la vista de ese extraño, sentado plácidamente en el sitio que debía ocupar Pierre, en su despacho, fumando una pipa que habría podido ser su pipa... Y, por añadidura, estaba ese Barón hinchado, de ojos humildes y

miedosos, que parecía pedirle perdón; y los dos barquitos puestos sobre la mesa, cerca del tintero, y el otro policía, sentado cerca de la puerta, leyendo un periódico...

En primer lugar, sacó los paquetitos de su cesta de la compra, puso el monedero en un cajón, luego cogió el pañuelo para sonarse y, sólo entonces, empezó a llorar, sin ruido, porque le parecía que ni ella, ni Pierre, ni el niño, merecían todo aquello.

Lloró mientras ponía la sopa al fuego y mientras limpiaba las legumbres. Luego espió al policía pelirrojo y, cuando finalmente se levantó, tuvo la entereza de no hacerle ni una sola pregunta, de fingir que ignoraba su presencia.

—Vas a conducir al señor a mi despacho... —dijo, señalando al Barón—. Tengo todavía algunas cosas que hacer...

Se puso de nuevo el abrigo y el sombrero, la cartera con los barquitos bajo el brazo, saludó a Marie y bajó.

—No tenga miedo... —balbuceó el Barón, al tiempo que seguía al agente.

Ella prefirió mirar hacia otra parte, luego entreabrió la puerta y oyó al pelirrojo que llamaba a la de la propietaria, con la que estuvo casi una hora.

Se quedó sola con su hijo y de repente tuvo la impresión de estar sola en el fin del mundo, en un lugar desierto, del que nunca podría escapar. No se atrevía a mirar por la ventana, pues el decorado de la calle tranquila le resultaba tan odioso, tan extraño, tan hostil.

Y, sin embargo, hacía cinco años que habían abandonado Francia, en donde no habían vuelto a poner los pies, cinco años también que su padre no le escribía a causa de Pierre y, en fin, cinco años que, de vez en cuando, venía gente de París, siempre excitados y volubles, casi siempre pobres y hambrientos, que se encerraban con él en su despacho.

Algunas veces, cuando se quedaban solos en la habitación llena de humo y de vasos vacíos, había llegado a preguntarle a su marido:

—¿Crees que esta es la verdadera solución?

—Sí hicieran todos como yo... —respondía él.

—Sí, pero no todos hacen como tú...

—¿Quién sabe si un día...?

Había llegado a preguntarse a sí misma si Pierre creía verdaderamente en todo aquello, pero no se había atrevido nunca a preguntárselo a él. Si no hubiera creído, ¿qué le habría quedado?

Y, sin embargo, ella sabía, ella... ¡No! ¡No tenía derecho a...! Sabía...

Hay cosas que uno no se confiesa nunca, por ejemplo el Barón no reconocería nunca que era un vanidoso y un cobarde.

Aun cuando Pierre tenía diez meses de servicio militar entonces, en Bourges...

¡Porque ella lo había seguido a Bourges! ¡Se había ido de su casa para seguirlo! Como él sólo contaba con su paga, ella trabajó en un colmado.

Y, un buen día —no era un buen día, porque llovía y porque no iban a pasar más que cosas tristes—, se dio cuenta de que estaba encinta.

Es cierto que ya entonces no era como los otros, leía unos libros que no se encuentran en las librerías y escribía artículos impublicables.

Es cierto también que, desde hacía un mes, las cosas no iban bien con su suboficial, incluso amenazaban con empeorar.

Sin embargo, ¿si no hubiera habido *aquello*? Si no hubiera sido por Pierrot y por la imposibilidad de obrar de otro modo, ¿habrían pasado la frontera, una noche, en un vagón de tercera?

¿Acaso Pierre, que era instruido y más inteligente que todos los hombres que ella había conocido, habría acabado por presentarse en el teatro de comparsa? ¿Acaso ahora se estaría ganando la vida como segundo traspunte? ¿Acaso...?

Nunca había hecho alusión a todo eso. Él le leía sus artículos, que enviaba a periódicos libertarios y anarquistas. En París se habían publicado unos folletos clandestinos suyos. Los que venían a verlo decían a veces a Marie, por la puerta entreabierta:

—¡Es un nuevo Lenin!

Y una mujer, una mujer picada de viruelas, que había cometido un atentado político en París, y a quien Pierre había proporcionado trabajo en una cervecería de la Rue Neuve, había exclamado:

—¡Es un Savonarola!

Pierrot seguía sin dormir. De vez en cuando, abría su boquita para respirar, sin ruido, como hacen los peces fuera del agua, y Marie acababa asustándose de su tranquilidad.

—¿Te duele algo?

Se contentó con sacudir la cabeza, tan dulcemente que era algo alucinante.

—¿Qué tienes?

—¡Tengo sed!

Suponiendo que el crío no hubiera nacido, ¿quizá Pierre...?

Pasaban trenes y más trenes, de la mañana a la noche, pero era sólo si uno prestaba atención cuando se hacía lancinante.

—¡Toma!... Bebe...

Bebía sin convicción mirando a su madre de un modo tan serio que la turbaba.

No hacía ni un mes que Pierre había escrito a Robert:

... Sobre todo, dame muchos detalles de los nuevos y, entre otros, de ese K..., que no me inspira ninguna confianza. Ya sé que tú eres sincero, igual que muchos de nuestros amigos. Pero no hay que olvidar que todos esos que tratan de mezclarse con nosotros no lo hacen impulsados por el amor a la causa.

Los hay que se divierten con esto, los hay que se excitan, hay también traidores, y algunos que persiguen objetivos tenebrosos.

No me gusta nada la forma en que K... ha sido presentado, ni el último

discurso que os ha hecho. Me hubiera gustado verlo, pero no creo que tenga ganas de venir a Bruselas. En cuanto tenga un poco de dinero ahorrado te lo mandaré para que puedas venir a pasar un domingo con nosotros, pues estoy seguro de que tienes muchas cosas que contarme y ya sé que no te gusta escribir...

A veces escribía páginas y páginas, como si hablara, sin preocuparse de lo que decía, y en aquellos momentos quizá ya no veía las casas de ladrillos de la Rue Snieder, ni las ventanas con macetas de cobre con cactus.

Quería a Robert como hubiera querido a un hermano menor y más desgraciado. Pues Robert era desgraciado, de nacimiento, como otros son enfermos o idiotas.

Había nacido en el barrio de Saint-Paul, en un hotel. Su padre era polaco y la madre animadora de sala en un restaurante barato. Pierre conocía todos esos detalles, pues Robert recitaba la historia de su vida como un poema o una letanía, experimentando con ello, cualquiera lo hubiera dicho, una amarga voluptuosidad.

Su padre estaba aquejado de un mal específico, heredado, y había nacido prematuramente, por añadidura.

Cuando apenas contaba un año, su madre había querido matarse con él, con el gas, como los pobres. Sólo ella había muerto, él sobrevivió. Se había abatido sobre él una auténtica cascada de desgracias y catástrofes. Su padre al salir de la cárcel, había ido a recogerlo, cuando él tenía once años, a una granja donde le habían colocado los de la Beneficencia Pública.

Cuando tenía trece años, la policía lo había detenido por robar en un escaparate del Boulevard Barbes.

No se sabía cómo había aprendido a leer y a escribir, y, sin embargo, era su única pasión. Hasta el punto de que, en la actualidad, era ciclista de un periódico, para así poder acercarse, a pesar de todo, a los papeles impresos.

Tu carta me ha sabido mal —respondía a Chave— porque eres injusto con K... Tú eres un francés puro y no puedes comprenderlo. En cambio yo, que tengo sangre eslava en las venas, yo...

K..., a quien Pierre Chave no había visto nunca, era servio. Había llegado de pronto a París, con cartas de varios centros anarquistas europeos.

Sólo tiene treinta años y sabe Dios la buena labor que debe haber hecho. Si pudieras verlo y oírlo, estoy seguro de que lo apreciarías como lo apreciamos todos nosotros. No estoy refiriéndome, que conste, a los semiburgueses, como el Barón, que tiembla como una hoja cada vez que lo ve...

Durante ese intercambio de cartas había habido como una disputa amorosa. Chave no podía sustraerse a los celos que sentía por K..., quien acababa por adornarse de todos los encantos. Al mismo tiempo, experimentaba un cierto rencor contra Robert, porque no desconfiaba, porque se dejaba impregnar por las ideas del otro, cuando, hasta entonces, no había admirado y seguido a nadie más que a él, Pierre.

Te hablo como mayor que soy, lo cual, desgraciadamente, me da cierta experiencia de la vida. En Bruselas, veo muchas cosas, incluso como las que nos ocupan. Asisto a muchos manejos sucios y adivino historias más sucias aún.

...A ti sólo debo decirte que desconfíes de...

¿Era sincero, o simplemente estaba celoso? Sin duda ambas cosas. No faltaba el mínimo detalle para exasperarlo. Desde que K... formaba parte del grupo ¿no habían decidido cambiar de local y reunirse en Puteaux, en un lugar que Chave no había visto nunca?

Antes, aún podía imaginarse las reuniones. Conocía la salita, en el primer piso de un tabernucho de la Porté de Saint-Ouen, y aún le parecía oír el estrépito de los tranvías como en los tiempos en que asistía a aquellas sesiones. Le habían dicho que los tranvías habían sido suprimidos, pero le daba igual: para él, las reuniones seguían celebrándose al ritmo de los tranvías.

Apenas si conocía Puteaux. También le comunicaron que K... había presentado a varios camaradas que, como él, habían viajado por toda Europa.

...K... considera que la doctrina, en nuestros espíritus, ha perdido su fuerza vivificadora y que...

Ocho días antes, Pierre Chave, irritado, había contestado a Robert:

... Ojalá me equivoque, pero empiezo a preguntarme si tu K... no es un vulgar agente provocador o, por lo menos, un agente de la IV Internacional, con la que nuestras ideas no tienen nada en común. No olvides que el último mensaje de Trotsky decía...

¡Y, mira por dónde, iban a hacer saltar una fábrica de aviones en Courbevoie! Pierre ya imaginaba que no iba a ser K... quien llevase la bomba allá. ¡Ni K... ni ninguno de sus amigos!

¡Iba a ser Robert, a quien había formado Chave, de cuya influencia había escapado hacía unas semanas!

Desgraciadamente, el Barón no había podido decirle nada preciso. ¡No conocía ni el día ni la hora, ni siquiera el lugar exacto!

Y Chave recorría la orilla del Sena con su bicicleta, llegaba al puente de Puteaux a la hora del almuerzo, miraba con desconfianza aquella aglomeración de gente que no conocía y en la que no tardaría en producirse una catástrofe.

No podía ir a visitar a sus amigos, ni a Robert, ni al Impresor, ni a los demás, pues ya sabía que todos estaban más o menos vigilados por la policía.

Y no estaba seguro de que él mismo no fuera seguido. A lo largo de todo el camino, mientras pedaleaba, había ido mirando atrás sin cesar. ¿Podía jurar que un auto o un taxi, de los que lo habían adelantado, no había dado la consigna a otro coche que se encargaba de seguirlo?

Courbevoie estaba allá abajo, en el primer recodo del Sena, al extremo de aquella isla todavía verde, de orillas enlodadas, que cortaba el río en dos.

Ya no llovía, pero Pierre estaba empapado, helado, y se metió en un pequeño restaurante donde se hizo servir comida.

—¡Cualquiera diría que se ha mojado usted! —bromeó el dueño.

No sólo mojado, sino extenuado de fatiga, hasta el punto de que apenas pudo comer y, después de beberse un vaso de vino tinto, notó que le picaban los ojos.

—¿Tienen ustedes una habitación?

—¿Para esta noche?

—Para ahora y para esta noche... He madrugado mucho...

Había que desconfiar siempre. Respondió cualquier cosa, siguió al dueño que lo condujo al entresuelo, en donde había una habitación que tenía una ventana estrecha y el piso de baldosas rojas, como en el campo.

—¿Pongo su ropa a secar?

Si no hubiera estado tan cansado habría dicho que no, pues no era prudente entregarse atado de pies y manos quedándose en una habitación de hotel sin un traje que ponerse.

¿Y qué? Tenía necesidad de dormir. Había momentos en que creía todavía oír las voces del teatro, respirar el olor del escenario, y se sorprendía preguntándose si habrían traído a tiempo la cómoda Luis XVI, accesorio esencial para el tercer acto.

No sólo el piso de aquella habitación estaba embaldosado de rojo, sino que, en plenas afueras, el olor era un olor de campo, un olor de fonda al lado del agua, con pescado frito, moho en los armarios, y los retretes hechos de una tabla agujereada encima del foso.

De abajo, de la sala, subía un murmullo de voces. El edredón era monstruoso y Pierre lo hizo caer al suelo, luego oyó sonar un teléfono y se preguntó si sería muy osado llamar a Robert al periódico.

¿Tendría Pierrot el sarampión? El Barón iría a su casa, por la mañana, a primera hora, y le contaría una historia a Marie, que ella no creería. Porque era un hecho: no se creía nunca lo que le contaban. ¡Era la desconfianza hecha persona! ¿Quién sabe si

se creía sólo lo que le decía Pierre?

¡Lo más extraordinario de aquella aventura era que se hallaba en Francia y que apenas se había detenido a pensar en ello, ni lo había disfrutado! Estaba en Francia, había ido en bicicleta, hecho proyectos, bebido y comido como si hubiera estado en cualquier otro sitio.

De nuevo se oyó el teléfono... ¿Podría ser que el dueño, desconfiado, fuera capaz de...?

«Dentro de poco...», tuvo aún la fuerza de pensar.

Se hallaba al límite de su resistencia. Se iba hundiendo en las plumas del colchón, en algo muelle, vacío, con la sensación de ser arrastrado a toda velocidad por un ascensor. Esto no impedía que siguiera sintiendo el olor de los retretes, y creyera oír, durante horas y horas, a través de una capa muy tenue de sueño, el sonar del teléfono.

Cuando se despertó eran las cinco de la madrugada y había dormido de un tirón desde el día antes por la tarde. Volvía a encontrar el olor casi familiar, ciertos detalles que lo enternecían, como el armario forrado con un papel estampado de flores y la ventana tan estrecha y casi a ras del suelo —aquella habitación debía haber sido parte de las antiguas cuadras—, y además la bombilla eléctrica tan amarilla y tan débil que una vela habría dado más luz. No tenía jabón ni ningún otro objeto de aseo. Se pasó un poco de agua por la cara y, habiendo encontrado su ropa ya seca delante de su puerta, se vistió.

A pesar de todas sus precauciones al bajar la escalera, crujieron uno o dos peldaños. Abajo en la sala, la criada, que llevaba zuecos, estaba fregando el suelo.

—¿Se va usted? —preguntó por decir algo.

—¡No! Me he despertado. Voy a tomar el aire...

—¡Está lloviendo! En seguida bajará el dueño y preparará el café...

—Mientras daré una vuelta...

Se sentía triste. O más bien malhumorado. Tampoco era eso. Estaba emocionado, no por las graves razones que tenía para emocionarse, sino por nada, por pequeñas cosas que hacían revivir unos recuerdos imprecisos, nostalgias, sentimientos vagos.

Incluso la fina lluvia que caía en la oscuridad y que le recordaba el patio del cuartel, por la mañana, cuando en las cuadras resonaban los cascos de los caballos.

Vio el Sena que corría muy cerca, más exactamente un brazo del Sena, pues, enfrente, la isla se prolongaba, terreno baldío más que jardín, y aquellas orillas que hacían pendiente, cubiertas de hierbajos, también le recordaban algo.

Se encaminó hacia Courbevoie. Sabía que venía después del siguiente puente. Decidió alejarse en seguida de la fonda pues, si tenía que pagar la comida y la habitación, apenas le quedaría dinero en el bolsillo. Esto le avergonzaba y lo mortificaba, pero no tenía elección.

Le ocurría algo extraño; debía hacer un esfuerzo para pensar en su misión. Estaba allí para impedir que estallara una bomba que causaría, sin duda alguna, numerosas víctimas. Pero se detenía en el muelle, delante de una barcaza a motor cuya cabina estaba iluminada. Se ponía a pensar en las personas que, en su interior, debían estar vistiéndose apresuradamente y tomando su café.

«De hecho les he dejado la bicicleta», se dijo pensando en la fonda que acababa de abandonar.

Se había levantado demasiado temprano, no sabía que hacer. Iba a mojarse otra vez, como la víspera; sin embargo, era algo inevitable.

No lo seguían. Desde el puente de Neuilly al puente de Courbevoie, en más de un kilómetro de muelle, no había nadie más que él aguardando la salida del sol que parecía retrasarse.

Observaba las casas, unas tras otras. Aparte de algunos edificios que sin duda

estaban habitados, el resto sólo eran talleres y fábricas, y uno de esos talleres, en la semiclaridad, lo intrigó un momento. Por encima de la empalizada veía, bajo un armazón, unas inmensas paredes de tela que, a veces, una corriente de aire hinchaba como las velas de un navío. «Se alquila toda clase de toldos», leyó en una placa esmaltada.

Y se dijo que, si acaso debía esconderse en alguna parte, estaría a cubierto envuelto en uno de aquellos toldos, donde nadie pensaría en buscarlo. Incluso miró a través de los barrotes de la reja para asegurarse de que no había ningún perro.

En realidad, no sabía nada del futuro, ni siquiera del más inmediato. Había dejado Bruselas sin pensarlo dos veces, pues no podía soportar la idea de una hecatombe, pero, ahora que ya estaba allí, se sentía con menos convicción.

Otra fábrica, una fábrica clásica, con el portero a la izquierda, las oficinas a un lado, la campana encima de un gran reloj blancuzco. Luego ladrillos, tejas, a todo lo largo del muelle, una grúa, unas barcas varadas en el cieno, unas al lado de las otras y por último unos edificios más importantes: «Aviones Victor Roche»...

Se volvió bruscamente. Había notado unos pasos detrás de él. Era una mujer de edad indefinida que salía de debajo de un montón de sacos donde había pasado la noche.

Sus miradas se encontraron. No se dijeron nada, pero, un cuarto de hora después, Pierre Chave aún estaba impresionado.

El puente de Courbevoie estaba allí, a cien metros, y unos camiones empezaban a atravesarlo. El despacho de consumos estaba iluminado, igual que los dos cafés que formaban las dos esquinas de la calle.

Chave había estado caminando lo más lentamente que había podido. Ahora ya no faltaba mucho para que amaneciera. Atravesó la calle y entró en uno de los cafés, se encontró frente al mostrador con un hombre cargado con los aparejos de pescador.

—¡Un café! —ordenó.

Y el dueño continuaba su conversación con el otro cliente.

—¿Y él qué ha dicho?

—Que, si la cosa iba a durar prefería renunciar...

—¡Caramba! Es lo mismo que digo yo...

¿De qué estarían hablando? Chave se quedó en el café unos cinco minutos y no logró averiguarlo. Andando por andar, atravesó el puente. Vio al pescador del café que se acercaba a la orilla, en un lugar que debía serle muy familiar, pues en la arcilla sus pies encontraban verdaderos escalones para apoyarse.

¿Era posible que se tratara de un verdadero pescador de caña? Pasaban autobuses; personas que sabe Dios de dónde salían y que iban a cualquier sitio. El portero de la fábrica de aviones abría la reja y paseaba por la acera un hermoso perro pastor.

El Barón no había podido precisar para cuándo sería la cosa ni cómo se llevaría a cabo. Estaba ya amaneciendo, ahora, y Chave, que ya se había acostumbrado a la penumbra, no se daba cuenta. La vida lo rodeaba. Una de las grúas se puso en acción

y empezó a depositar tejas en el muelle, donde los dos hombres que las apilaban llevaban un saco en la cabeza a modo de capuchón.

¡Dios sabe que la idea de la bomba no era nueva para Chave! Durante años, en las reuniones y en las conversaciones más íntimas, se trataba invariablemente de terrorismo y se discutía hasta perder el aliento sobre los textos que trataban exclusivamente de artefactos mortíferos.

Ahora bien, por el hecho de encontrarse allí, en el puente, de mirar a su alrededor, de ver el Sena que corría cribado por la lluvia en pequeños círculos plateados, de contemplar el pescador inmóvil con los pies sobre unos guijarros que debía haberse traído él mismo, las barcas, el brazo móvil de la grúa, los hombres que empezaban a entrar en la fábrica de aviones mientras el perro pastor levantaba la pata cada diez metros; por el hecho de oír ráfagas de conversación de la gente que pasaba, y los frenos de los autobuses, siempre en el mismo sitio, la sirena de un remolcador que salía de la esclusa de Suresnes...

—¡No! —se repetía con energía, como si esta palabra hubiera bastado para arreglarlo todo...

Fue a tomarse otro café. Cuando salió había cinco pescadores de caña a pocos metros de distancia uno de otro.

Durante el viaje, al venir de Bruselas, sólo había considerado la solución más simple y que, en aquel momento, le parecía la más segura. No tenía más que montar guardia en los alrededores de los Establecimientos Roche y forzosamente vería llegar al pequeño Robert con su bomba...

Era una de aquellas ideas que se pueden tener de lejos, pero que son irrealizables y se estaba dando cuenta entonces. En primer lugar, se había fijado en que los empleados no entraban por la misma puerta que los obreros, sino por una calle paralela al muelle, donde se levantaban las oficinas. ¿Tenía alguna prueba de que no eran las oficinas lo que iban a volar? ¿Y cómo iba a vigilar las dos entradas a la vez?

Incluso... Suponiendo que aquello durara sólo un par de días... Estaba seguro de que el tabernero de la esquina se había fijado en él... No hacía aún dos horas que se paseaba por el muelle y el primer pescador de caña había levantado varias veces la cabeza para mirar hacia donde él estaba...

Por mucho que se metiera las manos en los bolsillos y se acercara a las barcas como quien no tiene nada que hacer: ¡Nadie se pasa días enteros bajo la lluvia y en un lugar como aquel!

Además, unos camiones entraban en el patio de la fábrica, ¿quién le aseguraba que el pequeño Robert no había de estar en uno de aquellos vehículos?

¿Y si fuera a ver al Impresor, que vivía en Montmartre, y lo mandase a buscar a Robert? No se atrevía. Sabía que todos sus amigos estaban fichados, más o menos vigilados. Tal vez habían seguido al Barón durante su viaje a Bruselas, de modo que nada probaba que no hubiera un policía en el muelle, vigilando a Chave.

Cambió de café, se metió en la cabina telefónica y llamó al periódico donde

trabajaba Robert.

—Quisiera hablar con uno de los ciclistas, señorita —dijo a la telefonista.

—Está prohibido, señor.

Y ya iba a colgar el aparato.

—¡Señorita!... Es un asunto grave... Imagínese que la madre de este muchacho se está muriendo...

—Voy a ponerle con el servicio de ventas — dijo con indiferencia.

—¡Oiga! ¡Oiga! Quisiera hablar con el ciclista Robert...

—¿Qué Robert?

—Al que le llaman el pequeño Robert... Un chico delgado...

—Un momento...

Le dejaron tanto rato sin respuesta que creyó que se había cortado la comunicación. Durante este tiempo trataron por dos veces de abrir la puerta de la cabina.

—¡Oiga!...

—¡Oiga! ¿Es usted quien pregunta por Robert? Hace dos días que no ha aparecido por el periódico.

—¿No sabe usted su última dirección?

—No... ¿Qué contaba usted de su madre?

—Nada... Gracias...

Colgó el teléfono y se encontró frente a frente con el cliente que quería entrar en la cabina y que lo miró atentamente.

—¿Cuánto le debo?

—Dos francos cincuenta...

El otro no había cerrado la puerta de la cabina y se le oía decir:

—¿Eres tú, Maurice?... Soy Charles... ¡Todo listo!... ¡Hasta la noche!...

¿Qué era lo que estaba listo? Chave se apresuró a salir antes que el cliente hubiera tenido tiempo de pagar. Caminó de prisa y en el muelle dio un rodeo a las pirámides de ladrillos.

Y he aquí que casi tropieza con la vieja vagabunda de la mañana, sentada en una carretilla y comiendo un mendrugo de pan. Le volvió a mirar. ¿Por qué le miraba de aquel modo?

—Que aproveche... —balbuceó él, como para halagarla.

Pero no le contestó y Chave se preguntó si también ella...

Cuando se alejaba demasiado de la fábrica de aviones, Chave tenía escrúpulos, pues no podía prever lo que sucedería durante su ausencia. Por otra parte, cuando estaba cerca, le sobrevénía un nerviosismo casi enfermizo con la sola idea de que su presencia iba a llamar la atención.

Había pasado muchas veces por muelles como aquel y nada de particular le había llamado la atención.

Pero ahora descubría un mundo nuevo. En primer lugar, los pescadores de caña.

Los contó. A las diez de la mañana, con los dos que había en la isla, justo enfrente, había exactamente trece. ¡Trece pescadores en menos de doscientos metros, en un día laborable y lloviendo de aquel modo! Y uno de ellos había venido, como si tuviera miedo de que le quitaran el sitio, a primera hora.

¡Y el estanco de la esquina! Estaba en el café de la derecha, un café como todos los de suburbio, con un mostrador de cinc y la dueña vestida de negro delante de las pilas de paquetes de cigarrillos. Unos clientes vulgares y corrientes entraban y salían. Pero ¿qué podía hacer un hombre con abrigo azul que se hallaba allí desde las ocho y media de la mañana y que, con el sombrero echado un poco hacia atrás, estaba casi siempre de pie detrás de la puerta de cristales?

La vieja vagabunda, que llevaba unos zapatos de hombre sin cordones, había decidido irse, pero no debía andar muy lejos.

¿Y el polaco? Chave lo llamaba así porque tenía el pelo de un rubio muy claro y muy corto en las sienes, llevaba un traje muy apretado y, en definitiva, porque le hacía el efecto de un polaco. No debía ser rico, sin duda, porque su ropa estaba muy raída y, cuando caminaba, se le veían agujeros en la suela de los zapatos.

Entonces, ¿se puede saber qué gusto le encontraba a estar paseando un asqueroso perro a lo largo del muelle, sin detenerse más que para contemplar las barcas?

Por un instante Chave se preguntó si no se trataría del famoso K... La idea era absurda, pues la descripción que le habían dado de K... no correspondía en absoluto con el aspecto del polaco.

¿Y qué? ¿Qué estaban haciendo aquellas personas en un horrible muelle, cuando llovía y no había nada que ver? ¡Todo los atraía! ¡Algunos se pasaban un buen cuarto de hora contemplando a uno de los pescadores de caña y no se resignaban a marcharse hasta que se habían convencido que no los verían pescar ni un albur!

Lo que los maravillaba, sobre todo, eran las barcas. Había una oscura, con una bandera belga. A través de unos visillos de ganchillo, se veía unas personas que llevaban su existencia familiar como en una casa, mientras la grúa pescaba sus tejas del vientre de la barca. Chave distinguió una niña de seis o siete años y eso le hizo pensar en Pierrot, que quizá tenía el sarampión.

En cierto momento enrojeció. Una muchacha pasaba cerca de él sin sombrero, con el delantal debajo del abrigo sin abrochar, y un cesto de la compra en el brazo.

—¿No tiene usted hambre? —le lanzó.

Era la criada de la fonda donde había pasado la noche. Tuvo la impresión de haber sido cogido *in fraganti*. En efecto, no tenía intención de volver, pero se consoló diciéndose que la bicicleta bien valía el importe de su cuenta.

El polaco había desaparecido, lo cual no quería decir nada. Tal vez estaba un poco más lejos, detrás de un árbol. El hombre de azul se obstinaba en no abandonar el estanco donde, de vez en cuando, se apoyaba en el mostrador para hablar con la dueña.

¿Había recibido algún soplo la policía? Era posible y era eso precisamente lo que

preocupaba enormemente a Chave. Dos veces en menos de tres años habían tenido la prueba de que unos camaradas iban a contar todo lo que sabían a la Jefatura de Policía. Él había escrito un artículo al respecto, diciendo que la policía ponía más empeño en vigilar a un puñado de individuos movidos por su ideal y que no hacían daño a nadie, que en proteger a la sociedad contra los verdaderos malhechores.

¿Por qué el pequeño Robert no aparecía por el periódico desde hacía dos días? Era imprudente, porque podía llamar la atención.

La última vez que le había escrito vivía por la parte de la Place des Vosges, en casa de una portera madura, viuda, que tenía debilidad por él.

A veces, al pasar bajo un árbol, le caía una gota de agua límpida y helada, y siempre era sobre la nariz o un ojo.

Había unos bancos, pero estaban mojados. Los obreros de la grúa detuvieron el trabajo para tomar un bocado, y la mujer de la barcaza les pasó un café que había puesto a calentar.

Disminuía la energía de Chave, y su confianza aún más. Acababa preguntándose qué estaba haciendo allí y por qué, teniendo a su mujer y a su hijo en Bruselas, iba a mezclarse en lo que no le importaba.

La policía lo tenía fichado no sólo por anarquista, sino también en condición de desertor. Bastaría el menor incidente, un agente que se fijara en él, la indiscreción de un hotelero...

A las once resonó una sirena y los obreros de la Roche salieron mientras que Chave los contaba *grosso modo*, calculando su número en unos trescientos. No lejos de la reja se había detenido un camión, y esto le inquietó lo suficiente como para impedirle ir a comer como los demás.

Acababa de fumarse el último cigarrillo. Decidió comprarse más en el estanco de la esquina. Esta vez, quizá por el cansancio, su atención no estaba alerta. Pensaba en otra cosa al empujar la puerta de vidriera y girar el pomo. Se acercó al mostrador contando las monedas en el hueco de la mano.

—Un paquete de *gauloises*...

—¿Azules?

Detrás del mostrador había un espejo y, justo en el momento en que tendía la mano para coger el paquete de cigarrillos, vio en ese espejo la imagen del Barón. No reflexionó. Fue algo instintivo.

Pagó y salió tan de prisa como pudo, empujando a uno que entraba. Se fue por la calle de la derecha en lugar de la del muelle.

Se preguntaba qué podía significar aquello, trataba de recordar la expresión del Barón que, no le cabía la menor duda, lo había mirado.

—¡El muy imbécil!... —gruñó.

Torció a la izquierda para volver a salir al muelle. Sabía que el Barón era el hombre más torpe y que más planchas hacía. Era capaz, a su regreso de Bruselas, de ir inocentemente a Courbevoie a ver a Chave, sin una seria razón, simplemente para

tenderle la mano y preguntarle con su voz siempre un tono demasiado alto:

—¿Cómo va?

¿Y si el hombre de azul era un policía? ¿Y si el Barón estaba vigilado? ¿Y si...?

Se detuvo de repente, porque se le ocurrió otra idea: el Barón podía también tener noticias urgentes que comunicarle, noticias de Pierrot, por ejemplo...

«¡Pero no! ¡Qué va! El sarampión no pone en peligro a un niño... Todo el mundo ha tenido el sarampión...».

Andaba de nuevo. Se detenía.

«Sólo que el doctor no estaba seguro de que se tratara del sarampión... Y hacía algunos días que Pierrot se quejaba de que le dolía el vientre...».

Se volvió para asegurarse de que el Barón no lo seguía. No había nadie en la acera. Los hombres de la grúa seguían comiendo, sentados sobre unos ladrillos, al abrigo de un toldo que habían instalado como habían podido.

La nerviosidad de Chave se estaba convirtiendo en pánico. No era capaz de comprender la presencia del Barón en el puente de Courbevoie, pues aquello era algo que iba en contra de todas las reglas de prudencia formuladas por el grupo.

En aquel momento, Chave no se había fijado en nada, pero ahora estaba seguro de que el otro llevaba su ridícula cartera de hombre de negocios en la mano y que estaba bebiendo un pernod.

Era mediodía. Casi por todas partes sonaban las sirenas y Chave decidió abandonar el muelle por un momento, se dirigió a la calle paralela donde había visto un pequeño restaurante de chóferes. No sólo había chóferes, sino también albañiles de una obra cercana, con su blusa blanca y la cara sucia de yeso.

El pelirrojo, que se llamaba comisario Meulemans y que no se quitaba nunca el sombrero porque no tenía ni un cabello en la parte alta de la cabeza, había vuelto de una forma tan natural como, por ejemplo, el doctor. Había llamado y había entrado diciendo simplemente:

—Soy yo otra vez...

Luego había sonreído, con una sonrisa bastante amable, y preguntado:

—¿Está mejor?

Como ya conocía la vivienda, podía señalar la puerta detrás de la cual el niño, efectivamente, estaba mejor. Hasta el punto de que el médico empezaba a pensar que no se trataba del sarampión.

—¿Qué quiere usted?

—No tiene usted que ser tan mala. Cada cual tiene que hacer su oficio y no siempre es tan agradable...

Su acento subrayaba la familiaridad y la bondad de sus palabras. Entró con naturalidad en el comedor después de haber afirmado:

—¡Qué bien huele su casa!

Era por la tarde. Marie Chave acababa de almorzar en una esquina de la mesa de cocina y se veía aún un hueso de chuleta en su plato. Cuándo había entrado el policía, estaba a punto de ir a fregar los platos.

—Su amigo Barón es un tipo raro...

Diciendo esto, se quitaba el abrigo, lo doblaba cuidadosamente, con el forro hacia fuera, y, finalmente, se decidía a quitarse el sombrero; señaló su cráneo y dijo sonriendo:

—¿Qué dice usted de esto? ¡Y todavía dirán que, en la policía, no nos hacemos mala sangre!... No me mire usted así, venga. Usted comprende que estoy aquí para hacer mi trabajo, ¿verdad?

—¿Tiene usted noticias de mi marido?

—¡Tengo *casi* noticias! Ya ve que soy amable con usted, podría callarme, pero le digo que tengo *casi* noticias...

—¿Dónde está?

—¿No lo sabe usted mucho mejor que yo?... ¡Es muy posible!... Hemos hecho averiguaciones en el teatro y hemos descubierto que se había marchado llevándose una bicicleta... No eran aún las once... Entonces, como es natural, hemos buscado en las estaciones y sólo se había facturado una bicicleta en el tren de Mons...

Con los codos sobre la mesa atacaba cuidadosamente una pipa de espuma.

—¿Comprende usted qué indica esto? A mi parecer, ha ido a Francia, pues para quedarse en Mons no tenía ninguna necesidad de llevarse la bicicleta... Esta noche lo sabremos...

—¿Cómo?

Seguía con el delantal, tenía la cara cansada y, al llegar el policía, no se había tomado la molestia de arreglarse el pelo.

—Se lo voy a decir... De todos modos hay un inspector en la puerta y usted no podrá hacer nada sin que lo sepamos... He conducido al Barón a la estación... Luego he llamado a la policía francesa y, desde la frontera, deben haber puesto a alguien detrás de él... Esto no es razón para que usted se ponga a llorar...

—¡No lloro!

—¡No! Pero tiene ganas de hacerlo... En todo caso no es culpa mía... Desde el momento que he recibido instrucciones... ¿Por qué no se sienta?

—Gracias...

—He vuelto porque he telefoneado a París y porque hay unos papeles que quisiera volver a leer...

El día anterior, había habido un incidente. Después que se hubo marchado el policía, Marie bajó a comprar el pan, pues se lo había olvidado. Había encontrado a la propietaria al acecho detrás de la puerta de cristales de su cocina y la vieja se había precipitado.

—¡Es para usted! —le había dicho con solemnidad.

Era una carta, una carta por la que se le anunciaba que debería dejar el

apartamento a final de mes.

—Pero... No lo comprendo...

Y la vieja imbécil exclamó al tiempo que se erguía:

—Me hará usted el favor, de ahora en adelante, de no comprometerme dirigiéndome la palabra. Tengo dos hijos que han muerto en la guerra...

Ahora, el comisario Meulemans se instalaba como si estuviera decidido a trabajar durante toda la tarde y había dejado al alcance de su mano un paquete de tabaco de Semois y una caja de cerillas. Al abrir un cajón encontró tabaco francés que unos camaradas habían traído a Chave.

—¿Puedo hacer una pipa con este tabaco?

Hubiera podido creerse que se trataba de cosas sin importancia. Meulemans, cuyo oficio era enviar a la gente a la cárcel, no tenía nada contra ellos, contra esa gente, y mucho menos contra sus esposas. De vez en cuando, a hurtadillas, lanzaba a Marie una fugaz mirada de admiración, pues no lloriqueaba como las otras.

—No le voy a preguntar si ha recibido noticias desde ayer; sé muy bien que no, puesto que está siendo vigilada... Ahora bien, si sabe usted algo de lo que se está preparando, haría mejor en decirlo...

—¿Qué quiere usted que se prepare?

—No pretenderá usted que su marido se ha ido a Francia porque sí, cuando corre el riesgo de que lo encarcelen, ¿verdad?

—¿Y si no ha ido a Francia?

—¡El Barón tampoco ha venido a Bruselas porque sí!

Contento con su «porque sí», lo utilizaba muy a menudo.

—... Y tampoco será porque sí que su marido se ha llevado una bicicleta...

Parecía encontrarse en su casa, en su propia casa, y sus gestos eran tan naturales que, a veces, viéndolo sentado en el despacho de su marido, con la frente aureolada de humo, Marie tenía un instante de confusión.

—Me acaba usted de decir que se preparaba algo...

—No soy yo quien lo pretende, es la policía de París. Ha recibido un anónimo anunciando que no pasaría esta semana sin un atentado anarquista. La situación es ya bastante tensa por las huelgas...

Ella, sincera, dijo:

—¡Pierre no se ocupa de esto!

—Entonces, ¿por qué ha ido a Francia?

—No ha ido a Francia.

—¿Por qué se ha marchado?

—¡Basta! ¡Me está usted poniendo nerviosa!

Tengo otras cosas que hacer en lugar de escucharlo...

Salió dando un portazo. Estuvo en la cocina y luego en la habitación donde el pequeño se había dormido. Varias veces, acercó su oído a la puerta, pero no oyó nada más que, de vez en cuando, el roce de un papel o un suspiro de Meulemans que

estaba trabajando.

Fue él quien, hacia las cuatro, entreabrió la puerta.

—¿Todavía está enfadada?

Se veía literalmente cómo el humo de pipa salía de la habitación, donde la atmósfera era opaca.

—... Porque si no está enfadada le pediría una tacita de café. No está usted obligada a dármela. Pero tengo todavía para unas dos horas, por lo menos...

Decidió servírsela. Él había reanudado su trabajo, copiando páginas enteras de manuscritos de su marido, y ella observó que no se le había pasado por alto cargar la estufa.

—¡Gracias! Es usted muy amable... Yo, sabe usted...

Él parecía decir:

«¡Si supiera usted lo que me importa todo esto!».

Ella afirmó:

—Pierre es incapaz de hacer daño a una mosca...

—Tampoco creo que la haya tomado con las moscas...

—¡Es usted un estúpido!

—¡Gracias!

Ella hubiera querido enterarse de más cosas, pero se había vuelto a enfadar y se puso a coser en la habitación. A las seis ya no podía más y, tras llamar maquinalmente, abrió la puerta.

—¿No ha terminado todavía? ¿Cree usted que yo voy a recoger toda la ceniza que ha tirado?

El hombre se quedó desconcertado y, pidiéndole perdón, recogió, ayudándose con un cartón, las cenizas de pipa que, en efecto, ensuciaban la mesa.

—Una vez más le voy a dar un consejo. Si tuviera usted el medio de hacerlo volver a Bélgica...

—Ya le he dicho a usted...

—Ya sé lo que me ha dicho. Sólo que, si reflexiona, tal vez encuentre usted la forma de comunicarse con él. Y que conste que no es por mi interés. Yo hago mi informe y, en adelante, el caso concierne a la policía francesa. Pero, si se deja coger, y seguramente se dejará coger, podría costarle caro...

—¿Qué quiere usted insinuar?

—Que los franceses perdonan muchas cosas, pero no las bombas...

—Mi marido...

—Su marido se ha ido justo en el momento en que se anuncia un atentado anarquista. Toda la correspondencia que acabo de copiar prueba que estaba en relación con los anarquistas. ¿No es verdad? Que los aconsejaba, que los dirigía...

—Le juro que...

Los vecinos de la casa de enfrente, puestos al corriente de lo que sucedía por la propietaria, apartaban a veces los visillos y esa noche cerraron sus postigos mucho

más tarde que de costumbre.

—Usted me ha ofrecido una taza de café y ha sido muy amable... Si le digo lo que le estoy diciendo...

Dejó que se marchara. Estaba aterrorizada. Le oyó cerrar la puerta sin ruido y bajar la escalera. La vieja debía esperarlo en el corredor, pues pasó más de un minuto antes de que la puerta de entrada se abriera a su vez y se cerrara de nuevo.

Finalmente, en el momento de encender la luz, Marie Chave fue a la ventana y distinguió la silueta de un hombre bajo la farola de gas de la acera de enfrente. Estaba arrimado a un portal, leía un periódico y levantaba de vez en cuando la mirada hacia su casa.

En su cama el pequeño se agitó. Ella esperó oír la voz de Pierrot que le dijera:

—¡Tengo sed!

Pero no se había despertado. Soñaba, acababa de darse la vuelta y pronunciaba suavemente:

—... No quiero, ma...

Ma, era mamá. ¿Qué es lo que no quería? ¿Adónde lo llevaban sus sueños?

Bajó las persianas y entró en el despacho, donde Meulemans, como buen empleado, había vuelto a dejar los papeles de Pierre en su sitio.

Hacia las tres, pareció como si el decorado se hiciera mucho más grande. El cielo, que durante todo el día se había arrastrado a ras de los árboles, había retrocedido y ya no estaba hecho por un magma de nubes pesadas, sino por una materia fluida y clara, amarillenta, que dejaba adivinar la presencia de un sol en alguna parte. De repente, las casas también retrocedían; las calles se hacían más anchas que por la mañana, estaban sin color, recobraban vida y relieve mientras que, sobre el agua, nacían unos reflejos.

Al pasar delante del estanco del puente, Chave había echado un vistazo al interior y no había visto ni al hombre de azul ni al Barón. Aunque la lluvia había cesado, había la mitad de pescadores que por la mañana y la vieja vagabunda había desaparecido definitivamente.

Todas esas pequeñas observaciones, unidas al hecho de que acababa de comer y tomarse un café y una copa de ron, devolvieron a Chave un poco de su confianza. ¡Si bien es cierto que la primera manifestación de esta confianza no le salió bien!

El portero de la fábrica de aviones estaba paseando de nuevo a su perro, esta vez por el muelle mismo, en donde el animal podía husmear el pie de los árboles. Se hallaban a unos cincuenta metros de las barcazas que estaban descargando, mientras los rayos del sol hacían un esfuerzo por atravesar la capa de nubes y unas gruesas gotas caían alegremente de las ramas.

—¿Es un perro malo? —preguntó Chave al hombre que esperaba pacientemente que el animal hubiera hecho sus necesidades.

Como respuesta recibió, en primer lugar, una larga mirada que lo envolvió de pies a cabeza, deteniéndose en algunos detalles de su persona, como un botón que le faltaba en el impermeable, y, finalmente, sin decir una palabra, el portero le volvió la espalda y atravesó la calle silbando al perro:

—¡Aquí, *Dick*!

Era poca cosa y, sin embargo, bastó para cambiar el estado de ánimo de Chave. No sólo eso, sino también el aspecto que iba tomando el retazo de universo que lo rodeaba, la herrumbre suntuosa de las hojas muertas, el color rojo de los ladrillos extrañamente iluminados, el agua que se alteraba, con ondulaciones relucientes, y enfrente, la isla casi desierta que evocaba un paisaje campesino...

El marinero belga se había instalado en la popa de su barco y miraba cómo trabajaban los descargadores, mientras que sus ojos azules no revelaban otra cosa que calma.

¿Por qué Chave no era capaz de detenerse, de hacer como los demás, de vivir sin pensar, en lugar de estar corroído incesantemente por sus ideas que le estaban quitando toda alegría?

¡Lo del perro! El perro no era el malo. Estaba allí, levantando la pata, y Chave había dirigido amablemente la palabra a su dueño. ¡Era tan sencillo! Podían conversar

cordialmente.

Incluso... Suponiendo menos maldad o estupidez, Chave hubiera podido decir:

—Usted es el guardián de la fábrica de aviones... Mire, yo sé que se está preparando un golpe contra ella... Docenas de obreros corren el peligro de dejar la piel en ese atentado y usted casi seguramente estará entre las víctimas... Si usted quisiera ayudarme...

Chave esbozó una sonrisa de compasión. Si le hubiera dicho todo eso, ¡el hombre lo habría mirado con más desconfianza aún y, tomándolo por un loco o por un cómplice de los terroristas, lo habría hecho detener por la policía!

Entonces, ¿por qué agitarse de aquel modo, preocuparse tanto y arriesgarse a ser detenido? Estaba empapado y se preguntaba si no habría cogido un resfriado, pues era muy propenso a ellos y, una vez cogido, ya no se lo podía sacar de encima en todo el invierno.

De pronto, se estremeció. Miraba hacia el puente y vio una bicicleta que surgía de entre los camiones y seguía por el muelle. El ciclista era un joven con gorra que, al pasar por delante de la fábrica, volvió la cabeza hacia aquella y después apretó vigorosamente los pedales, dirigiéndose hacia el puente de Neuilly.

Si Chave hubiera tenido su bicicleta lo habría podido alcanzar, pues no era otro que el pequeño Robert. Era el instante preciso en que había un momento de calma, y el sol, antes de ponerse, daba una furtiva caricia dorada. El mismo momento en que Chave sentía que se diluía su convicción en el drama y su fe en la obra emprendida.

Robert, como siempre, llevaba una gorra vieja, con la visera rota y una americana muy larga que le habían dado. Sin duda alguna, había ido a conocer la disposición de los lugares. ¡Y volvería!...

Si Chave no hubiera estado solo, se habría encolerizado. ¿Es que los hombres no iban a ser nunca capaces de ponerse de acuerdo? Había quienes estaban pescando, que tenían su sitio como si dijéramos reservado para eso, pues había unos escalones excavados en el barro de la orilla. Otro fumaba en su barcaza. Otros bebían en los cafés, o conducían autos, camiones. ¡Y había uno que, al pasar, se había cerciorado del lugar donde tiraría una bomba!

Se estremeció. ¿Acaso porque tenía la ropa empapada? Había cometido la equivocación de sentarse en un banco mientras que una bruma húmeda surgía de la tierra y poco a poco anochecía a su alrededor.

Pensó en un montón de cosas, sobre todo en cosas desagradables que él mismo buscaba expresamente en su memoria, cosas por el estilo de lo del perro, más fuertes, aún que le permitían despreciar al género humano. Se había levantado el cuello del impermeable y había hundido las manos en sus bolsillos.

A la misma hora, en un despacho del Ministerio del Interior, estaban hablando de él. Había lo que se llama una conferencia. Bajo el globo sin brillo de la lámpara, en una estancia triste, adornada con grabados oficiales, unos personajes preocupados se miraban y, de vez en cuando, tomaban notas con la punta de sus lápices.

—¿No se ha encontrado al autor del anónimo?

—No. Sin duda es alguien del grupo, pero no creo que se trate de uno de nuestros informadores habituales...

—¿No podría tratarse de una broma pesada?

—Tampoco lo creo. Ya hace cierto tiempo que hay agitación en los medios anarquistas. Han llegado elementos nuevos del extranjero...

—¿Para cuándo cree usted que será el atentado?

—Para mañana o pasado mañana, en todo caso para esta semana. Tenemos vigilados a los sospechosos. Bruselas nos ha proporcionado unos datos preciosos. Un tal Barón ha ido allá para entrevistarse con Chave, un desertor que escribe en la mayor parte de las publicaciones anarquistas. Chave desapareció inmediatamente y se supone que ha venido a Francia. Uno de nuestros hombres está siguiendo a Barón desde la frontera y acabo de recibir noticias suyas. Barón merodea por los alrededores del puente de Courbevoie, a menos de cien metros de la fábrica de aviones.

Todo aquello se desarrollaba tranquilamente, en medio de un aire administrativo, y el ujier con collar de plata anunciaba a los visitantes que «esos señores estaban conferenciando».

—He enviado a cuatro hombres, por separado, para vigilar aquel sitio...

Ahora que ya había oscurecido totalmente, Chave se levantaba y se pasaba la mano por la frente, miraba parpadeando las farolas de gas que formaban una guirnalda de triste aspecto a lo largo del Sena.

Necesitaba beber algo caliente y se dirigió, no hacia el estanco, sino al bar de enfrente, sin ninguna razón en concreto, simplemente para cambiar. Empujó la puerta de cristales de la entrada y se apoyó de codos en el mostrador, pidió un café, dejó que su mirada vagara alrededor. En un rincón, unos hombres estaban jugando a las cartas y de pronto dos miradas se cruzaron, se produjo un choque: uno de los jugadores, el más grande, el más grueso, el más ruidoso, el que tenía el aspecto orgulloso y satisfecho de estar allí, ¡no era otro que el Barón!

Su primera reacción fue un ligero rubor de vergüenza, como cada vez que lo cogían en una falta, pues se daba cuenta de que podía parecer extraño verlo en aquel lugar, jugando con unos desconocidos.

Chave, por su parte, no pudo evitar expresar lo que sentía, que era exasperación. Levantando la mirada al cielo, parecía decir:

—¡Otra vez tú! ¿Aún no has comprendido?

Y, poco más tarde, después de haberse bebido el café, le hizo una señal al Barón ordenándole que se largara.

Después salió, furioso, inquieto. Caminó de prisa, en la oscuridad del muelle, volviéndose de vez en cuando para cerciorarse de que no lo seguían. No había recorrido aún cincuenta metros, cuando oyó el timbre de la puerta del café y vio una enorme silueta que se dibujaba en la acera.

Entonces, apretó el paso, caminando a la izquierda de los árboles que lo

ocultaban. Esperaba que no lo viera el Barón, pasaría el puente y desaparecería de la zona peligrosa, donde era demasiado visible.

¡Pero, qué va! El muy imbécil se obstinaba, apretaba él también el paso.

Chave estuvo a punto de echar a correr, ¡pero estaba seguro de que el otro habría hecho lo mismo! Prefirió esperar cerca de un montón de ladrillos. Esperó a oír la respiración ruidosa de su voluminoso camarada que por nada resoplaba.

—¿Estás loco, verdad?

—¡Sssh!... Tenía que decirte...

—¿Qué?

—La policía belga ha hecho un registro en tu casa... Sospechan que estás en París...

—¿No te han detenido?

—¡No!

—¿Y has sido tan idiota como para venir aquí?...

¿No te has dado cuenta de que te siguen y que por medio de ti esperan...?

No acabó la frase. Vio que algo se movía detrás del tercer o cuarto árbol y de repente salió a todo correr. No había distinguido bien si se trataba de una persona, pero estaba seguro, ahora, de que la policía se encontraba allí gracias a la imprudencia del Barón. Se había fijado en que había un callejón a la derecha, que daba a una apretada red de calles estrechas. Cuando estuvo en él prestó oído, ansioso, pero no oyó ningún ruido de pasos en las proximidades.

La razón de aquel silencio era que el policía estaba solo detrás de aquel árbol. Los refuerzos pedidos por teléfono no habían llegado todavía. No podía seguir a dos hombres a la vez y le habían recomendado que no perdiera a Barón de vista.

Se acercó a este y, a quemarropa, le pidió fuego. No era difícil ver que el voluminoso tipo estaba exasperado. Sin embargo, se registró febrilmente los bolsillos y acabó encontrando una caja de cerillas. En el momento de tenderla a su interlocutor, dijo, como si no se diera cuenta hasta entonces de la situación:

—¿Qué quiere usted de mí?

Entonces el otro preguntó a su vez:

—¿Quién era?

—¿Quién?

—No te hagas el tonto... El hombre con el que hablabas...

—Yo no hablaba con nadie...

—Como quieras... Las manos...

—Pero...

—¡Las manos, te estoy diciendo!... Deja tu cartera, la llevaré yo...

Y, a menos de cien metros del puente por donde circulaban transeúntes y coches, se cerraron unas esposas en las muñecas del Barón.

—Pronto lo veremos... Por el momento, no intentes pasarte de listo y armar un alboroto...

El policía miró su reloj. Dentro de un cuarto de hora, a lo sumo, sus colegas de la jefatura estarían allí.

—Camina conmigo, con naturalidad, sin llamar la atención...

Y se pusieron a caminar, pasando alternativamente de la sombra a la luz, confundiéndose cada diez metros con el tronco de un árbol, dando media vuelta cada vez que llegaban al montón de ladrillos y luego, en el otro sentido.

—¿No quieres decirme quién era?

—No lo conozco...

—Como quieras...

El inspector era un corso de tupidas cejas que no parecía muy apasionado por aquel asunto.

En un momento dado, vio que alguien bajaba del autobús, un tipo bajo y gordo, con sombrero de fieltro gris, a quien el otro dio un silbido para avisar su presencia. El recién llegado comprendió la señal y se acercó, mirándolo más de cerca a causa de la oscuridad.

—¡Ah!, eres tú... Figúrate que no estaba en la comisaría cuando me mandaron llamar... Pero...

Acababa de fijarse en las esposas. Su mirada subía hasta el rostro aniñado del Barón.

—¿Quién es? —preguntó a su colega.

—Un individuo que vengo siguiendo desde la frontera. Por él he llegado hasta aquí. Yo contaba con llegar así hasta la banda, pero sólo ha hablado con un tipo, hace unos minutos, y no he podido perseguirlo...

De un taxi se apeó un tercer personaje.

—El comisario... —murmuró el bajito.

—Ve a decirle que estoy aquí...

Ya eran tres los que rodeaban al Barón en la oscuridad del muelle.

—¿No has reconocido al otro? —insistió el comisario.

—Me hallaba demasiado lejos. Todo lo que sé es que llevaba un impermeable beige y que no debe ser viejo, pues corre como una liebre...

—Quedaos aquí, voy a telefonar al jefe...

El jefe le riñó. Era muy cómodo, como él no estaba allí...

—¿Y qué quiere usted que le diga? Ya que lo han detenido no vale la pena que lo hagan servir de cebo. Tráiganmelo... Veremos qué podemos sacar de él...

Cuando el comisario volvió hacia el grupo, paró un taxi e hizo montar en él al Barón.

—Vosotros os quedáis por aquí... Yo volveré luego. Sería mejor que no os vieran juntos...

El taxi iba a arrancar y el inspector corso, que seguía con la cartera del Barón en la mano, lo detuvo y se la entregó.

—¿Cómo nos las arreglamos? —preguntó el bajito.

Y el otro, que no sabía más que él, se alejó hacia los montones de ladrillos encogiéndose de hombros.

—¡De todos modos no voy a decirles nada!

El Barón tenía calor, pues no habían pensado en hacerle quitar el grueso abrigo. Hacía dos horas que estaba sentado en la misma silla, frente a un comisario, y diez o quince personas, por turno, entre ellos el jefe de la Sûreté, habían venido a mirarlo de cerca y a intentar, sin ninguna convicción, hacerlo hablar.

—¿Sabes lo que te puede pasar?

Lo sabía y era por eso por lo que estaba tan incómodo. Pero se equivocaban si creían que iba a morder el anzuelo. Sufría. Tenía calor. Tenía miedo. Hubiera dado lo que fuera por un doble de cerveza y por un bocadillo. Se sentía mal por los nervios, pero continuaba moviendo la cabeza al tiempo que insistía:

—¡No diré nada!

En cierto momento el comisario se retiró y estuvo hablando bastante tiempo con Bruselas, desde un despacho contiguo.

Eran las diez, y Marie Chave empezaba a desnudarse cuando llamaron dos veces. Aquello era tan inusitado que casi parecía que aquellos dos campanillazos iban a despertar a toda la calle adormecida. Y, como se quedó un momento inmóvil, tocaron de nuevo, se vistió, abrió la ventana, se asomó y no vio más que la oscuridad de la noche.

—¿Quién es?

—Soy yo...

Reconoció la voz del comisario Meulemans y anunció, resignada:

—¡Ya bajo!

—¡Ma! —llamaba el niño, que se había despertado.

—¡Cállate!... En seguida subo... Sobre todo, no te destapes...

Bajó corriendo y abrió la puerta al pelirrojo que tomaba aires de persona que frecuenta la casa.

—No estaría usted acostada, ¿verdad?

—Iba a acostarme... ¿Qué hay?... ¿Tiene usted noticias?

—Subamos...

Se oía cuchichear en la habitación de los propietarios donde estaban acostados los dos viejos.

—Espere..., voy a ver si el niño está bien abrigado...

Y él, cada vez más familiar, entraba en el dormitorio y se inclinaba sobre Pierrot.

—¿Qué, muchachito, todavía no estás bien?

—¿Quién es usted?

—No tengas miedo... No voy a comerte...

—¿Quién es, ma?

—Sssh... Duérmete...

Empujó una puerta y se subió el cuello del vestido que no había tenido tiempo de abrocharse, de modo que el policía había dirigido una involuntaria mirada hacia su cuello blanco.

—¿Qué quiere usted?

—Tengo noticias de París. Acaban de telefonarme de la Sûreté Nationale. El Barón está detenido...

—¡Se lo merece! —respondió poniéndose a la defensiva.

—Tal vez. Lo que yo quería decirle, sobre todo, es que tenemos detalles del asunto...

—¿Por el Barón? —dijo ella moviendo los labios despreciativamente.

—Quizá. De todos modos el caso resulta mucho más grave de lo que pensábamos aquí en Bruselas. Ahora ya tenemos la certeza de que los anarquistas han preparado un serio atentado y que su marido ha cruzado la frontera para participar en él...

No le quitaba los ojos de encima y en aquel momento buscó en vano las huellas de cualquier reacción en el rostro de la mujer. Ella se contentó con sacudir la cabeza.

—Eso no es verdad.

—Tranquilícese y escúcheme...

—Estoy tranquila...

Era cierto. De pie delante de la chimenea de mármol negro, tenía las manos cruzadas sobre el vientre, la cabeza un poco inclinada, una expresión triste, casi serena, en el rostro.

—Si usted conociera a Pierre, sabría que no toma parte en atentados...

—Sin embargo...

—Es un idealista. Sufre viendo que el mundo está mal y quisiera arreglarlo...

—Es precisamente lo que yo digo...

—¡Pero no con bombas!... Lea usted sus artículos y sus folletos...

—¿Me quiere usted escuchar, por favor? Comprendo que defienda a su marido. Pero, por mi parte, yo tengo informes precisos. Puedo afirmarle que se prepara un atentado, que tendrá lugar antes de finalizar la semana en los alrededores de París y puedo precisar que, sin duda, será en Courbevoie. Su marido debe estar por allí...

Ella lo había escuchado con atención y tal vez había palidecido un poco. Como el comisario, de vez en cuando, se interrumpía para juzgar el efecto de sus palabras, ella exhaló un ligero suspiro y murmuró:

—¡Entonces, tanto mejor!

—¿Qué quiere usted decir?

¡Estuvo a punto de creer que Marie Chave era una anarquista más feroz aún que las otras!

—Quiero decir que, si Pierre está en París, no habrá atentado...

—No habrá atentado si la policía interviene a tiempo. Y para que intervenga es necesario que sea informada. No se puede calcular cuántos muertos puede ocasionar

una bomba en una aglomeración como Courbevoie. Tampoco se sabe cuáles serían las consecuencias de una agitación semejante en un momento en que la situación política no es precisamente tranquilizadora...

Casi había adoptado un tono de súplica, con acentos conmovedores.

—Yo no le estoy pidiendo que traicione a su esposo. Le estoy pidiendo que lo salve...

—No tiene ninguna necesidad de que lo salven...

—Sin duda usted debe conocer a quién puede encontrar en París...

—No conozco a sus amigos...

—Pero por lo menos conocerá usted a los que han venido a verlo aquí...

—Está usted perdiendo el tiempo, señor comisario.

—¿Y qué dirá usted si, mañana, se entera de que, por su culpa, hay docenas de muertos, viudas y huérfanos?

—¡Que Pierre no ha logrado su propósito!

El comisario se sentó, renunciando a impresionarla. Ya no trataba de mostrarse arrogante y se notaba que estaba desorientado, que no sabía a qué santo encomendarse.

—Usted no lo comprende... —se lamentó el hombre.

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Nuestra situación...

Se puso en pie, recorrió la habitación e hizo ademán de golpear algo con el puño.

—Sin embargo, hay que hacer algo. *God ferdom!*

—No soy yo quien se lo impide.

Y en su acento había más admiración que rencor.

—Acabará haciéndome usted creer que su marido ha ido a París para hacer nuestro trabajo... ¿Lo ha pensado usted bien?... ¡A la una!... ¡A las dos!... ¡Y a las tres! ¡Peor para él!... Quizá vuelva mañana para traerle noticias... ¡Buenas noches!...

Torpemente se puso el sombrero, se lo quitó, tendió la mano a Marie y pareció contento de que esta no se la rechazara.

—No se moleste usted... Ya bajaré solo...

Escuchó hasta que oyó el ruido de la puerta que se cerraba y unos pasos que se alejaban en la calle. En el momento de entrar en la habitación y desnudarse, vaciló, pensó, sin duda, que no podría conciliar el sueño y se quedó en el despacho, se acercó los papeles de Pierre y se puso a leer unos artículos que había hojeado hacía tiempo sin prestarles mucha atención.

El estanco del puente estaba abierto hasta la medianoche, aunque no había casi nadie. El dueño, un normando, que jugaba una partida de dominó con un empleado de consumos, observó aquella noche unos clientes raros que entraban de vez en cuando y que tenían todos la necesidad de reconfortarse bebiendo algo caliente.

En primer lugar, el comisario, que había establecido su cuartel general allí y que sentado en un rincón leía y volvía a leer los periódicos. Tenía el aspecto de ser un hombre afable, con un bigote gris. Se encerró dos o tres veces en la cabina y habló tan bajo por teléfono que, a pesar que la puerta era de cristal, no se oyó más que un murmullo ininteligible.

El inspector corso era el que tenía más sed y, sin fallar, llegaba cada hora, dando patadas en el suelo y con el rostro amoratado por el frío.

—¡Un *grog*!

Tenía la manía, en el momento en que echaba el ron, de dar un golpecito en la botella con el pulgar. No dirigía nunca la palabra al comisario pero, por el espejo, el dueño vio que los dos hombres se conocían y se preguntaban con la mirada.

El otro inspector, el bajito, era menos friolero, pero, por el contrario, debía tener apetito, pues hacia las diez insistió en que le sirvieran algo de comer. En la casa no había más que embutido y, sin duda, él debía ser un buen entendido, pues reconoció que venía directamente del campo.

Era posible que hubiera un cuarto individuo, el dueño no estaba seguro porque iba mal vestido, incluso demasiado mal vestido, como alguien que hubiera querido hacer de vagabundo, pero daba la impresión de que había arrastrado adrede su americana por el barro.

—¡Es hora de cerrar! —anunció a medianoche, cuando sólo quedaba el comisario.

—¿Cuánto le debo?

—Siete cincuenta... Le he servido un calvados extra...

Ya sólo tenía que bajar los postigos y el hombre le dijo a su mujer, una vez que el café quedó separado del resto del mundo por la puerta metálica:

—Esto me huele a chamusquina...

La primera víctima había sido la vieja vagabunda, que se había preparado un verdadero nido entre las pilas de ladrillos. Fue desalojada por el corso que le pidió la documentación y le aconsejó que se fuera a otra parte. Ya estaba acostumbrada y se dirigió hacia el puente de Neuilly, renqueando, hablando sola o deteniéndose para apostrofar a los troncos de los árboles.

El corso se situó en su lugar, más o menos, mientras que el policía disfrazado de pobre no dudaba en sentarse a la puerta de la fábrica de aviones donde, plegado como un acordeón, con la cabeza entre los brazos, fingía dormir.

El bajito se paseaba por los alrededores del puente y el comisario, que había mandado que viniera un coche de la policía, se había instalado en él, al otro lado del río, con los faros apagados.

No habían renunciado a interrogar al Barón, cuyo rostro congestionado parecía más gordo y fofo que de costumbre. Aquello tenía su motivo. El ministro del Interior, que acababa de asistir a una gala en la Ópera, había exigido que lo despertaran a cada hora para tenerlo al corriente. En cuanto al prefecto de policía, había venido ya dos

veces, en esmoquin, pues había asistido a una cena.

—Harían ustedes mejor en soltarme, porque ya les he dicho que no sé nada...

—¿Quién es el que habló contigo en el muelle?

—Un desconocido que me pidió fuego...

No intentaba hacérselo creer. Se estaba cayendo de fatiga, acababa por sumergirse en una semisomnolencia y lo único que sabía ya, era que no debía decir nada, nada de nada, pues, si por desgracia soltaba una sola palabra, corría el peligro de embrollarse y dejarse tirar de la lengua.

—¿Y si te prometemos que te dejaremos libre?

—Yo no sé nada... —gemía, sintiendo aún más miedo de sí mismo que de los demás.

A pesar de su corpulencia no era fuerte. Tenía palpitaciones por el motivo más nimio y, sobre todo, una desagradable sensación de ahogo que lo enloquecía. Tenía miedo de morir. Una vez un médico que encontró en un bar le recomendó que evitara las emociones.

—No hablaré...

—¿Y si-te prometemos llevarte después a la frontera con un poco de dinero en el bolsillo?

¡Qué malo era! ¡Hacerlo sufrir aún más tentándolo! ¡Hubiera dicho que lo conocían bien!

—¿Comprendes? Primero, salvarías la vida a un montón de gente que no ha hecho nada. Después, estarías tranquilo, en el país que tú eligieras. Podríamos llegar hasta veinte mil francos...

Ya no respondía. Su abrigo le, daba tanto calor que creía tener fiebre.

—Si no, serás tratado como cómplice, incluso, tal vez, como uno de los principales culpables, ya que has sido tú quien ha ido a buscar a Chave a Bruselas...

—Yo no he ido a buscarlo...

—¿Qué has ido a hacer, entonces?

—Nada...

—¿Has ido a advertirlo de lo que se tramaba?

¡No debía decir ni que sí, ni que no! Si por desgracia empezaba, Dios sabe hasta dónde lo harían llegar aquellos hombres...

—No sé nada...

—¿Sabes a qué precio? Si el golpe no falla, si la bomba hace cierto número de víctimas, habrá que contar, ante la indignación general, con algunas penas de muerte...

—No sé nada...

—¡Imbécil!

Sí, imbécil, él también lo estaba pensando, pero se resistía, tenía sueño, esperaba angustiado un momento de piedad, de descanso, para tenderse, cerrar los ojos, amodorrarse.

—Piensa en lo que te he dicho. Hay un tren a las seis de la mañana...

La policía de Courbevoie y la de Puteaux, alertadas, efectuaban una ronda tras otra, y dos veces hubo un error: ¡interpelaron al policía disfrazado de pobre! El bajito, en cambio, era más fácil de identificar y, al pasar, los agentes de uniforme le dirigían un guiño.

No habían encontrado al hombre que había hablado con el Barón, por la sencilla razón de que, desde hacía mucho rato, estaba lejos de allí. A las tres de la madrugada, en efecto, llamaba a una casa de la Place des Vosges. Llamó dos veces, tres, pues la portera tenía un sueño muy profundo. Luego cuando por fin se abrió la pesada puerta, entró en el vestíbulo y llamó a la puerta de la garita.

—¿Quién es?

—Abra... Quiero hablarle...

—Primero diga quién es...

—Es para Robert... Tengo que verlo...

—Robert ya no está aquí...

No había luz en la portería, pero por un ventanuco abierto, en la oscuridad, Chave adivinaba, muy cerca, la cama de la portera.

—¿No sabe usted dónde está?

—Ni lo sé, ni me interesa...

Hasta entonces la voz había sido más o menos normal, pero Chave insistió y entonces el tono cambió:

—Si no se marcha usted, llamaré a la policía... ¡Vaya unas maneras!... ¿Qué más quiere de mí su amigo?... ¿No tiene bastante con haberme quitado trescientos francos?... ¡Un buen crápula, sí!... Y si lo encuentro...

Apretó el botón y se abrió la puerta de la calle.

—Escuche...

—No tengo que escuchar nada... Lárguese o llamo a la policía...

Oyó que chirriaban los muelles de la cama. Tuvo miedo y salió. Cerró la puerta y se encontró en la plaza desierta donde, a cada esquina, brotaba un surtidor que producía un sonido monótono mientras que los tejados de enfrente cortaban la luna en dos.

Había, entre el Boulevard Henri-IV y la Rué Saint-Antoine, una callejuela cortada por unas obras y Chave, atraído por la luz roja, saltó por encima de la cuerda y de la zanja y trató de abrir la barraca de tablas que servía para guardar las herramientas; detrás de ella encontró un rincón seco y resguardado y se instaló en él. Quizá en toda su vida no había dormido tan bien, con tal impresión de profundo bienestar. La tierra era blanda, cóncava. Chave había puesto en el suelo dos sacos de cemento vacíos y, envuelto en su impermeable, no tardó en gozar de su propio calor. Oía pasos a lo lejos, sin duda los de los agentes de ronda, y tenía una tranquilizadora sensación de estar en una madriguera, hasta el punto de que, a partir de entonces, la idea de sueño profundo estuvo ligada ya para siempre al olor de cemento húmedo.

Cuando lo despertaron, empezó por gruñir, como lo hacen los animales y los niños, de modo que los obreros se divirtieron unos minutos a costa suya. Luego bebió café en un bar y comió unos cruasanes, sin dejar de echar de menos aquel rincón tranquilo donde había dormido tan bien.

Había una bruma diáfana y, a medida que amanecía, se hacía dorada, presagiando el sol del día.

Si Chave no había abandonado aquel barrio era porque no había renunciado a encontrar a Robert. Se acordó de una muchachita de la que este le había hablado las dos veces que había ido a Bruselas y que él llamaba su Prima.

No era su prima de verdad, pero Robert, como todo el mundo, la llamaba así. Por lo demás era una historia bastante desagradable, como todo lo que se refería a Robert. Podría decirse que tenía el don de atraer hacia sí a los seres más marcados por la vida, los dramas más sórdidos. Sólo le ocurrían cosas trágicas y fuera de lo normal, avatares que parecían imposibles y nunca, jamás, algo trivial o reconfortante.

¡Incluso en los detalles! Así, por ejemplo, cuando había ido por primera vez a Bruselas, llevado por el Impresor, que había querido que conociese a Chave...

Tenía el dinero justo para el billete de ida y vuelta... Marie había preparado una buena comida y habían comprado varias botellas de vino... Robert miraba a Pierre y a su mujer con ojos maravillados y habría hecho lo que fuera para complacerlos...

Le habían hecho dormir en el suelo, en la habitación, sobre un colchón y unas almohadas; durante la noche, se había sentido mal como nunca en su vida, había vomitado ensuciando todo lo que había a su alrededor y sus amigos tuvieron que levantarse.

Aquello le hizo llorar. Había enviado a Marie una carta disculpándose y atribuyendo su mareo a la emoción que le había producido estar frente a un hombre como Chave.

Les había costado lo indecible hacerlo volver a Bruselas, ¡tanta vergüenza sentía!

La Prima era también un ser marcado por el destino. Pierre no la había visto nunca, pero se la habían descrito lo suficiente como para reconocerla. Tenía dieciséis

años y era muy menuda, con un cuerpo demasiado formado y el rostro de mujer de treinta años. Robert la conoció en una granja de los alrededores de Pithiviers, donde la Asistencia Pública los había colocado a los dos. Se descubrió que cuando ella tenía doce años el granjero abusaba de ella no sin haberla contagiado.

Los periódicos hablaron del caso. Más tarde, Robert encontró a la Prima en París, en una lechería de la Rue Saint-Antoine, cerca del cine Saint-Paul. Y ahora Chave estaba buscando esa lechería. El sol acababa de inundar la mitad de la calle y era alegre ver a las dependientas y los aprendices preparar las paradas en la acera. Sólo había cosas de comer, carnes, pescados, pilas de quesos, botes de conservas, en fin, de todo lo que se puede comer, bizcochos, legumbres, pastelillos en cantidades industriales.

Se quedó un momento de pie frente a una lechería que no estaba lejos del cine, pero no vio a nadie que se pareciera a la Prima y estaba a punto de irse cuando una silueta viva se deslizó entre la gente y penetró en la tienda.

No sólo la reconoció por su talla, sino también por lo que de dramático había en ella, de marcada por el destino. Vio cómo preparaba unos botes de leche y en seguida volvió a salir cargada, él la alcanzó un poco más lejos.

—Disculpe...

Ella lo miró con desconfianza, frunciendo el entrecejo, lo que la envejecía aún más.

—Soy un amigo de Robert... Necesito verlo...

—¿Qué quiere usted de él? ¿Por qué se dirige usted a mí?

—Porque no tengo su dirección. He ido a la Place des Vosges...

—Ya no está allí...

—Es lo que me han dicho... Entonces, he pensado en usted...

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Robert...

—¿Qué le ha dicho?

—Todo lo que sabía y que usted es como una hermana...

—¿No será usted su amigo de Bruselas?

—Si...

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? No sé si lo va usted a encontrar, pues, últimamente, casi nunca está solo... La última vez que lo vi...

—¿Cuándo?

—Hace dos días... Estaba con un extranjero... Me dijo que dormía en un hotel de la Rue de Birague...

La chica había dado ya unos pasos. Se detuvo.

—No ocurre nada, ¿verdad?

La Rue de Birague estaba justo al lado y no había más que un hotel de la más ínfima categoría. Antes de entrar en él, Chave vigiló durante largo rato los alrededores para asegurarse de que la policía no le había tendido una trampa. Luego

entró en un corredor, vio que salía un hombre de un despacho pequeño, un hombre joven, fofo, hinchado, malsano, que le inspiró una inmediata repulsión.

—¿Qué quiere usted?

—Estoy buscando a un amigo mío que debe alojarse aquí...

—¿Cómo se llama?

—Robert... Es un chico joven, ciclista, que lleva siempre un jersey oscuro y una gorra.

—¿Qué quiere usted de él?

—Necesito hablarle. Es un amigo...

El hombre tenía unos ojos grandes, miopes, y Chave, que se esperaba un mar de dificultades, se asombró al oírle decir:

—Vaya usted al número siete... Si no está ya lo verá.

La casa olía mal. Una criada menuda, bizca, morena, estaba barriendo las escaleras. Algunos huéspedes debían haber salido ya, pues a través de las puertas que estaban abiertas se descubrían las camas deshechas.

Chave llamó al número 7 y escuchó. Llamó de nuevo, porque no respondían, pero oyó ruido en el interior. Pensó mirar por el ojo de la cerradura pero la presencia de la criada se lo impidió.

—¡Vuelva a llamar! Seguro que hay alguien —dijo ella—, aunque sólo sea el señor Stéphan... En aquel mismo momento una voz preguntaba:

—¿Quién es?

—Un amigo... Abra...

—¿Qué amigo?

—Un amigo de Robert...

Tuvo casi la certidumbre de que estaban cuchicheando en la habitación, pero cuando se entreabrió la puerta no vio más que a una persona, un hombre que, manifiestamente, se levantaba de la cama, pero que estaba completamente vestido, y sus ojos aún no se habían acostumbrado a la luz.

—¿Qué Robert? —preguntó, examinando a Chave de pies a cabeza.

Tenía acento polaco, y su aspecto era miserable. El haber dormido vestido le daba un aire más desarrapado aún. Sin duda reconoció en el recién llegado a alguien de su especie, que había dormido a la intemperie, pues pareció que su desconfianza se atenuaba.

—Sabe usted muy bien a quién me refiero... Soy un amigo de Robert... Necesito hablar con él inmediatamente...

—No está aquí...

El llamado Stéphan se había sentado de nuevo al borde de la cama y Chave se fijó en el hueco que había dibujado su cuerpo durante el sueño. A su lado había otro hueco muy semejante. Las sábanas aún exhalaban humedad. Allí habían dormido dos personas que, sin duda, no se habían despertado hasta que Chave llamó a la puerta.

—Puede usted dejar el recado... Si lo veo...

—Preferiría que me dijera usted dónde está...

—No lo sé... Le juro que no lo sé...

La mirada de Chave se detenía sobre un pie que asomaba por debajo de la cama, cubierto con un calcetín descolorido. No tomó -una decisión de inmediato. Trató de mirar hacia otra parte.

—He venido expresamente de Bruselas para verlo...

—Yo no tengo la culpa.

A pesar suyo, su mirada volvió al calcetín, que no se movía, y Stéphan se dio cuenta de ello, entonces pronunció unas palabras en una lengua extranjera. Un cuerpo se movió, debajo de la cama, y se irguió un personaje que, enderezado, pasaba con mucho de la talla media. El hombre miró a Chave, se echó el cabello hacia atrás y fue a enjuagarse la boca encima de la palangana.

Pierre no había visto nunca al famoso K... No sabía exactamente cómo, pero estaba seguro de que estaba ante él.

Sin preocuparse del visitante, el segundo personaje se pasó el peine, luego se sacudió la ropa para hacer caer el polvo, mientras que Stéphan le hablaba, siempre en lengua extranjera. Respondió brevemente y este tradujo:

—¡No! Él tampoco sabe dónde está su amigo... Puede ser que lo encontremos... ¿Qué quiere usted que le digamos?

—No tienen que decirle nada... Debo verlo...

—¿Dónde puede encontrarse con usted?

—Yo vendré a buscarlo...

—¡Le vuelvo a decir que no vive aquí! Ha pasado una noche con nosotros, nada más...

—¿Cuándo?

Una duda.

—La semana pasada...

—¿Por qué no ha ido a trabajar estos últimos días?

—Tal vez esté enfermo.

El que Chave tomaba por K... se estaba anudando una corbata arrugada alrededor de su cuello y esperaba con una paciencia que tenía algo de amenazadora. Hubiera podido creerse que no sabía francés, pues no dirigió la palabra al visitante ni una sola vez. No hablaba más que a su compañero, y eso en un tono condescendiente y cansado.

—Ahora —dijo Stéphan abriendo la puerta— es mejor que se vaya usted, pues nosotros tenemos trabajo...

K... le habló más que de costumbre y le recomendó:

—Sería preferible que no se quedara usted por los alrededores, podría perjudicarnos...

Hasta que no estuvo fuera, Chave no tuvo la intuición de que Robert estaba allí, quizá en una habitación contigua, quizá en el armario que había visto. No se atrevió a

volver a subir para asegurarse, además supuso que el dueño habría recibido órdenes de no dejarlo subir más.

Aquella mañana había demasiado sol, un sol demasiado alegre, un sol que molestaba en la cabeza. Demasiada vida y demasiada alegría, a lo largo de toda aquella calle, verdadero mercado de comestibles. Era difícil concentrarse, sentir el lado serio de las cosas.

En un momento dado, Chave, no lejos de una parada de autobús, se preguntó qué iba a hacer. Unas mujeres con el cesto de la compra lo empujaron. En un puesto muy cerca de él, había centenares, quizá millares de arenques, todo un banco de arenques plateados con los ojos rojos.

¿No haría mejor volviéndose a Bruselas y reanudando su vida apacible? Se volvió bruscamente para asegurarse de que no lo seguían, pero, esta vez, no pensaba en la policía: era en Stéphan y su compañero. El primero era polaco, estaba seguro. El otro era también de por allá, sin duda de alguna parte de Europa central u oriental, de un país de miseria. De una clase de miseria revuelta que Chave conocía bien y cuyo olor le había llegado, por así decirlo, en aquella habitación.

La gente que pasaba, los que compraban, los que vendían, los que se desgañitaban haciendo la propaganda de su mercancía, no sospechaban nada, ni el agente de la esquina, ni el empleado que, indiferente, conducía el autobús. ¿Quién podía imaginar que dos hombres en la habitación de un hotel estaban preparando un artefacto para matar a otros?

La Prima repartía la leche a pesar de todo lo que le había ocurrido en la vida. Chave no sabía qué hacer y maquinalmente subió a un autobús y se dejó conducir a la Porte Maillot, contemplando suavemente el paisaje.

Rué de Rivoli... Champs Elysées... L'Arc du Triomphe... Aquella mañana de otoño era tan hermosa como una mañana de primavera, y dos enamorados en un pequeño descapotable se lanzaban hacia el campo.

Chave, por su parte, pensaba que sería mejor que se deshiciera de su gabardina, pues el día anterior probablemente lo había visto el policía y podría identificarlo. Entró en un café, bebió algo y les pidió si le podían guardar el impermeable. No hacía nada de frío, apenas fresco. Tomó otro autobús. Tenía que esforzarse por no soñar. Apenas había encarrilado su espíritu en lo que quería pensar, cuando le llegaron pequeñas sensaciones, nada de importancia, recuerdos, imágenes abigarradas, y su drama se diluía de nuevo hasta perder toda su consistencia, hasta convertir en absurda aquella historia de la bomba, de un ciclista de periódico, de un polaco y de un camarada cuyo calcetín descolorido asomaba por debajo de la cama.

Todo a lo largo de la Avenue Neuilly estaba muy concurrido por las amas de casa y por las sirvientas que hacían sus compras. En medio de la calzada, a pleno sol, los taxistas leían su periódico esperando algún cliente.

Chave habría querido tener noticias de Pierrot. Se había prometido, si tenía un hijo, educarlo con dureza. ¡Cómo si eso fuera posible!

En el puente de Neuilly se apeó. Miró el muelle que conducía al puente de Courbevoie y le costó trabajo reconocerlo, en aquella luz triunfante. Le costó trabajo, también, decirse que corría algún riesgo, que ciertas personas, entre los que pasaban por allí, eran policías que tenían sus señas y que estaban en aquel lugar con la única finalidad de detenerlo.

A lo lejos, cerca de los montones de ladrillos, había tres veces más barcazas que la víspera, especialmente barcazas belgas, oscuras, de acero, con la popa redondeada, las ventanas pintadas y ropa tendida de unos alambres.

Una aserradora ponía en el aire un rugido continuo, con un ruido más estridente cada vez que se acababa la pieza de madera y los dientes de la sierra no mordían nada.

¿De dónde salía toda aquella gente que se paseaba y que tenían el aspecto frío de los personajes de las tarjetas postales? Unos pescadores, a tres o cuatro metros el uno del otro, alguno con su ropa de trabajo, como un carnicero, con su blusa rayada, un ferroviario con su gorra plana... Luego había también mujeres con niños... Dos niños, gemelos, que debían tener cuatro o cinco años, llevaban la bata idéntica, a cuadritos rojos, como la había tenido Chave de pequeño, caminaban delante de su madre, cogidos de la mano, mirando hacia delante con sus grandes ojos abiertos...

Si Robert hubiera estado realmente escondido en el armario o en la habitación contigua, habría reconocido la voz de su amigo. ¿Comprendería que este había venido sólo para impedirle que cometiera una tontería?

¡Ay!, aunque lo hubiera comprendido, los otros le hubieran convencido de nuevo en seguida. No era culpa suya. Se le podía convencer de que hiciera lo que fuera. Y eran, indudablemente, sus nuevos amigos quienes le habían aconsejado que se llevara los trescientos francos de la portera.

¿Acaso Chave cuando tenía quince años no le había dicho a su padre?:

—¡Te desprecio, porque eres un hombre despreciable!

Porque su padre hablaba con respeto de monsieur Dortu y le temía, porque al volver a casa decía:

—Monsieur Dortu estaba de mal humor... Le indignaba que un hombre como su padre, un hombre que él hubiera querido ver situado por encima de todos los demás, se humillara ante el patrono, le temiera y le respetara. ¡Le indignaba también que su madre se vistiera de tal forma o de tal otra porque podía encontrar a madame Dortu!

Le indignaba que pudiera vivir en una ciudad como Limoges, ser el jefe contable en una fábrica de calzados, hacer trabajar a los obreros a destajo, hacer que las muchachitas se doblaran sobre las máquinas y hacer trabajar a las mujeres embarazadas hasta pocos días antes del parto.

—¿Por qué voy a respetarte yo, si no te respetas tú mismo?

Por primera vez, a los quince años y medio, había intentado escaparse de casa, pero se había equivocado de hora del tren y lo habían cogido en la estación. Una segunda vez, a los dieciséis años, lo había logrado y había llegado a París.

«No vale la pena que me busquéis. A menos que me encerréis para siempre, no podréis impedirme que viva mi vida...».

Su padre aún vivía en Limoges, donde seguía siendo jefe contable de la fábrica de monsieur Dortu. Su madre había muerto cuando él estaba en Bourges, en el servicio militar.

Se sentía triste, con una tristeza sucia como la habitación de aquella mañana, como la vida de la Prima, como el pequeño Robert. Estaba triste y, sin embargo, había momentos en que le parecía que no tendría que hacer casi nada, un gesto, un esfuerzo, como el de un nadador para subir a la superficie...

Unos niños estaban jugando y se detuvo para mirarlos, para escuchar sus voces agudas, luego uno de ellos le hizo la zancadilla a su compañero y Pierre continuó su camino, echando una mirada de preocupación a un hombre que estaba sentado en un banco y que tal vez era un policía.

Pasó por delante de la fábrica. Vio el perro atado en el patio. También observó unos autos, muchos, delante de los edificios, y vio de lejos a unos hombres que pasaban de un taller a otro, en grupo, lo que le hizo pensar que se trataba de una delegación, extranjera quizá, que venían a comprar aviones.

¿Estaría K... al corriente? De ser así, ¿habría escogido precisamente aquella ocasión para su atentado?

Chave se acordaba de cómo le había vuelto la espalda despreciativamente el portero el día anterior, cuando a propósito del perro le había dirigido la palabra. De lejos también observó el estanco de la esquina y se fijó en un hombre pequeño y gordo que seguramente era de la policía. Estaba bebiendo algo de alcohol, sin duda un calvados, y se hacía chasquear la lengua contra el paladar.

Si llegara a ver a Chave y a reconocerlo, se dirigiría a él, duro y amenazador, lo interrogaría sin tregua y tal vez una vez en el calabozo se daría el gustazo de darle una paliza.

Ahora bien, casi con toda seguridad se trataba de una buena persona. Eso era lo que pensaba Pierre, al sol. Veía pasar a la gente y se decía:

«Si, por ejemplo, este policía y yo estuviéramos los dos en una trinchera, como simples soldados, nos convertiríamos en buenos camaradas. Sin duda, en el caso de que uno de los dos fuera herido, el otro sería capaz de lo que fuera, de un verdadero heroísmo, para salvarlo. Y también el portero de la fábrica, y ese empleado de consumos, que despotrica contra los camioneros. El pequeño Robert es un alma simple y cándida. Es un niño desgraciado abierto a todas las ternuras. Stéphan...».

La cosa ya se hacía más difícil, porque él le tenía antipatía a Stéphan, y más aún a K..., suponiendo que el otro ocupante de la habitación fuese realmente K... Pero, ¿por qué no? Aquellos también eran desgraciados y si...

En el entierro de su esposa, monsieur Chave se había negado a dirigirle la palabra a su hijo, había declarado solemnemente que para él ya no existía.

¿No era terrible pensar que, en cualquier momento, a pesar del sol, de los niños

que paseaban, de la niñita que jugaba con unos trapos, de aquel jubilado que leía una novela sobre la hierba del talud, de los barcos aconchados en la orilla, a pesar de todo, de las posibilidades de la vida, podía surgir una bicicleta, montada por ese muchacho, por Robert, con un paquete en la mano...?

Y poco después se produciría el horrible estruendo, el espectáculo aún más odioso, como en las catástrofes ferroviarias, o las de minas, en Bélgica, cuerpos ennegrecidos, despedazados, la carne abierta, sucia, dolorida, los ojos vacíos de pensamientos y, alrededor, la gente sobrecogida de respeto y horror, con el corazón en vilo, los dedos crispados, las mujeres corriendo y gritando, los niños a quienes no se atreven a decirles la verdad, los periódicos aún húmedos de tinta, que se arrancan de las manos de los vendedores, los títulos impregnados de venganza, los tumultos, la ceremonia oficial de un entierro colectivo, con refuerzos de la policía y guardias móviles con sus cascos...

Había reparado en un segundo inspector, estaba seguro. Quizá incluso en un tercero, un viejo, sentado en un banco y que parecía que quería ocultarse tras un periódico.

«Haría usted mejor yendo a la Rué de Birague, subir a la habitación número 7 y detener a sus ocupantes, decirles que se equivocan, llevarlos a la frontera. Debería usted hacer comprender al pequeño Robert... O mejor no, no se ocupe usted de él, ya me encargaré yo...».

No era ningún santo. Pero sentía horror por los golpes, la violencia, la sangre, el dolor. Hasta el punto de que, después del nacimiento de su hijo al que había querido asistir, había jurado no volver a dejar a su mujer encinta, y lo había cumplido.

Si le decía lo que acababa de pensar al policía del estanco o al otro, que caminaba a lo largo del muelle...

Le parecía que empezaban a mirarlo de reojo. Y, sin embargo, él se las ingeniaba para comportarse como los otros, se detenía detrás de un pescador, se sentaba en el talud, se entretenía mirando una barcaza que estaban descargando... Se preguntaba qué pensarían de él los del hotel donde no había pagado la cuenta y les había dejado la bicicleta... Si hubiera tenido suficiente dinero habría ido a comer allí...

Sabía que a la misma hora en su casa, en Bruselas, su mujer estaba preparando la comida. Él tenía que haber estado en el despacho, con la puerta entreabierta para que la estufa calentara la habitación. Nunca preguntaba qué había para comer pues lo adivinaba por el olor. De vez en cuando oía cómo Marie volvía a cargar el horno o cómo cambiaba una cacerola de sitio. O bien, cuando el chiquillo no estaba enfermo, su madre le musitaba:

—¡Ssssh!... Papá está trabajando...

El niño estaba sentado por el suelo, siempre, en medio de sus juguetes, a no ser que estuviera empujando una silla volcada que figuraba una carretilla como las que veía en la calle cargadas de verduras que iban de puerta en puerta, mientras que el vendedor llamaba a la clientela haciendo sonar una trompetita.

De pronto, Pierre se estremeció, enrojeció, trató de serenarse, pues acababa de recibir una violenta impresión. Desde hacía un buen rato estaba de pie, al borde del agua, mirando a dos pescadores sentados en un bote pintado de verde. Uno de los dos era, precisamente, el carnicero en blusa de rayas.

Ahora bien, había alguien más, a un metro de él, que contemplaba el mismo espectáculo. Chave no se había dado cuenta. Acababa de volver un poco la cabeza y reconoció, de repente, al hombre de la mañana, el que en aquella habitación no había pronunciado ni una palabra en francés.

Su primer movimiento —a pesar de todo estaba acostumbrado a la cortesía—, fue sonreírle y adelantarse hacia él. Pero este lo miró fríamente, como si no lo hubiera visto nunca.

Chave, arrastrado por su impulso, tuvo que balbucear algo y soltó:

—¡Qué casualidad!...

El hombre llevaba el mismo traje azul de la mañana, con el que había dormido. Tenía el pelo muy oscuro, los ojos febriles. Con las manos en los bolsillos, le volvió la espalda a su interlocutor, dio unos pasos y fue a situarse detrás de otro pescador, dando a entender que no le dirigiera la palabra.

Como no había podido seguir a Chave en el autobús, si estaba allí era porque se preparaba algo y que el Barón no se había equivocado. También era cierto que se trataba de K... o de algún personaje importante de la banda.

No llevaba ningún paquete, cosa que tranquilizó a Chave. Fumaba un cigarrillo hecho a mano y, aparentemente, no pensaba en otra cosa que en el flotador que se estaba deslizando siguiendo la corriente.

¿Había venido para preparar el atentado o para presenciarlo de lejos?

A Pierre no le gustaba nada aquel tipo. Le inspiraba repulsión y, sin embargo, adivinaba confusamente en él a alguien de los suyos, un tipo triste, rebelde, alguien que soñaba con una vida mejor y que había detestado a sus padres.

Era cerca del mediodía, la gente empezaba a caminar más de prisa, como si la hora de la comida acelerara el ritmo de la vida. Se oyó un pito, luego unas sirenas, las campanas de una iglesia que no se veía y filas de personas llenaron las aceras, las bicicletas se pusieron en marcha, en fila india y, de lejos, Chave vio al portero que sacaba al perro para que hiciera sus necesidades.

Los automóviles que había frente a la fábrica se iban unos tras de otros. Unos señores bien vestidos se cumplimentaban, se daban la mano y nada probaba que la bomba no fuese a estallar de un momento a otro, manchando aquella mañana de octubre.

Chave se volvió, sentía unos ojos fijos en él, los de K..., que no desvió la mirada, sino que siguió observándolo fijamente. Era a la vez un desafío y una amenaza. El otro parecía decirle:

«¿Ves? ¡Estoy aquí! No pierdo ni uno de tus gestos, es inútil qué trates de traicionarnos...».

Un detalle hizo ruborizar las mejillas de Pierre. La mano derecha del extranjero permanecía obstinadamente en el bolsillo de su americana y le pareció que apretaba algo duro, como un revólver...

Apartó los ojos. Vio la hierba sucia del talud, una vieja que cortaba, para sus conejos, raras hojas de achicoria que metía en un saco, luego, la mirada de Chave seguía subiendo, observó a un hombre que estaba de pie en el muelle y que, mientras fumaba un cigarrillo, los miraba, a K... ya él.

Era uno de los dos que él sospechaba que eran policías, un tipo moreno, un meridional, quizá un corso. El carnicero, en su bote, recogía sus cañas. Menudas siluetas móviles ennegrecían las dos aceras del puente, por el que, hasta entonces, sólo pasaban coches y camiones. La grúa se había detenido y un obrero bajaba de su atalaya.

K... tiró su colilla al agua y empezó a liar otro cigarrillo. Chave, con una precipitación involuntaria, volvió a subir al muelle ingeniándose las para no mirar hacia el lado donde estaba el policía.

No sabía aún si lo vigilaban a él o al extranjero. Caminó unos diez metros, se volvió y encontró la mirada del corso. Pero le pareció que era una mirada indiferente. El inspector, en todo caso, se quedaba allí, detrás de K..., que no había cambiado de sitio y que usaba su encendedor.

Chave siguió caminando, atravesó la calzada y llegó a la esquina de una calle tranquila donde sólo había talleres. Se volvió una vez más y ahora el inspector no lo estaba mirando, sino que estaba vuelto hacia el río.

Estuvo a punto de echar a correr, pero se contuvo, caminó de prisa, como cuando por la noche nos parece que oímos pasos detrás de nosotros. Pasó delante de unas obreras que se cogían del brazo y que se inclinaban las unas sobre las otras para cuchichear sus confidencias. Luego pasó delante de un joven aprendiz que golpeaba las paredes con un bastón al tiempo que iba andando y que de vez en cuando se detenía para escupir tan lejos como podía.

Torció otra vez a la derecha, por una calle que no conocía. Sin embargo, creyó reconocer el restaurante de los chóferes, donde había comido el día antes. Se acercó y vio que no era el mismo, pues este tenía la puerta en medio.

En el interior, una gran estufa emitía un calor espeso. Sobre el mármol de las mesas había manteles de papel, unas aceiteras grasientas, botes de mostaza, litros de vino tinto preparados de antemano y una chica robusta, seguramente de Auvernia, que iba de mesa en mesa, maternal a pesar de sus veinticuatro o veinticinco años.

—¿Comerá usted estofado?

El dueño llevaba un delantal azul. Algunos de los que estaban comiendo, sin malicia, empujaban un poco a sus vecinos para poder apoyar los codos. Todos tenían mucho apetito. El vino estaba agrio y ayudaba, con la estufa, a encender las mejillas. Los tenedores chocaban con los platos de loza. La salsa iba manchando cada vez más los manteles de papel, y la calle, al otro lado de las vidrieras flanqueadas por unos

laureles plantados en unos toneles, estaba desierta, absolutamente desierta: una pared blanca, con la inscripción «Prohibido fijar carteles» y el sol encima.

Chave no había tenido nunca tanto sueño. Nunca había sentido un deseo tan grande de tenderse, de dejar que su cerebro funcionara solo, sin control, que se purgara de todo lo que lo congestionaba, de sumirse en un sueño como el de un animal harto que se sumerge en él.

—¡Perdón! ¿Me permite usted?

Alguien cogía su mostaza y se vertía la mitad del pote en el plato. Por dos veces la dura grupa de la criada lo rozó mientras que, a pesar suyo, él seguía vigilando la puerta, en la que trataba de leer un nombre al revés.

No pensaba. Era algo más impreciso, más deshilvanado. De las letras amarillas de la puerta, su mirada había pasado a las letras negras de la pared de enfrente que formaban las palabras «Prohibido fijar carteles». La pared estaba iluminada por el sol, y a causa de las letras, que parecían impresas, Chave se acordó del Impresor y pensó que tal vez había hecho mal en no telefonarle.

En aquel instante tenía un mondadientes entre las manos, con la consciencia de que no tenía ninguna prisa por salir, cuando, en el trozo de acera desierta que quedaba enfrente, vio surgir la larga silueta de K...

Otros veinte clientes hubieran podido seguir la escena que se desarrolló, pero nadie se fijó, y si algunos vieron algo, les fue imposible comprender de qué se trataba. K..., que caminaba de prisa, daba la impresión de un hombre que debía hacer un esfuerzo enorme para superar su miedo y no echar a correr.

La acera de enfrente, la pared, la inscripción eran como un escenario sobre el cual se apuntaba el proyector del sol... K... había entrado en aquel escenario solo, pero he aquí que, por el lado opuesto, surgía un nuevo personaje, al que Chave reconoció fácilmente como el policía bajito y gordo.

K... lo vio también, claro está. Se hallaba todavía a unos cincuenta metros cuando, bruscamente, dio media vuelta en el preciso instante en que un tercer personaje, el policía corso, entraba a su vez en escena.

No había ninguna razón para que las cosas presentaran un aspecto menos real que de costumbre. Si Chave tenía esa impresión era porque había comido copiosamente y se había bebido una botella, casi entera, de vino y porque, con el palillo entre los labios, se iba sumergiendo en un suave bienestar.

Los personajes le parecían más pequeños que al natural y su andar curiosamente irregular. Ahora, K... estaba en medio, con su traje azul, su cabello oscuro, que llevaba largo como Chave, y su mano derecha siempre en el bolsillo. Cerrándole el paso por un lado, el policía bajito no parecía peligroso; por el otro lado estaba el corso que, en el teatro, hubiera interpretado el papel del traidor.

Enfrente, algo más de veinte personas comían charlando o mirando al vacío.

En realidad, toda la escena debió durar poco rato, muy poco.

La distancia entre K... y los dos hombres disminuía, lo estaban acosando, uno por delante, el otro por detrás. Cuando se dio cuenta de que iban a cogerlo se detuvo un instante, a tres metros del corso; se oyó una detonación, luego se vio un hombre vestido de azul que se iba a todo correr y que salía del campo visual.

El corso se sujetaba el vientre con las dos manos, vacilaba y se apoyaba en la pared, ni de pie ni agachado, como si estuviera suspendido de un clavo. El otro policía corría hacia él. El herido le dijo algo y el inspector se lanzó a su vez, con el revólver en mano, buscando el silbato en su bolsillo.

Todos se habían levantado. La puerta estaba abierta. Chave estaba en la acera y,

como los otros, veía la calle, recta, con las dos siluetas que galopaban mientras que el policía tocaba el silbato a pleno pulmón.

Algunos cruzaron la calzada. Un taxista, que tenía su auto a unos metros, preguntaba a su vecino:

—¿Voy por él?

Era un tipo de lo más vulgar, pero no vaciló, puso su auto en marcha mientras que, al paso, un joven saltaba sobre el estribo.

—¡Dejad paso!... ¡Despejad el asiento!...

Transportaban al corso. Tenía los ojos abiertos y hacía una mueca desagradable de dolor. Al llevarlo casi lo doblaban en dos. El dueño telefoneaba. Se habían caído dos botellas de tinto que se vaciaban en el suelo. Y Chaye no se atrevía a marcharse porque en aquella calle desierta, donde no había, en suma, más que los personajes del drama, corría el peligro de que lo tomaran por uno de ellos.

Tampoco podía quedarse en el restaurante que, dentro de poco, sería invadido por la policía, pues el patrón estaba hablando con el comisario. Entonces, empujó una puerta que había al fondo. Una mano pintada en la pared indicaba un patio repleto de cajas, barriles y botellas. A la izquierda, estaban los servicios, pero pensó que no era un buen escondite. Empujó otra puerta, descubrió una escalera de piedra que conducía a la bodega.

Pasó una hora allí, sin saber nada, sentado sobre un tonel, dispuesto a ocultarse detrás de este a la menor alarma, entre un olor a vinaza que hacía tiempo que había olvidado. No oía ningún ruido de fuera y, por toda distracción, no tuvo más que las idas y las vueltas de un par de gatos cuyos dominios eran el patio y que trataban de distraerse sin demasiada convicción.

Eran un poco más de las cuatro cuando se decidió a salir de nuevo al aire libre. Esperaba deslizarse en la sala sin que repararan en él, como si viniera de los lavabos, pero no había previsto que se iba a encontrar de improviso, en una sala vacía, donde estaba sólo el dueño, con sus anteojos de acero, leyendo el periódico cerca de la estufa.

Era demasiado tarde para volverse atrás y Chave adoptó un aire tan desenvuelto como le fue posible, mientras que el dueño levantaba la mirada hacia él con una expresión de estupor que resultaba bastante cómica.

—¿Ya no hay nadie? —preguntó Pierre aturdido.

No sólo ya no había nadie, sino que ya todo había sido recogido y ordenado. Nunca un pequeño restaurante de suburbio había tenido un aspecto más tranquilo, más tibio, más agradable.

—¡Caramba!... —dijo el hombre, levantándose.

Chave pensó que era mejor no esperar a sus preguntas.

—No se habrá muerto, ¿verdad? —balbuceó—. Cuando he visto toda aquella

sangre, me he sentido mal... Me he ido ahí detrás... Se ve que me he desvanecido... ¿Cuánto le debo? Supongo que habrán cogido al asesino...

—¡No! —respondió el otro, brusco y desconfiado.

Un cuarto de hora después, Chave se preguntaba aún cómo se las había arreglado. Había tenido que esperar que le hicieran la cuenta de todo lo que había comido, luego pagar, llegar hasta la puerta, todo sin traicionar su prisa y sin dejar de espiar al dueño. En la acera había seguido dominándose, al menos hasta la primera esquina, entonces echó a andar en dirección opuesta al muelle y se hundió en el corazón de Courbevoie donde para él había menos peligro.

Se le había ocurrido una idea y cada vez le parecía más acertada: los policías no debían conocer a K..., que hacía muy poco que estaba en Francia, y si lo habían acosado debía ser porque se parecía a Chave, cuyas señas sí tenían.

Este parecido no lo había impresionado aquella mañana, pues no era un parecido propiamente dicho. Si se les conocía no podían tornarse el uno por el otro. Pero las señas escritas eran las mismas: los dos eran altos, delgados, con el pelo oscuro y largo, a lo «artista», como se dice, los ojos también oscuros, ariscos.

¿Quién sabe? ¡Si por la mañana había podido circular tranquilamente, era porque los policías estaban hipnotizados por el extranjero al que tomaban por él!

Ya que, después de haber disparado, se les había escapado, debía haber una verdadera movilización policial en aquellos parajes. Y Chave continuaba alejándose de la zona de peligro representada, en su espíritu, por las orillas del Sena y sus alrededores más próximos.

Le ocurrió algo curioso, recordó lo que estaba pensando justo antes del incidente, se acordó del Impresor y decidió telefonearlo inmediatamente.

No sabía exactamente dónde se encontraba, en alguna parte de Courbevoie o de Puteaux, pues no conocía los límites de los dos municipios. Entró en un bar y se encerró en la cabina telefónica, llamó al pequeño restaurante de la Rue Mont-Cenis, donde solía comer el Impresor.

No era un restaurante como los demás, todo el mundo tenía cuenta pendiente y podían ir a enredar en la cocina. Sólo se veían en él tipos raros escapados del Montmartre de antes de la guerra y el Impresor, que ocupaba un taller al fondo del patio, era uno de los primeros entre estos, pues se vanagloriaba de haber pertenecido de pequeño a la banda de Bonnot.

—¿Es usted, Pierre?... —preguntó él cuando reconoció la voz del dueño al otro lado del hilo—. Quisiera hablar con Laforgue... Sí, el Impresor... Es urgente...

Creía ver al dueño en el teléfono, un tipo grande, rubio, joven aún, que llevaba siempre un gorro de cocinero mugriento y un delantal que le servía para todo, limpiar las mesas, secarse las manos o sacudir el polvo de los platos.

—¿Qué dice usted?

—... Se ha ido esta mañana... Creo que ha ido al campo, pues me ha dicho que esta noche volvería muy tarde... O quizá mañana por la mañana...

—¡Oiga!... Escúcheme, Pierre... Yo no le puedo decir mi nombre por teléfono... Soy un amigo... ¿Me comprende? ¿Ha venido alguien hoy preguntando por Laforgue?... ¿Ha observado usted clientes raros?

—¡Sí!

—¿Qué dice usted?

—Que sí... Vinieron dos tipos raros... que deben estar aún dando vueltas por la calle...

Chave no se había equivocado al pensar que el Impresor estaba vigilado, como lo debían estar todos los del grupo que fueran conocidos por la policía. Colgó el teléfono y se alejó inmediatamente del bar desde donde había llamado, pues empezaba a desconfiar de todo.

Los acontecimientos se precipitaban. Se sentía al mismo tiempo que más nervioso, más lúcido. Esperaba con impaciencia que cayera la noche, pues las calles cada vez le parecían menos seguras y los bares tampoco lo eran mucho.

Que el Impresor estuviera en el campo era, evidentemente, falso, y Pierre, el del restaurante, no había podido pronunciar aquellas palabras sin cierta ironía. Laforgue, que había nacido en la Butte, en el mismo patio donde seguía viviendo ahora, ya consideraba como una verdadera excursión bajar hasta los grandes bulevares.

Durante semanas enteras no se alejaba de la Place du Tertre; de la mañana a la noche y de la noche a la mañana estaba preso de una especie de embriaguez que le pertenecía a él exclusivamente, una embriaguez filosófica e irónica que le valía, por la noche, un círculo de atentos oyentes entre los burgueses que subían a cenar a Montmartre.

No sólo era un excelente impresor sino también un hábil grabador y, a veces, lo sorprendían en su taller solo, tirando planchas eróticas para su deleite personal.

Era un anarquista de pañuelo rojo, el anarquista que conocía todos los cantos de rebelión y la historia de todos los terroristas del mundo. Pero esto no impedía que tuviera una clientela que le encargara trabajos, tarjetas de visita, recordatorios de difuntos, prospectos comerciales, etc. Él los regañaba, a veces los echaba a la calle, pero volvían sin rencor.

Si no estaba en su casa, ni en el restaurante de Pierre, ni en la Place du Tertre (el dueño del restaurante, desde su puerta descubría todo ese panorama), es que tenía muy buenas razones para estar en otra parte y Chave pensó que, casi sin duda, debía encontrarse en el local del grupo, en Puteaux, donde él no había estado nunca pero cuyas señas conocía. Durante una hora, Chave anduvo cuidadosamente dando más y más rodeos para asegurarse de que no lo seguían. Cuando por fin oscureció totalmente, se dirigió hacia la plazoleta de Puteaux, a mitad de camino de un bulevar donde se encontraba el local en cuestión, un café en la primera sala del cual había dos billares y un letrero que anunciaba: «Sala para sociedades - Salón para bodas y banquetes».

A decir verdad, no se acercó a la casa que sólo vio de lejos sin llegar a cerciorarse

de si había policías apostados en los alrededores.

Era todavía la hora en que se ve gente por las calles, gente que se esperan los unos a los otros, enamorados, grupos que sin motivo alguno se instalan junto a una acera y ya no se mueven. En aquel rincón, la animación era mayor porque cerca del café había un cine permanente con un timbre continuo, a la antigua.

Chave acabó por entrar en un bar que estaba a un centenar de metros, y se encerró, una vez más, en una cabina telefónica, después de haberse fijado en todos y cada uno de los consumidores.

—¡Oiga!... ¿Quiere hacer el favor de llamar al Impresor?... ¡Sí, sí!... Debe estar arriba, en la reunión... Dígale que es de parte de su amigo de Bruselas...

Repentinamente, se encontraba nervioso, demasiado nervioso. Tenía el deseo constante de abrir la puerta para comprobar que nadie lo estaba escuchando. Se preguntaba si habría acertado, si iba a oír la voz de Laforgue.

—¡Oiga!...

¡Nadie! ¿Se habría cortado la comunicación? ¿Quién sabe si K... no estaba allí e impedía a los otros que le contestaran?

—¡Oiga!...

—¡Diga!

—¿Jean?

Lo llamaba por su nombre, expresamente, pero una voz le respondió bruscamente:

—¿Quién está al aparato?

—C..., de Bruselas.

—¡Sí!

Ya no había duda posible. Era el Impresor quien estaba al otro extremo del hilo, pero desconfiaba, a pesar de que había reconocido la voz de Chave.

—Escucha... Sé muchas cosas que tú probablemente ignoras... ¿Está con vosotros Robert?...

Un silencio. Chave estaba a oscuras, pues al entrar se había olvidado de encender la luz y ahora no encontraba el interruptor.

—¡Oiga!...

—Te escucho... —dijo la voz del Impresor.

—No has respondido a mi pregunta... ¿Está Robert?...

—¡No!

—Jean, te juro que esto es muy importante... Dime la verdad... Tengo que encontrar a Robert en seguida...

—No está aquí...

—¿Y los demás?

—Algunos sí, están aquí...

—¿Y K...?...

De nuevo el silencio.

—¿Es que no comprendes que estamos todos en peligro? Hace dos días que estoy en París. No he querido ir a verte, porque sospechaba que estabas vigilado...

Le pareció que el otro se reía con una risa incrédula, injuriosa.

—¿No me crees?

No obtuvo respuesta. Y el silencio fue tan largo que Pierre se preguntó si su interlocutor habría colgado el aparato.

—¿Eso es todo lo que querías decirme?

—¡Qué va! No cuelgues... Espera un instante...

Entreabrió bruscamente la puerta, no vio a nadie detrás. Los clientes, en el bar, ocupaban su sitio de costumbre.

—Estáis todos vigilados... El Barón fue a mi casa... La policía ha hecho un registro...

—¿Y qué más?

—Te he dicho que tengo que ver a Robert...

—¿Por qué?

—¿Es que no estás al corriente de lo que se está preparando?

—No sé de qué me hablas...

—Al menos, contesta a mi pregunta... ¿K... está ahí? Hace poco lo vi disparar sobre un inspector, en Courbevoie...

—¿Estás bromeando?

—¡Pero, imbécil!...

¡Se hubiera echado a llorar con ganas! Se estaba dando perfecta cuenta de lo que pasaba. Tanto más cuanto que, de vez en cuando, le llegaba un cuchicheo que probaba que había alguien en el segundo auricular.

¡Desconfiaban de él en el grupo! ¡Sabe Dios lo que debían haber contado de él! ¡Tal vez creían que los había traicionado y que era él quien había alertado a la policía!

—Jean, te suplico que me escuches... Desgraciadamente no puedo ir a verte...

Y el Impresor, que sin duda se creía listo, le preguntó:

—¿Por qué?

Adoptaba un tono falsamente ingenuo de personaje de cine. Chave apretaba los dientes de rabia.

—¡Pues porque la policía está a vuestro alrededor!... Si no quieres creerme, sal y pásate un poco... Cuando te vuelvas ya verás que te están siguiendo...

—¿Nos ha traicionado alguien?

—¡Imbécil!

—¡Muchas gracias! ¿Es todo lo que tienes que decirme?

De nuevo intervino el cuchicheo y Laforgue habló.

—¿Desde dónde estás llamando?

—No importa...

—¡Perdona! Pero importa mucho... Aquí hay alguien que quisiera hablarte...

—Podrán hacerlo en otra ocasión...

—Me están diciendo que pareces muy enterado de los hechos y acciones de la policía...

—¡Jean! ¡Por favor! Dime sólo dónde puedo encontrar a Robert. No te pido más que esto. Después os daré todas las explicaciones que queráis...

Su rostro se volvió carmesí. En efecto, acababa de oír el clic de la comunicación que se cortaba al otro extremo del hilo. Estuvo a punto de volver a pedir línea. Prefirió salir. Chocó con alguien y se estremeció, estuvo a punto de salir huyendo, se contuvo por milagro. Mientras pagaba, en el mostrador, se dio cuenta de que el individuo con el que había tropezado no era más que un borracho cualquiera. ¿Acaso no tenía el derecho de esperarse encontrar a la policía en todas partes?

Afuera, vio el cine de enfrente y oyó su timbre agudo; levantó los ojos hacia las ventanas del primer piso del café donde estaban reunidos sus amigos y, por un momento, dudó si jugarse el todo por el todo y subir a verlos, abiertamente, a pesar de la policía.

Si no lo hizo no fue por él mismo, sino por el pequeño Robert, al que se imaginaba en alguna parte, preparado por Stéphan o por otros amigos de K..., a la espera de la hora fijada para el atentado.

Así, pues, Robert no estaba en el local, con toda seguridad, con los otros, porque eso hubiera sido demasiado arriesgado. Chave se lo imaginó más bien en la Rue de Birague o en algún lugar por el estilo.

Bastaría, en el último momento, un vaso de alcohol para quitarle la menor vacilación.

Por todas partes había cafés y Chave entró en otro. Telefoneó de nuevo y pidió por el Impresor, diciendo:

—Soy el mismo que ha llamado antes...

Ya no sabía si lo que le revolvía el estómago era la tristeza o la rabia. Conocía a todos los camaradas que estaban allí, a todos menos a K..., que era un recién llegado. Los conocía y los apreciaba. Era él quien les daba ánimos cuando uno u otro iba a Bruselas.

¡Todos eran desgraciados, sinceros! Todos lo escuchaban boquiabiertos porque tenía más elocuencia que ellos y porque traducía en frases lapidarias lo que ellos pensaban confusamente.

En aquellos momentos, allá arriba, escuchaban el informe que les hacía el Impresor sobre la conversación telefónica y Chave ya creía ver cómo se endurecían las caras, cómo se encendía en sus ojos la desconfianza, luego el odio.

—¡Diga!...

—¿Eres tú? —dijo con una voz cansada y triste.

—¿Qué quieres ahora?

—¡Escúchame, Jean!... No estoy muy lejos de vosotros... Casi puedo verlos. Como por casualidad, a cien metros del café, están estacionados dos coches, a pesar

de que este no es precisamente el barrió... Vengo de Courbevoie... Me he pasado dos días allí, al acecho... No sé a ciencia cierta lo que ha pasado, pero la policía está vigilando...

—¿Y qué?

—Pero ¿es que no lo comprendes? Me pregunto qué es lo que K... y Stéphan han podido contaros. He ido a su casa, esta mañana, para ver a Robert... Ellos lo tienen oculto... No quieren que nosotros volvamos a tener influencia en él... ¿Sabes lo que han decidido hacerle hacer?

Silencio.

—¿Lo sabes? —gritó Chave, alarmado.

—¿Y qué?

—¿Lo sabes y lo aceptas? Lo sabéis todos y aceptáis que ese muchacho... ¡Jean! ... ¡No! No cuelgues... No quiero creer que tú... que vosotros...

Apretó los puños, pues de nuevo se oía cuchichear y tenía la impresión de que era K... en persona quien escuchaba con el Impresor.

—He venido de Bruselas para impedirlo... No está en nuestra «línea»... Esto no forma parte de...

—¿No tienes nada más que decirme? Si es así, puedes advertir a tus policías de que, a pesar de todo lo que puedan hacer...

—¡Jean!

Se dio cuenta de que estaba gritando. Tuvo miedo de llamar la atención de las dos o tres personas que estaban en el café. Se puso la mano delante de la boca para que no lo oyeran.

—Escúchame una vez más... No estoy hablando por mí, es por Robert... Es un niño... Sabes muy bien...

—Yo sólo sé una cosa: que si lo cogen será porque tú lo habrás hecho coger.

—¿Y los obreros que corren el riesgo de saltar con la...?

Esta vez fue definitivo. Se oyó un rumor, luego el chasquido, y Chave se encontró solo, empujó la puerta de la cabina, pidió algo, cualquier cosa, señalando una botella al azar, pues sentía un nudo tan grande en la garganta que le impedía hablar.

Cuando estuvo fuera, miró de lejos a los dos coches, y hubiera puesto la mano en el fuego a que eran de la policía. Además, en el rincón de la plaza veía a tres hombres que no se habían movido de allí en media hora y que, sin embargo, no estaban retenidos por ninguna conversación animada.

A los otros, en rigor, que lo tomaban por un chivato, los habría sacrificado, pero estaba Robert, el Robert que se había encontrado tan mal, en su casa, porque había comido demasiado bien, y que al día siguiente lloraba como un niño porque había ensuciado el piso...

—Perdón... —le decía a Marie—. No sé qué me ha pasado... Cuando bebo...

¡Y Chave estaba convencido de que acabaría yéndose a vivir con la Prima, pues hablaba de ella a cada instante!

Caminaba, sin darse cuenta de ello. Se detuvo de pronto, pasaba por delante del escaparate de un ropavejero, algo le había llamado la atención: un traje de marinero de grueso paño azul.

No lo pensó ni un instante. Entró. Preguntó — ¡debía tener el aspecto de un tipo medio loco! — señalando el traje:

—¿Me lo cambiaría usted por el mío?

Le costaría trabajo si tuviera que acordarse de la extraña mujer que lo ayudó a cambiarse, una mujer bastante vieja, con una peluca de un color negro como la tinta que parecía pintada sobre su cabeza.

Se llevó también la gorra. Si hubiera regateado, le habrían dado dinero encima, pues la blusa estaba raída, mientras que su traje, después de un buen planchado, pasaría por casi nuevo.

Se puso a andar de nuevo. Hubiera querido hacerse cortar el pelo, que no estaba muy de acuerdo con su indumentaria, pero tuvo miedo. Me entrar en un salón de peluquería, con tanta luz, y por instinto se puso en marcha hacia Courbevoie.

Con su nuevo aspecto era mejor que siguiera por los muelles, como así lo hizo, y tuvo la certeza de que se veían nuevas fuerzas de policía, de que el barrio entero estaba como en estado de sitio.

Sin embargo, reflexionó y se tranquilizó un poco. Llegó a la conclusión de que, si la cosa hubiera sido para aquella misma noche, los del grupo no se habrían reunido. Era una regla. En tales casos, había que dispersarse, de modo que fuera más difícil atraparlos y cada uno pudiera preparar su coartada.

¿Sería para la mañana siguiente? Por lo menos tendría todavía una noche de tregua. Y, aunque no sabía cómo tomarlo, lo cierto es que no desesperaba.

Se había convertido en una idea fija. Ya no sabía si quería evitar la muerte de unos inocentes o impedirle a Robert cometer una tontería, o si, considerándose en parte responsable de la actividad del grupo, luchaba para tener la conciencia tranquila.

Estaba metido en un engranaje. Le era difícil acordarse de qué modo había entrado en él, y las representaciones del teatro, con el chaqué gris y las cóleras del actor francés, le parecían lejanas.

Incluso se había olvidado del Barón. Caminaba siguiendo la hilera de los árboles, reconocía a lo lejos los montones de ladrillos, las barcazas adormecidas sobre las tranquilas aguas y luego, por aquí y por allá, unas siluetas que era preferible evitar rozarlas siquiera.

En cierto momento estuvo a punto de tropezar con el perro que el portero de la fábrica paseaba, sujeto de una correa, sin duda a causa de toda aquella gente.

¿Cuál sería el plan establecido por K...? ¿Qué instrucciones había dado a Robert? ¿Llegaría este en bicicleta como la otra vez? ¿Le daría un paquete al portero, rogándole que lo entregara al director? Era poco probable este sistema, pues ya se había empleado recientemente en Austria y corría el peligro de despertar la

desconfianza.

Tal vez se tratara de una bomba a la que bastaría con arrojar por encima de la pared para hacerla estallar y Robert iba a sacrificar su vida.

El aire era suave, mucho más suave que los otros días. Chave seguía andando y no lograba deshacerse del rencor que se había anidado en él a causa de la conversación telefónica mantenida con el Impresor.

¿No merecían todos, tal como se habían portado con él, que fuera a hablar con la policía? Al menos Robert salvaría su vida, pues no se atreverían a mandar al patíbulo a un muchacho que había aceptado perpetrar un atentado pero que no había podido cometerlo. Y al mismo tiempo se salvaban otras vidas...

Buscó en su bolsillos, los revolvió y comprobó que había olvidado los cigarrillos en su traje. Había llegado a las inmediaciones de un estanco y estuvo a punto de entrar, cansado ya de pensar y tomar precauciones.

Fue una pura casualidad que, a unos metros de la puerta de cristales, levantara la cabeza. Entonces se detuvo, pero en seguida reanudó la marcha caminando muy de prisa. Justo en frente de él, en la mesa más próxima al mostrador, acababa de ver al Barón, sentado delante de un aperitivo amarillento.

Sin duda alguna, su presencia era insólita. Pero lo más turbador era su aspecto. Iba vestido como de costumbre. Llevaba el sombrero un poco echado para atrás, como siempre que estaba en el café. Nada de eso le impresionaba: era el aspecto general, la impresión que producía de encontrarse uno no frente al Barón, sino frente a una figura suya que hubieran hecho para el museo de cera.

¿A qué se debía aquella sensación? Chave no habría podido decirlo. Sólo lo había mirado durante unos segundos y había experimentado un extraño malestar, como si hubieran disecado al Barón para colocarlo allí, inerte y sin vida, como un monstruoso cebo.

Tuvo que sacudirse para desprenderse de esa desagradable sensación. Luego se acordó de la maldad del Impresor y los otros para con él.

Todos estaban convencidos de que había mordido el anzuelo de la policía y los había delatado.

Quizá no estuvieran del todo equivocados. Eso es lo que Chave se preguntaba al pasar por el puente, sin saber adónde iba.

El que había podido morder el anzuelo era el Barón, y lo habían llevado de nuevo al escenario de los hechos. A causa de los pescadores que había observado en los últimos días, Chave no podía alejar la imagen de un enorme gusano de cebo...

Se sobresaltó. Estaba demasiado absorto por sus pensamientos para poder mirar a su alrededor. De pronto descubrió unos pies, unos zapatos negros bien lustrados, docenas de zapatos negros; levantó la cabeza y descubrió, cerca de un puente, un grupo de guardias móviles, armados, que se ocultaban en la sombra. Tuvo que enderezarse para seguir caminando al mismo paso, pero eso no le impidió ver, unos cincuenta metros más lejos, un autocar detenido junto a la acera.

Todo aquello era algo siniestro, olía a motín, a guerra civil. Era más siniestro para él que para cualquier otro, porque él sabía, porque él estaba casi en el mismo origen de los hechos, porque le bastaría con encontrar a Robert y hablarle frente a frente...

Entonces, de repente, se puso a caminar más de prisa y, una vez en el puente de Neuilly, se metió en un autobús.

En el Ministerio desierto sólo había luz en la antesala y en el despacho del ministro. En la antesala, el ujier se estaba leyendo los anuncios de un diario vespertino que ya se había leído de cabo a rabo. El único visitante no había querido sentarse y seguía de pie cerca de una ventana, mirando el patio oscuro, donde había tres coches estacionados.

—Esos señores están conferenciando...

—Ya lo sé. No obstante, anúncieles que estoy aquí...

Pasaron diez minutos antes de que se abriera la puerta. El ambiente olía a cigarro y había una solemnidad desagradable en las actitudes, algo furtivo, molesto, casi vergonzoso.

El comisario era el único que no se había quitado el abrigo. Seguía respetuosamente de pie, como era su deber, después de haber intercambiado una mirada poco entusiasta con su jefe. El ministro, con las manos apoyadas sobre la mesa, pareció que tenía que sacudirse para preguntar:

—¿Qué hay?

—Todavía nada, señor ministro...

El otro se volvió hacia el prefecto de policía.

—¿Encuentra usted natural que esos tipos estén esperando tanto tiempo? Por mi parte voy a acabar preguntándome si aquel anónimo no era una broma pesada...

Sin embargo eso lo decía como se les dice a los moribundos:

«Ya verá usted como en la primavera que viene se siente mucho mejor».

Sonó el timbre del teléfono, lo descolgó y después lo pasó al comisario:

—Es para usted...

—Con permiso... ¡Diga!... Sí... ¡Oh!... ¡Bien!... No... Nada...

Todos lo estaban mirando. Volviendo la cabeza, el comisario dijo:

—Ha muerto.

—¿Quién?

—El brigadier Combi... Han intentado extraerle la bala, pero...

—¿Qué se ha dicho a la prensa? — se inquietó el ministro.

—Casi nada: un malhechor perseguido que se vuelve y dispara a los policías que iban a detenerlo...

—¿Todavía no lo han encontrado?

El comisario miró a su jefe directo, como para decirle que era difícil hablar de aquello con uno que no es del oficio. Luego meneó la cabeza y reconoció:

—Todavía no lo he encontrado...

—En resumidas cuentas, aparte del Barón, ¿no ha detenido usted a nadie?

—Acabamos de detener a siete personas, en Puteaux, donde se reúne habitualmente un grupito de anarquistas. Desde hace dos días, todos y cada uno eran seguidos individualmente. Ochenta y tres sospechosos, exactamente, están vigilados

día y noche...

—Y, entre tanto, el hombre que ha disparado sobre el brigadier...

—... ha entrado en el local en cuestión... Eso es lo que me ha hecho decidir a precipitar los acontecimientos... Desgraciadamente, a pesar de que hemos registrado el inmueble de arriba a abajo, no lo hemos encontrado...

El comisario hablaba gravemente, sin humildad, como hombre consciente de haber hecho todo lo posible.

—¿Barón todavía no ha hablado?

—Aún no. Le hemos servido una copiosa comida, lo hemos dejado mano a mano con un vino generoso. Esto lo ha vuelto más familiar, pero no se ha decidido a hablar. Lo he enviado a Courbevoie, como cebo, por si acaso uno de los otros...

—Este truco ya ha fallado una vez — dijo severamente el ministro.

—Ya lo sé...

—¿No pretenderá usted...?

Se estaba encolerizando, pero se detuvo, sintiendo confusamente que se equivocaba.

—Señores, piensen que un hombre, solo, con una bomba, puede... Y nosotros no sabemos quién está detrás de ese hombre, quién tiene interés en...

Tuvo un sobresalto al oír al comisario que murmuraba para él mismo:

—Ya lo sabremos después...

—¿Después de qué? No va usted a decirme que está resignado a...

Era la hora en que París cenaba, en que la multitud se metía en los cines, y dos teatros daban un estreno.

—No, señor ministro... O me equivoco mucho, o no será ni para esta tarde ni para esta noche... Lo que me hace pensar esto, es la reunión que han tenido hoy... En cambio no me extrañaría que mañana por la mañana...

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Todo lo que esté a nuestro alcance. Interrogar a los detenidos. Continuar vigilando a los demás. Buscar por todas partes, y quizá entonces...

Se volvió hacia su jefe.

—¿Quién se encarga de lo de Combi?

Se trataba de saber quién iría a dar la triste noticia a la viuda, con la consolación de costumbre, la promesa de una medalla, tal vez de una distinción póstuma de mayor importancia.

—Me encargo yo... —afirmó el director.

El comisario se marchó. Se cerró de nuevo la puerta y siguieron haciéndose preguntas, inquietos, hoscos, en la pesada atmósfera del despacho con tapices rojos.

Chave no sabía cómo llamar la atención. No se atrevía a golpear los cristales, pues tenía miedo de la dueña, una mujer con cara de pocos amigos y que encima

llevaba una venda que indicaba que tenía dolor de muelas. Esperaba que la Prima se volviera hacia él, pero hubiérase dicho que lo evitaba adrede.

Las dos mujeres estaban arreglando la tienda, quitaban los quesos y las mantequillas de encima de los mármoles y los guardaban en la nevera. Después llevaban a la trastienda los restos de legumbres cocidas. Habían dejado la puerta entreabierta, como si no quisieran perder la oportunidad de un último cliente, y Chave sólo temía una cosa: que echaran el cierre metálico antes de que hubiera podido hablar con la Prima.

También allí cerca había un cine, pero no se trataba de un cine pobre, con un timbre pasado de moda, como el de Puteaux. Y gracias a la gente que de él entraba y salía, Chave pasaba inadvertido.

Una vez que la Prima miraba abiertamente hacia él, abrió la boca cuanto pudo e hizo un gesto, pero, contra todo lo que él se esperaba, siguió haciendo su trabajo como si nada.

Se apoderaba de él la impaciencia, el pánico. ¿No hubiera sido ridículo, incluso odioso, fracasar por una razón tan estúpida?

Entonces, golpeó los cristales con una moneda. Se volvió la dueña, lo miró un momento en silencio y luego fue hasta la puerta para gritarle:

—¿Qué quiere usted?

—Perdone... Tengo que hablar un momento con la chica...

—Ahora no tiene tiempo...

—¡Prima!... —llamó él, de todos modos—. Debo hablarte un momento, es absolutamente necesario...

Entonces, comprendió el porqué ella lo había estado mirando con aquella indiferencia. No lo había reconocido con aquella nueva indumentaria. Se le acercó, desconfiada, y se encogió de hombros.

—¿Es usted? Podía haber avisado, en lugar de hacer tantas muecas... Vuelvo en un minuto, madame Ligeard...

—¿Y me dejas a mí todo el trabajo?

—¡Le digo que vuelvo en seguida!

Efectivamente, no tenía intención de ir muy lejos. Dio sólo cuatro pasos por la acera, sin tomarse la molestia de salir de la zona iluminada por la lechería. Estuvo a punto de decirle a Chave algo a propósito de su indumentaria, pero encogió los hombros, sin duda pensando que no valía la pena.

—¿Qué hay? —preguntó ella.

—Alejémonos un poco... Tengo que comunicarte cosas muy serias...

—Tenemos que cerrar la tienda en seguida...

—Te aseguro que se trata de algo lo bastante grave para que no te preocupes por la tienda... Ven...

Lo siguió hasta la esquina de un callejón donde se quedaron de pie el uno frente al otro, como las parejas de enamorados que se ven por la noche en ese tipo de calles.

—¿Has vuelto a ver a Robert?

Se había dado cuenta de que ella estaba menos amable con él que por la mañana y entonces tuvo la prueba, pues le respondió volviendo la cabeza:

—No... ¿Por qué?

Chave estaba seguro de que la chica mentía. Y mentía tan mal que tuvo la necesidad de mirarlo a la cara, con la vana esperanza de convencerlo de su buena fe.

—¿Has visto a Robert?

—¡Acabo de decir que no! Además, eso sólo me importa a mí. —Al mismo tiempo que se volvía hacia la tienda, como si tuviera mucha prisa.

—Diga pronto lo que tenía que decirme...

En lugar de hablar, la cogió del brazo, inclinándose hacia ella pues era mucho más pequeña que él. La Prima se estremeció, y trató de soltarse.

—¿Qué hace usted? ¿Qué le pasa ahora? No, si a veces...

Se revelaba arisca, con una vulgaridad que molestaba.

—Me pregunto por qué he venido...

—¡Me vas a escuchar!... No sabes lo que está pasando...

Él no la soltaba del brazo y ella exclamó:

—¡Me está usted haciendo daño!...

Le daba igual. La gente que pasaba debía tomarlos por dos enamorados que discutían. Chave se obstinaba sin importarle la gente.

—Ignoro lo que te ha podido decir Robert, lo único que sé es que tengo absoluta necesidad de verlo... Escúchame, Prima...

—Primero suélteme...

—Esta mañana has sido amable conmigo...

—¡Porque no estaba enterada!

—¿De qué?

—Lo sabe usted muy bien...

Y Chave, en lo incoherente de aquella disputa, perseguía la verdad. Por si fuera poco, la dueña de la lechería, desde la puerta, los estaba observando y, finalmente, llamó:

—¡Jeanne!... ¡Jeanne!...

—¡Ya voy!...

—Un momento... Creo que voy adivinando... Stéphan ha debido hacerte creer...

—¿Me suelta usted, sí o no? O tendré que llamar a sus amigos.

—¿Qué amigos?

—¡Los de la policía! ¡Caramba!

Y, como al final se había soltado, echó a correr hacia la tienda, cerrando la puerta tras ella. La luz seguía encendida. Las dos mujeres continuaban agitándose como en una jaula de cristal y se veía cómo la muchacha movía los labios, podía comprenderse que estaba contando algo con un tono despreciativo mientras fregaba el suelo.

¡Lo único que Chave no había siquiera imaginado era que lo hicieran pasar a los

ojos de Robert como un traidor! La Prima había visto a Robert y este se lo había dicho...

Sin perder el tiempo, cruzó la calle y, un instante después, penetraba en el pequeño hotel de la Rue de Birague, tratando de pasar por delante del mostrador sin detenerse. El dueño lo alcanzó en la escalera.

—¿Qué desea usted?

No reconoció a Chave, en quien no se había fijado por la mañana y cuyo aspecto había cambiado mucho con el vestido de marinero.

—Subo a ver a unos amigos...

—¿Qué amigos?

—Los del siete...

—No vale la pena que suba... Ya no están aquí...

—¿Está usted seguro?

—Le digo que ya no están aquí y esto debe bastarle. Haga usted el favor de salir...

Tal vez era cierto. K..., al saber que Chave había descubierto su guarida, había tomado la precaución de cambiar de lugar. Pero entonces, ¿había perdido ya toda posibilidad de localizar a Robert? Chave no podía arriesgarse a esperarlo allá abajo, en el puente de Courbevoie, donde no dejaría de ser interpelado por la policía.

Tuvo un momento de depresión y de cólera. De cólera contra todos, contra el Barón, contra el Impresor, especialmente contra Robert, que era el más estúpido de todos. En una charcutería que seguía abierta, compró un poco de salchichón y empezó a comérselo sin pan, mirando hoscamente a su alrededor.

Pero no se alejó de allí. Tal vez lo retenía su instinto. Miraba a lo lejos las luces crudas de la lechería y, finalmente, fue a apoyarse en una pared, no lejos de la tienda, consciente de que jugaba ya su última carta.

La poca confianza que aún tenía estuvo a punto de desvanecerse al ver que se apagaban las luces y al oír que bajaban la puerta metálica. No sabía si las dos mujeres habían cenado, ni si la Prima dormía allí.

Esperó, de todos modos, pues no tenía nada que hacer. Por aquí y por allá veía gente que también esperaba algo: unos el intermedio del cine, otros la llegada de una amiguita o del autobús.

Un joven con gorra, que leía el periódico a la luz de una farola, fue servido el primero y se alejó del brazo de una muchacha robusta y apetitosa, que se reía a carcajadas. Un señor de bigotes grises, que se estaba impacientando desde hacía unos minutos, vio llegar su autobús y desapareció del mundo de Chave.

Estuvo a punto de no reconocer a la Prima, pues también ella había cambiado de indumentaria. Llevaba un abrigo de color rojizo que debía haber comprado en una de esas tiendas baratas de los alrededores del Ayuntamiento. A pesar de su desenvoltura, miraba a su alrededor mientras andaba.

Chave la siguió de lejos, y temió perderla de vista cuando atravesó la Place de la

Bastille. Tuvo aún más miedo de haberse equivocado cuando vio que se dirigía a la Rue de Lappe, pues creyó que iba a meterse en uno de los bailes del barrio.

Pero no. Siguió adelante, andando cada vez más de prisa, como si el vértigo, en el momento de llegar al final, se hubiera apoderado de ella. En ninguna otra parte había visto Chave tanta gente en los rincones, abrazados, o esperando sabe Dios qué en las sombras y pensó que había perdido a la Prima cuando desapareció repentinamente, como tragada por un corredor.

Sólo cuando llegó a la altura de la casa se dio cuenta Chave de que se trataba de un hotel, más sucio aún que el de la Rue de Birague. Una mujer enorme, pintada como una porcelana, se estaba arreglando en el portal y Chave pasó, vacilando, preguntándose una vez más qué iba a hacer.

Por primera vez en su vida le supo mal no ir armado. No había manejado un revólver jamás. Las armas de fuego le daban miedo, lo mismo que cualquier otra arma, igual que todo lo que podía hacer sufrir a la carne.

Pero ignoraba qué se había hecho de K..., y Stéphan le daba miedo.

Sin embargo, entró, dando una falsa alegría a la mujerona, quien le sonrió con un ojo solamente, pues el otro era de cristal. Quiso abrir una puerta.

—No... Estoy buscando a un amigo mío que se aloja aquí desde esta tarde...

No estaba acostumbrado a aquellas situaciones. Le faltaba seguridad, y parecía mucho más joven de lo que realmente era.

—Mi amigo Robert... Está con unos extranjeros... La chica que acaba de entrar ha subido a su habitación...

—Entonces debe ser en el segundo, pues la he oído detenerse en el segundo piso...

—Se lo agradezco mucho...

Y ella, encogiéndose de hombros y volviendo a su sitio, respondió:

—No hay de qué.

No vio ningún mostrador. Mientras subía la escalera se preguntó dónde se pagaba. En el rellano del primer piso se apartó para dejar pasar a una pareja, un hombre con abrigo, que volvió la cabeza y se puso a andar de lado, y una muchacha sin sombrero que iba detrás de él arreglándose el pelo rojizo.

Hasta aquel momento no había sentido la fatiga de los últimos días ni el peligro del paso que iba a dar. Había llegado hasta allí, en cierto modo, por la fuerza adquirida y casi sin darse cuenta.

Ahora bien, al llegar al oscuro rellano del segundo piso, le desfallecía el corazón. Sentía sus piernas débiles, la cabeza vacía. Hubiera dado lo que fuera por un vaso de vino que le hubiera devuelto su aplomo.

¿Sabía siquiera dónde se encontraba? La casa, sin razón alguna, le parecía misteriosa. Oía ruidos que lo sobresaltaban. No se atrevía a quedarse allí por miedo a que se abriera alguna puerta, pero tampoco quería marcharse.

Cobardemente, y consciente de su cobardía, subió y se encontró en el tercer piso.

Había una puerta entreabierta y vio a una muchacha que hacía una cama. Tuvo miedo de que le dijera algo y volvió a bajar.

No había preparado nada. Al pasar rozando una puerta, oyó una voz:

—¿Qué te ha dicho?

¡Era la voz de Robert! Sin pensarlo dos veces, Chave buscó el pomo de la puerta, lo giró y se encontró, en cuestión de segundos, en medio de la luz de una habitación estrecha, tan parecida a la de la mañana, con su cama de hierro y sus mantas deshilachadas, que creyó estar de nuevo en la Rué de Birague.

En primer lugar vio a la Prima, porque estaba de pie y él la había empujado al abrir la puerta. Luego, sobre la cama, vio a Robert... Cuando se volvió se encontró cara a cara con Stéphan, y entonces se turbó.

—Escucha, Robert...

Era tan exigua la habitación, que estaban unos encima de los otros. Las ropas de la Prima olían aún a lechería. El polaco había cerrado la puerta con llave y no le quitaba los ojos de encima al visitante.

—¡Me ha seguido! —gritó encolerizada la chica.

El polaco, con su acento, le ordenó:

—Ahora, sería mejor que te fueras...

—¿Debo irme, Robert?

—Sí... Vete...

—¿De verdad no corres ningún peligro?

—Si te digo que no... Vete... Mañana por la noche te invito al cine...

E hizo una mueca de chulo que a Chave no le gustó nada. Robert y la Prima no se besaron ni se dieron la mano. El polaco se limitó a abrir y volver a cerrar la puerta, luego se metió la llave en el bolsillo.

Entonces, con una voz que impresionó a Chave, Robert le preguntó:

—¿Qué has venido a hacer aquí?

Tuvo que hacer un esfuerzo para acordarse de la noche en que el muchacho se había mareado, en Bruselas, y comprendió que aquella vez también había bebido.

Además, allí estaba la botella, con restos de comida sobre unos papeles grasientos. Stéphan se había sentado al pie de la cama y no dejaba de vigilar a Chave.

—¿Has venido a espiarnos también a nosotros? ¿Eh?...

—Escucha, Robert...

—No me vengas ahora con el cuento ¿eh? ¿Crees que no estamos al corriente? ¿Quién ha delatado al Barón en Bruselas? ¿Por qué te han dejado pasar la frontera, precisamente a ti, que eres el más sospechoso de todos? ¿Eh? Responde a esto...

—Cálmate... Voy a explicarte...

—¿Ah sí?... ¿Verdad, Stéphan, que nosotros sabemos muchas cosas?... ¿Podrías decir por qué la policía ha montado vigilancia en el puente de Courbevoie, mientras tú no te movías de aquellos parajes? ¿Por qué, siendo un desertor, a nadie se le ha ocurrido detenerte? Y esta mañana, ¿qué has venido a hacer a nuestro hotel?... Te he

oído... Yo estaba allí, dentro del armario...

—Lo sospechaba —dijo Chave tristemente.

—Así que confiesas...

—¡No confieso nada! ¡Robert, reflexiona! ¡Cálmate! Cuando te hayas tranquilizado, podremos hablar, aunque no me gusta mucho hablar en presencia de ciertas personas...

—¡Vaya!

—¿Qué quieres decir?

—Que ellos han comprendido el juego que hacías en Bruselas... Ahora, casi has tenido pleno éxito... ¿A cuántos han detenido no hace mucho rato?...

—¿Detenido? ¿A quién?

—¡No te hagas el imbécil!... Sabes perfectamente que los han detenido a todos, en Puteaux... Y sabes también que las orillas del Sena, por aquella parte, están defendidas como una fortaleza... ¡Dame de beber, Stéphan!...

Chave apenas se atrevía a mirarlo. Ya no era el Robert que conocía, sino un Robert al que habían emborrachado de desconfianza y odio al mismo tiempo que de alcohol. Estaba allí, en tirantes, sentado sobre una cama deshecha. Sus ojos tenían tal expresión que Chave se veía obligado a volver la cabeza.

—... Por lo demás, tendrás ocasión de explicarte dentro de poco... Estamos esperando a alguien que tendrá mucho gusto de encontrarte aquí...

—¡Robert!...

—¿No quieres que hablemos los dos cinco minutos? Sólo con que estuvieras un momento sin beber, si vinieras conmigo a tomar el aire...

El polaco no decía nada. Estaba completamente seguro del otro.

—¿Acaso ya está abajo la policía?

De pronto Robert se levantó, más Lleno de odio todavía. Al hablar escupía, porque había bebido, y su boca, que era muy grande, estaba demasiado roja, como maquillada.

—Prefiero decirte que, si has hecho una cosa así...

—La policía no está abajo.

—Entonces, ¿por qué quieres que salgamos?

—Para hablarte... Para hablarte de ciertas cosas...

—Sin duda alguna para hablarme de que he comido en tu casa, de que ensucié vuestra alfombra devolviendo todo cuanto pude, ¿verdad?

—¡Cállate!

—... Y de que lloré, porque soy un estúpido y cuando bebo...

—Ahora sí que has bebido...

—¡No me digas!

La escena era de una vulgaridad atroz, grotesca. Y Stéphan dejaba ver sus largos dientes amarillos en una sonrisa sin alegría, que le bastaba para expresar todos sus sentimientos.

—Me creas o no... Te juro, por la salud de mi hijo, por la de mi mujer y por la de mi padre, que yo no he delatado a nadie... Por lo demás, de haberlo hecho, habría debido empezar por ti, puesto que eres tú quien, mañana por la mañana...

Stéphan se levantó y fue a escuchar a la puerta, para asegurarse de que no los espiaba nadie. Al igual que Robert, iba en mangas de camisa y no llevaba cuello.

—No, Robert, no soy un chivato... Y si he vuelto a Francia, aun exponiéndome a pasar meses y meses en la cárcel, teniendo a mi hijo enfermo, es porque no quiero que tú...

Le costaba un gran esfuerzo continuar. Le dolía todo aquello. Hubiera querido poder decir aquellas cosas al menos con un mínimo de dignidad, expresar aquellos sentimientos en unas circunstancias menos incoherentes.

Había algo de vergonzoso en la atmósfera que los rodeaba, como ciertos vicios, ciertas enfermedades. Y, sobre todo, había un Robert que parecía haberse puesto al diapasón de aquella atmósfera y que tenía el aspecto de un golfillo llevado por un vicioso a un hotel equívoco.

—¡Sigue cantando!... —le decía mientras estaba comiendo unas uvas.

—¿Es que no te importaría enterarte, mañana por la tarde, de que por tu culpa hay diez o veinte muertos, trabajadores como tú, gente que hace lo que puede para seguir adelante en esta perra vida, y heridos, hombres que jadean en el olor de hospital, y mujeres que lloran, y niños a quienes no se atreven a decir la verdad, y...?

—¡Siempre has hablado muy bien!

—¡Robert!...

Chave lloraba. Pero no se daba cuenta. Hubiera sido capaz de cualquier cosa, de ponerse de rodillas, de arrastrarse por el suelo para poner fin a aquella escena estúpida y cruel, para poner fin, sobre todo, a aquella pesadilla, a aquel miedo a la mañana siguiente, que le hacía un nudo en la garganta.

—Sin embargo, tú eras un chico honrado...

—¡No me digas!

—¡Cállate! ¿No te das cuenta de que estás a punto de mancharte? ¿No te das cuenta de que esos tipos —señalaba a Stéphan— se sirven de ti y después dejarán que te hundas solo? ¿No te das cuenta de que no son de los nuestros, sino que están pagados por no sé quién?...

Se detuvo de repente. Con una voz cambiada, odiosa, Robert pronunciaba:

—¡Stéphan!... ¿Le parto la cara? ¡Dímelo!...

Para Chave fue algo así como si su mujer, de repente, le hubiera hablado con la misma voz que una prostituta cuando llama a los viandantes desde su puerta.

—¡Cállate!

—¡Stéphan!...

El otro, con su acento eslavo, pronunció:

—Tenemos que esperar a nuestro amigo...

Evidentemente se trataba de K..., y Chave lanzó como por casualidad:

—Hace poco, acaba de matar a un policía en plena calle... Tal vez era padre de familia...

—¡Uno menos! —se burló Robert—. Mañana, puedes creerme, habrá unos cuantos de su calaña que estarán hechos papilla... ¿Verdad, Stéphan?...

En la habitación de al lado, chirrió una cama.

Luego se oyó una voz, tal vez la de la mujer del ojo de cristal... Y una voz de hombre murmuraba algo como unas plegarias...

Entonces, con los nervios a punto de estallar, Chave se puso a sollozar, con la cabeza entre las manos, porque tenía la impresión de que era algo de su vida lo que fracasaba en medio de toda aquella suciedad.

Le parecía imposible que, cuatro días antes, estuviera todavía sentado en su despacho —el comedor transformado en despacho— en Bruselas, sintiendo el olor de la comida que preparaba Marie, oyendo de vez en cuando la voz de su hijo, escribiendo frases que releía lentamente, corrigiéndolas con una letra que hacía lo más legible posible para los tipógrafos. Robert se burló:

—¡Lágrimas de cocodrilo!... Cuando uno ha traicionado a sus compañeros...

—Entonces, ¿no comprendes nada?

—¿Qué tengo que comprender?

—Nada... Eres demasiado estúpido... Sólo que yo supiera que no vas a tirar la bomba...

—¿No se la quieres enseñar, Stéphan?

Chave descubrió su rostro. Le brillaron los ojos.

—¿Está aquí?

—Si fueras más listo, ya la habrías visto.

Stéphan, una vez más, fue a escuchar a la puerta, y la entreabrió, pues alguien subía por la escalera. Pero aún no era K... y la puerta volvió a cerrarse mientras Chave enrojecía, pues acababa de tener una idea terrible. Estuvo a punto de aprovecharse de aquella puerta abierta, empujar al polaco, bajar la escalera corriendo e ir a avisar al primer policía.

—¡Stéphan!...

El polaco se volvió, siempre con aquella especie de sonrisa helada.

—Al menos no estará armado, ¿verdad?

El otro le hizo señal de que no, lo cual probaba que, sin que se hubiera notado, había tenido el cuidado de palpar los bolsillos del visitante.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Tenerlo aquí hasta que haya acabado todo... A menos que el jefe decida otra cosa...

—¿Y si se pone a pedir auxilio?

Stéphan sacó la mano de su bolsillo, sólo hasta la mitad, lo suficiente para dejar ver la culata de un revólver.

—¿Qué hora es?

—Las diez...

—¿A qué hora vendrán a buscarme?

—No antes de las cinco de la mañana...

—Empiezo a tener sueño... Si no fuera por ese...

Miró a Chave con enojo. Luego se encogió de hombros.

—¿Lo vigilas tú? ¿Puedo dormir un poco?

Antes de echarse bebió otro trago y comió unos granos de uva, escupiendo los huesos al aire.

—Buenas noches, Stéphan...

Se había vuelto de cara hacia la pared y Chave no pudo ver la expresión de su rostro cuando añadía, dirigiéndose a él:

—¡Buenas noches, sinvergüenza!

Aquello tenía algo de tren nocturno, de asilo del Ejército de Salvación, de cuartel, de habitación de un enfermo, de cárcel, de velatorio, de todo lo que es acre y obsesionante, con un olor humano demasiado fuerte, un regusto de miseria que se queda en la garganta.

Y aquello ocurría en el duermevela, en una región gris e incierta, donde a veces Chave tenía ganas de agarrarse para no hundirse en el vacío.

Con un suspiro de animal cansado, Robert se había dado la vuelta sobre su mala cama y aparecía reluciente, con las ventanas de la nariz dilatadas, los labios hinchados y el pelo rizado como una oveja.

Chave no habría podido hacer otra cosa que observarlo detalladamente, sobre todo porque el muchacho le parecía más voluminoso de lo natural, como un primer plano del cine, hasta el punto de que se veían sudar los poros de su piel.

De todos modos, las pestañas se le agitaron imperceptiblemente, a pesar de que su respiración seguía siendo regular, y a Chave le pareció que Robert lo espiaba, a su vez, a través de una fina rendija entre sus párpados.

El otro, el polaco, estaba sentado al fondo de la habitación, junto al pie de la cama, y su principal manifestación de vida consistía en, cada vez que iba a apagársele el cigarrillo, encender otro con la colilla, luego cruzaba de nuevo las piernas y miraba a Chave soplando el humo.

Eso era todo. Allí estaban los tres. El resto del mundo estaba lejos, exceptuando al viejo libidinoso de la habitación contigua.

Había pocos accesorios: cerca de Robert, restos de comida y las pieles pegajosas de uva; sobre la mesa, al alcance de la mano de Stéphan, un revólver cerca de una botella de vino, un despertador y un termo.

Finalmente, a fuerza de inmovilidad y silencio, se oían ruidos que ni siquiera existían, como el paso de un tren o la respiración de una máquina gigante.

Chave estaba abatido, triste. Triste como... Hubiera podido decirse que como Cristo. Una tristeza sin fondo. Una tristeza gris, desesperante. Y, de vez en cuando, si le parecía que los párpados de Robert se habían estremecido, los suyos le escocían y su labio inferior empezaba a levantarse.

No le guardaba rencor a Robert. Incluso miró a Stéphan y se convenció de que a este tampoco. Era un desgraciado. Llevaba la marca encima. Cuando no se hacía el listo, se parecía a todos los de su tierra que Chave había visto invadir el Norte y el Borinage para poblar las zonas mineras.

Debía tener sueño; no era posible permanecer en aquella habitación mal iluminada sin sentir deseos de dormir y por eso fumaba sin parar.

¿No había confesado que la bomba estaba allí, a la vista? Hizo una minuciosa observación de lo que se encontraba a su alrededor, y al fin comprendió, y eso a causa del despertador que evocaba la idea de un mecanismo.

¿No sería la bomba el termo que había a su lado? La prueba era que Stéphan, al verlo absorto en su contemplación, miró también la botella y luego esbozó una sonrisa que quería ser sarcástica.

Pasaron unos minutos. El polaco, que debía pensar aún en la botella, extendió la mano y cogió el revólver que, a partir de aquel momento, ya no soltó, ni siquiera cuando encendía un cigarrillo.

El cerebro de Chave, sin que se diese cuenta, se llenaba de humo. Las imágenes se deformaban. Los acontecimientos acababan por embrollarse.

Entonces, hacía un doloroso esfuerzo para despertarse y miraba a su alrededor abriendo enormemente los ojos, hasta que el contorno de los objetos se hacía preciso.

Stéphan había dicho que a las cinco... A las cinco vendrían a buscar a Robert del mismo modo que se va a buscar a un condenado, haría frío, estaría oscuro, habría humedad, y lo conducirían hacia Courbevoie llevando la bomba con precaución y haciéndole las últimas recomendaciones. Y Robert, en aquel momento, ¿no sentiría vacilar su resolución? Sus ojos, bordeados de rojo por la fatiga, ¿no buscarían a su alrededor un medio para escapar a su suerte?

Como los condenados, olería a alcohol, y una mala colilla temblaría en sus labios...

Chave se dormía. No, se enderezaba de nuevo. Se pellizcaba para seguir despierto y lanzaba una mirada desafiante al polaco que no estaba mucho más despejado que él.

A veces se le ocurrían ideas irrealizables, pero lógicas y seductoras, como las que se tienen en el duermevela.

Una de estas ideas estaba encaminada a salvar a Robert: se trataba de romperle una pierna, pues con una pierna rota no podría ir a lanzar su bomba a Courbevoie. Le bastaría con un objeto pesado, un martillo o una barra de hierro. Antes de que Stéphan hubiera podido intervenir, Chave habría actuado.

¿Qué harían los otros después de esto? ¿Llevarían la bomba ellos mismos? Lo más seguro sería que no, ya que habían preparado a Robert para que lo hiciera él...

Pero el caso es que no tenía ni martillo ni barra de hierro. Y aunque hubiera tenido un arma de este tipo, no se hubiera atrevido a utilizarla. Nadie se pone a golpear de aquel modo, sobre todo a sangre fría, cuando no se tiene costumbre, y Chave había rehuído siempre las peleas y todo lo que se pareciera a la violencia.

Pensó en otro medio, más heroico. Calculó cuántas personas podía haber en el hotel en donde se hallaban. No muchas, probablemente. ¿Diez, quizá? Y no se trataba de personas ciertamente interesantes. ¿Acaso la mujer del ojo de cristal, por ejemplo, que esperaba a los clientes en el umbral, hubiera perdido mucho si le hubiesen quitado la preocupación de la vida? ¿Y el viejo sucio que jadeaba en la habitación de al lado?

Y como en Courbevoie había más probabilidades de que la bomba causara muchas más víctimas, ¿no era preferible hacerla saltar en seguida? Echándose encima en el momento en que Stéphan menos lo esperara...

Lo estaba pensando. Lo pensaba de nuevo, desde el principio al final, sin cesar, pero, en el fondo, sabía que no lo haría, y de pronto se sobresaltó perché llamaban a la puerta.

Stéphan también tuvo un sobresalto, Robert entreabrió los ojos pero los volvió a cerrar inmediatamente, herido por la luz.

El polaco hizo una pregunta en su lengua, a media voz. Se había acercado a la puerta y, por consiguiente, a Chave, por lo que lo estaba apuntando prudentemente con su revólver.

Respondió la voz de una mujer. Stéphan abrió la puerta, permitiendo la entrada de una mujer de unos treinta años, sin duda polaca, bajita y gorda, con una grasa malsana, con los brazos y las piernas rechonchos, la cara mal maquillada, un cuerpo raro, envuelto en un abrigo de pieles baratas.

La puerta se cerró de nuevo. La mujer encendió un cigarrillo; no pareció extrañarse del espectáculo que se ofrecía a sus ojos, y empezó a hablar con desenvoltura.

Stéphan, al escucharla, parecía contrariado. Por dos veces, Chave sorprendió la palabra *telefoon* y, cuando el polaco fue a salir, se convenció de que había comprendido bien.

Sin duda, K..., acosado por la policía, no quería ir a la Rue de la Roquette y había llamado a una de sus amigas, que debía vivir en los alrededores, para que fuera a buscar a Stéphan. Este se había puesto un gorro, sin dejar de espiar a su prisionero, y después de haber hablado, de nuevo en polaco, a la mujer, le entregó el revólver. Ella se sentó en el sitio que antes ocupaba él.

Después de salir, cerró por fuera la puerta con llave y bajó por las escaleras. El ruido de la puerta que se cerraba despertó a Robert, que se sentó en la cama, mirando con estupor a la mujer que ocupaba el sitio de su compañero.

—¿Qué ocurre? —balbuceó.

Ella le respondió con un acento muy marcado:

—Nada... Stéphan ha ido a hablar por teléfono...

Mantenía concienzudamente el revólver apuntando a Chave, que empezaba a tener miedo de que un falso movimiento la hiciera disparar.

—¿Qué hora es?

Fue Chave quien respondió:

—Las doce y media...

El otro lo miró como si ya no se acordara demasiado de su cólera de hacía poco. Alargó el brazo para alcanzar el vaso y bebió un sorbo que se convirtió en una mueca de asco.

—¿A quién ha ido a telefonar? —preguntó a la polaca.

Pero esta le hizo señal de que no podía decírselo. Y Robert, que tenía los ojos saltones, se encogió de hombros.

—Escucha... —balbuceó Chave—. Escúchame un instante, Robert, mi pequeño

Robert, no debes hacer eso...

Este lo miró con expresión de aburrimiento, bostezó, se frotó la cara y suspiró:

—¡Sabes muy bien que es demasiado tarde!

—No es demasiado tarde... No sólo es tu vida la que está en juego, sino otras vidas y...

—¡Déjame en paz!

Ya no tenía fuerzas para indignarse ni enfadarse. La fatiga le pesaba, y la atmósfera descorazonadora de la habitación, donde, además, empezaba a notarse el olor a sudor de la mujer y el perfume rancio.

En el mismo momento en que se le ocurrió la idea a Chave, Robert lo estaba mirando, y se impresionó por la fisonomía de su compañero. Fue muy rápido e inesperado. Chave iba a empezar de nuevo con sus jeremiadas y súplicas. Pero, de repente, después de que había estado horas buscando una solución, la encontraba, en aquel momento, sin querer. Y, a pesar suyo, sonreía, atónito de no haberlo pensado antes.

¿Qué era lo que le había impedido actuar, desde que estaba en aquella habitación? ¡El revólver, evidentemente! ¡El revólver que tenía el polaco en la mano y que, ahora, había confiado a su compatriota!

Ahora bien, ¡era evidente, de una evidencia clarísima, *que no podía utilizar aquel revólver!* ¡Era algo infantil! ¡La bomba estaba sobre la mesa! En la esquina de la Rué de Lappe había policía. Stéphan no podía, *a ningún precio*, atraer su atención hacia aquella habitación donde inmediatamente se descubriría la verdad.

Chave temblaba de la emoción. Poco le faltó para que no se levantara en seguida, pues las piernas se le iban. Evitaba mirar a su compañero, pues no debía ver el triunfo que se leía en sus ojos.

Tenía que esperar. En aquellos momentos, la habitación estaba cerrada y la llave la tenía el polaco, que estaba fuera. Pero iba a volver. Y, entonces, se iría la mujer. Él volvería a sentarse en su sitio empuñando su arma, ¡que ya no era más peligrosa que una pistola de juguete!

Chave cerraba los ojos y apretaba los labios para que no le temblaran. Por fin, oyó pasos en la escalera. Se detuvieron ante la puerta. La llave se introducía en la cerradura.

Stéphan estaba allí. Y, como lo había previsto, volvía a tomar el arma, dirigiendo unas palabras a la polaca que ya se iba, a disgusto, como si hubiera preferido seguir asistiendo al espectáculo.

Stéphan no se veía contento. Le dijo a Robert:

—Era él... No podrá venir, pero me ha dado todas las instrucciones...

—¿Saldremos a las cinco igual?

Primero Chave se había prometido esperar a que la atmósfera hubiera hecho de nuevo sus efectos, a que cada cual estuviera sumergido en su pesado ensueño. Pero fue más fuerte que él. Se levantó de un modo tan rápido y brusco, tan de improviso,

que nadie se movió. Tal vez creyeron que le había dado un calambre o una necesidad súbita.

Los miró por espacio de un segundo, al uno después del otro. Temblaba. Había algo tan doloroso en lo profundo de su ser, que debía actuar de prisa, para poner fin a esa angustia.

Hizo el gesto sin darse cuenta. Le bastaba dar un paso en dirección a la mesa, extender el brazo y coger el termo con la mano.

Ya lo tenía. Los miró, al uno y al otro, con desafío y retrocedió hacia la puerta, abriéndola.

Stéphan se había puesto tan lívido que parecía un enfermo. No se movía. Sus dedos se separaron y el revólver cayó al suelo.

Chave ni se enteró. Ya estaba fuera. Corría escaleras abajo. Empujó a la mujer que seguía en el estrecho corredor.

Resonaban unos pasos detrás de él. Creía oír un líquido que se agitaba en la botella y fue entonces cuando su miedo llegó al paroxismo.

Pues lo que tenía entre las manos era una bomba. Una bomba cuyo sistema y regulación desconocía. En su precipitación había empujado a la mujer del ojo de cristal. ¿No bastaría un golpe para hacer estallar el artefacto?

De todos modos, andaba de prisa. La calle estaba desierta. La mayor parte de los bailes de la Rue de Lappe estaban ya cerrados, pero en la acera había aún dos agentes.

Sólo que, como estaban allí para evitar peleas entre los que frecuentaban los bailes, ni siquiera miraron a Chave, que pasaba apretando la botella contra sí.

Atravesó la Place de la Bastille a grandes pasos al tiempo que otros pasos se le acercaban y una voz le decía:

—Pierre... Escucha...

El pequeño Robert lo seguía, sin sombrero, despeinado, con la camisa abierta sobre el pecho.

—No tienes derecho a hacer eso... No te lo perdonaría en toda mi vida...

Echó una mirada atrás. Stéphan también lo seguía, pero a distancia. Lo seguía, aunque no muy convencido, más bien dispuesto a torcer en la primera esquina a la más mínima alarma.

Chave seguía andando, como en un sueño triunfal. No caminaba; ¡volaba! Nunca en su vida había dado unos pasos como aquellos, tan largos, tan decididos. Seguía por el Boulevard Henri-IV... Al final de las dos hileras de castaños, distinguió ya el puente del Sena y sintió deseos de correr. Si no lo hizo fue por miedo a que estallara el artefacto.

—¡Pierre!... Te lo suplico...

El otro, más pequeño que él, tenía que correr para seguirlo y era realmente extraordinario ir escoltado de aquel modo, era único, sobrehumano. Hasta el punto de que Chave se puso a hablar solo, a comentar su propio gesto.

—Ya sabía yo que encontraría algo... Lo sabía... Ignoraba el qué, pero lo sabía...

A veces se movía algo en la botella. Tenía la impresión de que llevaba algo con vida y de que esta vida lo amenazaba. El puente estaba sólo a cien metros, a cincuenta, a treinta... Se volvió y vio que el polaco ya no lo seguía, se acababa de detener. Tuvo la impresión de que la oscuridad lo absorbía, lo aniquilaba.

Robert, por su parte, vacilaba en avanzar y Chave cruzó solo la calzada y pisó el puente, sobre el que dio unos pasos.

Fue presa de una última vacilación. Para asegurarse de que iba a superarla hizo un gran gesto y arrojó el termo al Sena, tan lejos como pudo. Estuvo a punto de quedarse allí, como retenido por una fuerza desconocida. Tuvo que despegar sus pies del suelo, uno después del otro, y echó a correr con todas sus fuerzas, en línea recta, hasta el otro extremo del puente, luego a lo largo de la isla de Saint-Louis.

Cuando se detuvo, estaba a unos quinientos metros del lugar donde había arrojado la bomba. Jadeaba, se cogía el pecho con las dos manos, tratando de apaciguar los latidos de su corazón, de frenar la sangre en sus arterias, de inmovilizar sus sienes que palpitaban.

Iba a pasar algo. Lo esperaba. Casi lo necesitaba. La explosión amortiguada por el río, algo como unos fuegos artificiales, con un gran surtidor de agua y luego unos remolinos, lo hubieran aliviado.

Estuvo largo rato aguardando, sudoroso, con los dedos crispados. Luego oyó pasos y voces. Dos agentes seguían por la acera y él caminó unos cien metros delante de ellos, llegó al extremo de la isla, cruzó el puente y se encontró cerca de Notre-Dame.

¡Afortunadamente allí cerca había un banco! Sentía el imperioso deseo de sentarse. Le parecía que iba a desmayarse, de la forma más tonta. Todo su ser se ablandaba.

Sin embargo, no se desmayó. Todo lo que hizo fue hundir la cabeza entre sus manos y llorar, de pronto, llorar violentamente, sin razón, con la impresión de que todo su ser se fundía en aquel llanto.

Era la reacción, más violenta y voluptuosa que el más cálido abrazo de mujer.

—¿Es realmente necesario? —preguntó sin convicción el Barón, que parecía a punto de deshincharse como un globo.

Lo habían convertido en un autómatas. Le habían hecho tal cantidad de preguntas y de tantas maneras, que ya no oía lo que le preguntaban. Le decían que se sentara y se sentaba, le decían que se levantara y se levantaba, le decían que comiera y comía.

Ahora ya había llegado al límite, y miraba como un decorado de pesadilla aquel café de la esquina adonde lo obligaban a ir a sentarse otra vez, bien a la vista, para hacer eventualmente de cebo.

Seguía con la cartera en la mano, la famosa cartera que contenía los dos barcos y

los proyectos de al menos quince sociedades anónimas; llevaba su importante abrigo y lucía sus mejillas falsamente prósperas, cuya flaccidez no se adivinaba.

—¡Un calvados!... —ordenó al dueño, que ya empezaba a conocerlo.

Sólo veía un poco del puente, el edificio de ladrillos de la oficina de consumos y los primeros árboles del muelle.

Había un sol que parecía de primavera; La naturaleza estaba tan alegre, que parecía que los árboles iban a reverdecer, y los gorriones alborotaban como niños a la hora del recreo.

Dos mesas más allá estaba el policía bajito que, por dos veces, en la comisaría, cuando no lo veían, había tratado de hacer hablar a su prisionero dándole patadas en la espinilla.

Habían visto al comisario, que había pasado toda la noche por los alrededores, y que había escondido a sus hombres por todas partes, hasta el punto de que el barrio estaba lleno de inspectores y de guardias móviles.

La gente no se fijaba. Se volvían asombrados cuando, al pasar por delante de un rincón, veían tres o cuatro hombres pegados a la pared, como los niños cuando juegan a policías y ladrones, pero lo olvidaban pronto y pescaban con caña, como los otros días, o más aún, porque el tiempo era espléndido; o descargaban una barcaza de arena y una de carbón, formando un bonito contraste de blanco y negro, un curioso carro tirado por seis caballos. Llevaba un gigantesco árbol a la aserradora e interrumpía la circulación.

El Barón ya no pensaba. Los policías debían acabar con la cabeza dándoles vueltas.

Esto no impedía que las llamadas telefónicas se sucedieran y que los autos no cesaran en su ir y venir de la Prefectura a la Rué des Saussaies. Incluso alguien creyó ver, por la mañana, un coche del Ministerio del Interior que se detenía cerca del puente y que finalmente se había marchado.

—¿Sigue usted creyendo que aquella carta anónima no era más que una broma pesada? —había preguntado el ministro al comisario que llevaba bigote.

Durante aquel tiempo, Chave, con su traje que le estaba tan mal, y su gorro de marinero, subía al tranvía en la estación del Midi.

Las calles de Bruselas eran todavía más luminosas que las de París, quizá porque estaban más vacías, porque dejaban más espacio al sol. El tranvía hacía sonar su campanilla mientras se deslizaba por los raíles, y escupía arena cuando en una curva debía frenar. Se volvía mucho más ruidoso en las calles tranquilas de Schaerbeek, donde Chave bajaba, por fin, en una esquina frente a la tienda donde ellos compraban.

Le faltaban recorrer unos cien metros apenas, pero aminoraba el paso, pues las piernas le flaqueaban de nuevo. No tenía llave. Ya no sabía si se la había llevado o no.

Puso el pie en el umbral de piedra azul, extendió el brazo y tocó la campanilla,

una, dos veces. Luego, maquinalmente, levantó la cabeza, pues sabía que iba a abrirse la ventana y a asomar una cabeza.

—¿Quién es?... ¿Qué hay?...

Él se puso a reír. Se puso a reír porque su mujer no lo había reconocido con su indumentaria y su barba de cuatro días. Su risa era cálida y húmeda.

—¡Soy yo!

Apenas había acabado de decirlo cuando se abrió una puerta, unos pasos bajaban precipitadamente la escalera y su mujer casi resbalaba en las limpias baldosas del corredor.

—¡Pierre!...

Ella también reía. Lo arrastraba consigo. Miraba con orgullo hacia una puerta que se movía, la de la vieja arpía de la propietaria que explicaba por todo el barrio que Chave estaba en la cárcel en París.

—Ven de prisa...

—¿Y Pierrot?

No tuvo necesidad de responder. La puerta estaba entreabierta. Con el sol, llegaban también vahos de sopa de puerros, y en medio del polvo dorado, como una aureola de santo, se veía a Pierrot, sentado en el suelo, con su camisón afelpado, entreteniéndose con un juego de construcciones.

—¿Eres tú, papá? —preguntó del modo más natural del mundo.

Para él no había existido el tiempo. Recibía seriamente los besos ásperos de su padre que casi le lastimaban la mejilla. Luego se quedó realmente asombrado:

—¿No me has traído nada?

Porque, ya se sabe, ¡cuando uno vuelve de viaje, siempre trae algo!

—¿Has tenido miedo? —preguntaba ahora Pierre a su mujer.

Lo más emocionante era encontrar las cosas exactamente igual que como las había dejado. Cuando abrió la puerta del comedor, encontró la estufa encendida, como si hubiera estado esperando que él fuera a sentarse allí a trabajar. El linóleo, limpiado el día anterior, olía a cera y aguarrás.

—Todavía no sé lo que voy a hacer —dijo, yendo y viniendo, husmeando, tocando las cosas—, creo que lo mejor sería que avisara a la policía...

—¿Avisarla de qué?...

—Es muy largo de explicar... Quiero que sepan que ya no existe peligro...

—¿Has vuelto a ver al Barón?

No pudo impedir que se le escapara una sonrisa al pensar en cómo había visto al Barón... Veamos, era el día anterior... Sí, el día antes... detrás de los cristales del café de Courbevoie, semejante a un personaje descolorido del museo de cera.

De pronto, llamaron dos veces. Contrariamente a lo que se hubiera podido esperar, en lugar de asomarse a la ventana, Marie miró el reloj y dijo:

—Es el comisario...

—¿Qué comisario?

—Meulemans... Viene dos veces al día...

Marie se puso a reír por la expresión de Chave. Y fue aún peor cuando la voz cordial del comisario se dejó oír por la escalera, con el más marcado acento belga que jamás hubiera oído Pierre.

—¡Vaya! Así que, ¿ya se ha levantado?

—Pues sí, señor comisario...

—¡Qué bien! ¿Verdad?... Un niño tan inteligente... Hubiera sido una lástima...

Al mismo tiempo, se encontró cara a cara con Chave y se sobresaltó, farfulló, embarazado además por el paquete que llevaba en la mano.

—¿Ha vuelto usted? —exclamó en un tono huraño—. ¡Vaya!... Más complicaciones...

Y el niño se puso a gritar señalando el paquete:

—¿Es mi trompeta?

—Exacto, es tu trompeta, muchacho... Sólo que ahora yo tengo que hablar con tu papá...

Y, volviéndose hacia este, le dijo:

—¿Vamos al despacho?

Entró como los otros días, y estuvo a punto de sentarse en «su» sitio y abrir el cajón para coger «su» tabaco.

—Es mejor que cierre la puerta, ¿verdad?... Como sorpresa ya le aseguro que lo es, ¡una buena sorpresa!... Esta misma mañana, sin ir más lejos, he telefoneado a París y me han dicho que no había pasado nada...

—Y no pasará nada —dijo Chave dulcemente, jugando con sus pipas alineadas sobre la mesa—. Al menos así lo espero. La bomba está en el Sena, cerca del Boulevard Henri-IV, exactamente a quince metros de la orilla...

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro. Quizá usted pueda hacérselo saber a los de París y decirles también que todos los que han detenido no tienen nada que ver con este asunto...

Volvió la cabeza. Acababa de evocar los muelles, con el talud salpicado de pescadores, las barcazas, los cafés que tenían cada cual su olor característico, olor de una provincia, de un campo de Francia.

—¡Marie! Sírvele algo de beber al comisario... —gritó.

—¿Qué quiere usted beber? —preguntó la mujer.

—Cerveza. Todavía es lo mejor, ¿verdad?

Allá lejos, uno de los cafés olía a aguardiente, otro a calvados y sidra y otro, sin que pudiera decirse el porqué, con su dueño con bigotes y delantal azul, olía a Auvernia.

—Voy a llamar por teléfono... Luego haré mi informe... Tendrá usted que darme detalles...

—No hay detalles... Desde el momento que se encuentre la bomba...

Un hombre con el rostro ennegrecido que, ayudado por un perro enganchado al carrito, tiraba de este en la calle de adoquines iguales, daba toques de trompeta y luego gritaba con voz aguda:

—¡Carbón!

Era el carbonero. Estaba en Bélgica. Estaba en Schaerbeek. El comisario se secó los labios y se fue a telefonar la noticia a París. La vieja, abajo, espiaba detrás de su puerta.

Y Marie lo miraba dulcemente:

—¿Qué tienes?

—¿Yo? — se sobresaltó Chave —. Yo no tengo nada... Quisiera lavarme y afeitarme...

—Voy a ponerte agua a calentar... También tendré que acercarme al teatro...

—¿Has vuelto a ver al muchacho que se encontró tan mal, aquella noche que...?

—¿Robert?... Sí...

—¿Qué ha hecho?

—Nada... Tendré que escribirle...

—¿Y el Barón? ¿No crees que con todas sus torpezas no acabará por...?

Marie se calló, porque él la miraba a los ojos y porque sentía en aquel instante que no tenía que decir nada más. Había que dejar a sus nostalgias el tiempo de diluirse y a las impresiones demasiado fuertes el tiempo de suavizarse.

Y la prueba era que no se ocupaba de su hijo ni oía el sonido agrio de la nueva trompeta.

Luego, como si saliera de un sueño, se acercó a ella en el momento en que acababa de poner al fuego una inmensa olla de agua —que utilizaba para la colada y para los baños— y murmuró con voz neutra:

—¿Has tenido suficiente dinero?

—Ayer pagué el gas y me quedan treinta francos...

¡Había que ponerse de nuevo en marcha, poco a poco!

—¿Qué día es hoy?

—Viernes...

—¿Crees que el niño ya puede salir?

—Mañana o pasado...

Pierre estaba sentado —desnudo en el barreño, sobre un linóleo especial que ponían en medio del dormitorio— cuando, frotándose con la esponja enjabonada, murmuró:

—El domingo iremos a algún sitio donde haya agua... ¿Quieres pasarme la toalla?...

Ella fue a dársela corriendo, porque tenía miedo de que se le quemaran las judías. Continuaron hablándose de este modo, de una habitación a la otra, con los ruidos de la trompeta de hojalata, entre los ruidos del agua, de remover la cacerola, de atizar el fuego.

—Esta tarde me acercaré al teatro... Me extrañaría mucho que hubieran encontrado a alguien...

Y así siguió todo, sosegadamente, con precaución, porque todo aquello era frágil y no querían romper nada.



GEORGES JOSEPH CHRISTIAN SIMENON (Lieja, 13 de febrero de 1903 - Lausana, 4 de septiembre de 1989) fue un escritor belga en lengua francesa.

Abandonó los estudios secundarios por necesidades económicas y se dedicó a varios trabajos ocasionales hasta entrar a trabajar como reportero de *La Gazette de Liège*, trabajo que le permitió conocer los ambientes marginales de su ciudad y que le serviría para sus novelas. Publicó por primera vez en 1921, y un año después se instaló en París, viviendo ambientes culturales y bohemios.

A partir de 1927 publicó, bajo diversos seudónimos, gran número de novelas populares. En 1931 empezó a publicar novelas policíacas, a menudo protagonizadas por el comisario Maigret, que han contribuido a renovar el género. Viajó por todo el mundo haciendo reportajes y entrevistas. Tras la Segunda Guerra Mundial, viajó a Estados Unidos, en donde permaneció diez años, continuando con su labor literaria. A su regreso, se instaló en la Costa Azul y posteriormente en un pueblo cerca de Lausana. Muchas de sus obras, han sido adaptadas para cine y televisión.